

Abril 2003 4

BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID

Provincia Eclesiástica

- Nota acerca de los materiales catequéticos 279

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- Carta con motivo del Santo Via Crucis del Miércoles Santo 281
- A las puertas de la Semana Santa. Esperando al Papa 283
- Carta a los sacerdotes con motivo de la V Visita Apostólica del Papa a España 286
- El Papa os viene a visitar. Carta a los jóvenes de Madrid 288
- Ha vencido la vida 291
- La inminente visita del Papa a Madrid: una gracia y un honor 294

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 297
- Sagradas Órdenes 301
- Defunciones 302
- Actividades del Sr. Cardenal. Abril 2003 303

INFORMACIÓN

- Curso de verano para sacerdotes 305

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Visita pastoral a la parroquia de Santa Cruz 309
- Visita pastoral a la parroquia de Ntra. Sra. de Covadonga 313
- Visita pastoral a la parroquia de Ntra. Sra. del Templo 317
- Visita pastoral a la parroquia de S. Pedro y S. Pablo 321
- Visita pastoral a la parroquia de la Purificación de Nuestra Señora 325
- Visita pastoral a la parroquia de la Natividad de Nuestra Señora 329
- Institución de Ministerios de Lector y Acólito 333
- Domingo de Ramos 337

• Misa Crismal	341
• Jueves Santo	346
• Viernes Santo	350
• Domingo de Pascua de Resurrección	353

VICARÍA GENERAL

• Actividades diocesanas	357
--------------------------------	-----

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

• Actividades del Sr. Obispo. Abril 2003	361
--	-----

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

• Carta pastoral a la comunidad diocesana de Getafe con ocasión de la canonización de la beata Madre Maravillas de Jesús	363
• Homilía en la Misa Crismal	372

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

• Decretos	376
• Nombramientos	377

INFORMACIÓN

• Hermandades y Cofradías	378
---------------------------------	-----

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

• Carta Encíclica <i>Ecclesia de Eucharistia</i>	379
• Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la XVIII Jornada Mundial de la Juventud	422

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 3 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXI - Núm. 2748 - D. Legal: M-5697-1958

Provincia Eclesiástica

NOTA ACERCA DE LOS MATERIALES CATEQUÉTICOS

Los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid, en la reunión celebrada el día 11 de Abril de 2003, acordaron publicar la siguiente Nota acerca de los materiales catequéticos utilizados en sus diócesis:

1. Los materiales catequéticos denominados «Proyecto Caná», editados por PPC-SM, no tienen aprobación, en virtud del canon 775 & 1, para su uso en la catequesis impartida en las diócesis de Madrid, Getafe y Alcalá de Henares.
2. En la catequesis impartida en las diócesis de la Provincia Eclesiástica de Madrid es necesario utilizar los catecismos de la Conferencia Episcopal Española y los materiales catequéticos de la Delegación diocesana de catequesis de la archidiócesis de Madrid, considerados como textos oficiales para la catequesis de la iniciación cristiana por los Obispos de Madrid, Getafe y Alcalá de Henares (cfr. can. 775; Congregación para Doctrina de la Fe, *Ecclesiae pastorum*, 19 marzo 1975; Id., *Respuestas* de 25 de junio de 1980 y de 7 de julio de 1983).

Madrid, 11 de Abril de 2003



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

CARTA CON MOTIVO DEL SANTO VÍA CRUCIS DEL MIÉRCOLES SANTO

Queridos diocesanos:

La cercanía de la Semana Santa es una ocasión muy propicia para dirigirme a todos vosotros y exhortaros a vivir unidos a Cristo que se dispone a pasar al Padre mediante el sacrificio de su vida. El itinerario espiritual de la Cuaresma nos permite identificarnos con los sentimientos de Cristo que carga con su cruz puesta sobre sus hombros a causa de nuestros pecados. Os invito, pues, a realizar obras de caridad y penitencia con la mirada siempre puesta en Cristo Redentor.

Mirar a Cristo y apropiarnos de sus sentimientos es el objeto de una de las prácticas más hermosas de la piedad cristiana: el Vía Crucis. Durante el tiempo de Cuaresma y Pasión, este ejercicio de devoción atrae con frecuencia la atención de los fieles deseosos de conocer mejor a Cristo y vivir en su seguimiento fiel. Como un acto de Iglesia diocesana, hemos querido desde hace unos años celebrar un Vía Crucis público para testimoniar la fe, pedir perdón por nuestros pecados y prepararnos a la celebración de Triduo Pascual. Este año celebraremos el Santo Vía Crucis **el Miércoles Santo, 16 de Abril, a las 19,30 horas en la Plaza de Oriente.**

Os invito pues encarecidamente a participar en este acto de piedad cristiana que nos recuerda a quién debemos la vida eterna que brota de la Cruz

gloriosa de Cristo. Me dirijo a los párrocos, sacerdotes, responsables de comunidades religiosas, institutos seculares y de vida consagrada, delegaciones diocesanas, cofradías, asociaciones y movimientos y a todos los fieles de la Archidiócesis de Madrid. Ocasiones como ésta, en la que pediremos la paz y reconciliación de los hombres en momentos tan difíciles como los que pasamos, acrecientan nuestro sentido de Iglesia diocesana que camina hacia la Pascua y se convierte así para todos los hombres en signo elocuente del Pueblo de Dios que peregrina a través de la historia.

Os deseo una santa Cuaresma llena de frutos de caridad, penitencia y justicia. Os deseo la renovación de vuestra vida cristiana de forma que la Pascua nos encuentre preparados a vivir el gozo renovado de nuestra salvación.

Con todo afecto y mi bendición.

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Madrid, 18 de marzo de 2003

A LAS PUERTAS DE LA SEMANA SANTA. ESPERANDO AL PAPA

Alocución para Radio COPE
Madrid, 5 de abril de 2003

Mis queridos hermanos y amigos:

Se acerca la Semana Santa con la perenne actualidad del Misterio de la Pasión, Crucifixión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, el momento supremo de su oblación sacerdotal al Padre por nosotros y por nuestra salvación. La Iglesia nos prepara, para celebrarla fructuosamente, con la bellísima oración colecta de este último domingo de Cuaresma, en la que pedimos al Señor que nos ayude con su gracia para vivir “siempre de aquel mismo amor que movió a su Hijo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo”. Desde aquellos días de la Jerusalén teñida por la sangre de Jesús, el Nazareno, estremecida en los cimientos mismos de la ciudad que tiembla y se sobrecoge después de su muerte en la Cruz, hasta esta Semana Santa del año 2003 que los hace presentes y nuevos para la Iglesia y el mundo de comienzos del siglo XXI, nunca ha estado en juego otra cosa que el que el hombre se deje transformar por el amor misericordioso y redentor de Dios, o, viéndolo desde la perspectiva de la libertad del hombre, que el que éste aprendiese a amar con el mismo corazón del Hijo de Dios, traspasado por la lanza del soldado romano en la Cruz en la que había sido clavado. ¡Qué urgente es tomar conciencia de esta oferta del Amor

de Dios, insuperable e inaudita en su forma y en su contenido, en estos instantes tan cruciales de la historia del mundo! ¿O es que se volverán a repetir de nuevo las actitudes de los huidos que abandonaron a Jesús en aquella hora trascendental de la humanidad, de los cobardes que le negaron y de los cínicos que le traicionaron? Mucho pecaron los que rodeaban al Maestro en esas circunstancias decisivas para la salvación: unos por comisión -sus perseguidores y verdugos- y, otros, por omisión -sus discípulos y amigos-, sin excluir al pueblo que después de haberle aclamado fervorosamente a su entrada en la Ciudad Santa, en las vísperas de las Fiestas de Pascua, reniega de él ante Pilatos y los Sumos Sacerdotes. Y, sin embargo, mucho más hemos pecado -y pecamos- nosotros cuando persistimos en la dureza del corazón, en la ruptura con la ley del amor a Dios y al prójimo y, lo que es más tremendo, en la negación a confesar su Nombre delante de los hombres; precisamente nosotros los que le hemos conocido, como resucitado y ascendido a la derecha de la Majestad de Dios, siendo bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No, no nos quedan disculpas.

Son muchas las señales que podían observarse desde hace tiempo en el panorama actual de la humanidad, que apuntaban a una crisis profunda de civilización, de cultura y, en definitiva, de espíritu al afrontar el nuevo siglo y el nuevo milenio. El Santo Padre las interpretaba en su Carta Encíclica “Novo Millenio Ineunte” certeramente, en clave pastoral para la Iglesia y con clarividencia profética para el mundo. Programas y estilos de vida personal y social, los de los países más ricos y desarrollados técnicamente, centrados en el goce de la riqueza y el bienestar material al coste que sea, aún el de la implantación sistemática de “una cultura de la muerte” que cuestiona los derechos y las instituciones más fundamentales para el hombre -los de la vida, los del matrimonio y de la familia-, las vemos situadas frente a extremadas carencias de los bienes más elementales para la subsistencia, la salud, la educación y la dignidad de la persona humana, que padecen una gran mayoría de los pueblos de la tierra, envueltos incluso en la tragedia interna de las guerras sin fin. No puede uno imaginarse mejor caldo de cultivo de los odios encendidos y los egoísmos impenetrables en los que prende y crece como connaturalmente la semilla del terrorismo y de la guerra. Hay que recuperar “el hombre”, es preciso afirmar su dignidad inviolable con toda la plenitud de su valor natural y sobrenatural de hijo de Dios. Cristo le ha amado hasta dar la vida por él entregándose a la muerte y una muerte de Cruz. La Semana Santa que se avecina, con el trasfondo de la guerra en Irak de la que pedimos con insistente plegaria su pronto fin,

representa una nueva llamada de la gracia dirigida a la conciencia cristiana, de todos y cada uno de nosotros para que nos abramos al amor redentor, reconciliador y misericordioso del Salvador del mundo, dispuestos a ser testigos de ese Amor en todas las circunstancias de la vida.

No hay tiempo que perder en la preparación de la próxima la visita apostólica del Papa. Nos vendrá como un regalo excepcional de Pascua: como uno de sus signos más gozosos. Con él sentiremos renovado el aliento de la esperanza en el triunfo de la gracia del Resucitado y de su Cruz gloriosa. Juan Pablo II nos confirmará de nuevo en la fe y en la comunión de toda la Iglesia que encara el siglo XXI de la mano de la Virgen María, Madre de la Esperanza pascual, con el “*duc in altum*”: “¡remad mar adentro!” que él tanto nos inculca. La cosecha es nuestra: es la cosecha de amor y de paz -la Paz de Dios- de las nuevas generaciones de jóvenes de Madrid y de España. La santidad florecerá de nuevo en sus almas como el mejor fruto de esta Pascua florida del año 2003, bendecida con la visita de Juan Pablo II, el Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia Universal, nuestro Pastor, que nos interpelará y enviará en nombre de Jesucristo glorioso, Rey del Universo y Principio de la Paz, diciéndonos: ¡seréis mis testigos!”.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

CARTA A LOS SACERDOTES CON MOTIVO DE LA V VISITA APOSTÓLICA DEL PAPA A ESPAÑA

Madrid, 10 de abril de 2003

Querido hermano sacerdote:

El próximo día 4 de mayo, dentro de la Visita Apostólica del Papa Juan Pablo II a España y en la plaza de Colón de Madrid, él mismo presidirá la concelebración de la Eucaristía e inscribirá en el catálogo de los Santos a cinco Beatos, que vivieron y murieron entre el siglo XIX y el siglo XX en distintas diócesis de la Iglesia en España; todos ellos, además, han tenido y tienen una significativa presencia y actuación apostólica, desde entonces y ahora, a través de sus obras e instituciones, en nuestra Archidiócesis de Madrid: Pedro Poveda, José María Rubio, Genoveva Torres, Ángela de la Cruz y María Maravillas de Jesús. La concelebración vendrá precedida el día 3 de una Vigilia-Encuentro de todos los jóvenes de España con el Santo Padre, a las 18,30 h., en el aeródromo de Cuatro Vientos. Vigilia de oración con María, la Reina del Rosario, y de testimonio gozoso de la Fe en Jesucristo, el único salvador del Mundo, el Príncipe de la Paz.

Con ocasión de esta gracia de Dios tan importante te invito, así como a todos los presbíteros que viven y trabajan en nuestra Iglesia diocesana, a que acudáis, tanto a la Concelebración de la Eucaristía presidida por Juan Pablo II

como a su Encuentro con los jóvenes, acompañados de vuestros feligreses para que en ambos actos, junto al Papa y alentados por él, puedan vivir con renovada fe y comunión eclesial el gozo, verdaderamente pascual, de saberse Pueblo de Dios, nuevo y sacerdotal, llamados a ser testigos del Evangelios del Resucitado en España y en el mundo entero.

Para la participación en la Eucaristía del día 4 habrás de proveerte de la acreditación necesaria en la oficina diocesana correspondiente (C/ Mayor, 90-92. Tfno. 91 559 70 87), sabiendo que tendrás que estar en la plaza de Colón, en el lugar que se indique para los sacerdotes concelebrantes, lo más tarde a las 8,30 h. de esa misma mañana, con alba y estola blanca. La celebración concluirá con el rezo del Regina Coeli después del mediodía.

Y ámate a estar con tus jóvenes en la tarde del día 3. Se alegrarán de que les acompañes y ores con ellos al lado del Papa.

Unámonos en la oración a las intenciones del Santo Padre, para alcanzar y consolidar verdaderamente la paz, tan anhelada y presente cada día en su corazón y en sus palabras; y dispongamos nuestro corazón para acoger los frutos de su Viaje pastoral, que confiamos filialmente a la Virgen Santísima, Nuestra Señora de La Almudena.

Con todo mi afecto y bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

EL PAPA OS VIENE A VISITAR. CARTA A LOS JÓVENES DE MADRID

Madrid, 11 de abril de 2003

Mis queridos jóvenes de Madrid:

El Papa viene a visitarnos dentro de muy pocos días. Vine a visitar a España: a la Iglesia que peregrina aquí en esta tierra bendita por la presencia del Evangelio de Jesucristo desde los primeros tiempos de los Apóstoles, de Santiago el Mayor y de Pablo de Tarso; y a todos cuantos forman hoy la comunidad humana de sus pueblos, familias y ciudadanos. No me cabe la menor duda: Juan Pablo II quisiera tener para cada uno de nosotros una palabra personal de aliento y de esperanza. El Papa quiere, sobre todo, refrescar en nuestra memoria viva lo que ha sido la especial vocación de las Iglesias particulares en España a través de los momentos más luminosos de su multisecular trayectoria en la comunión de la Iglesia Católica extendida por todos los rincones del orbe: la vocación misionera, sentida desde la fuente limpia del amor ardiente a Cristo que encendió el corazón y la vida de tantos de sus hijos e hijas en un prodigioso camino de santidad que llega hasta nuestros días. El Papa viene a confirmarnos con toda la autoridad ministerial que le es propia como Pastor de la Iglesia Universal y Vicario de Cristo, otorgada por el mismo Señor, y en términos de un futuro que apremia: “Seréis mis testigos”. Es como si en la Pascua de este año, tan grávido de decisivos acontecimientos para el futuro de la humanidad, el

envío de los Apóstoles en el momento de la despedida gloriosa de su Ascensión a los Cielos se convirtiese para nosotros y, muy especialmente, para vosotros, los jóvenes católicos de España, en un mandato urgente de Evangelización que no admite ni aplazamientos, ni rémora alguna.

Por si surgiese alguna vacilación sobre el sentido actual, el estilo y forma con la que debemos asumir esta responsabilidad de ser testigos del Evangelio hacia dentro y hacia fuera de la Iglesia en España, a la altura de los nuevos tiempos de este siglo y milenio que acaban de comenzar, el Papa la disipará con un gesto solemne e inequívoco en su significación y fuerza apostólica: en el acto central de la Visita, la Eucaristía de la Plaza de Colón, el domingo cuatro de mayo, proclamará Santos a cinco españoles del siglo XX. Sus nombres son conocidos -Pedro Poveda, José María Rubio, Genoveva Torres, Ángela de la Cruz, María Maravillas de Jesús-. Sus biografías, también. Son Santos de nuestra época, que se sumarán a la abundante lista de los españoles beatificados y canonizados por Juan Pablo II a lo largo de sus veinticinco años de Pontificado. Un rasgo le es en común en la prodigiosa y riquísima singularidad del camino de cada uno a la santidad: la identificación con el amor del Corazón de Cristo, aprendido en la escuela sublime de María, Madre suya y Madre nuestra. Y por si quedase todavía algún interrogante último de cómo quiere el Papa que entendamos su llamamiento a las Iglesias y a los Católicos de España en esta hora tan importante de su historia, y nos compenetrems con todo su vigor evangélico, se dirige a los jóvenes de España con una especial invitación para que se encuentren con él la víspera de las Canonizaciones en una Vigilia de escucha de la palabra, de oración y testimonio de Jesucristo, mirando a María la Virgen, la Reina del Santísimo Rosario, la Reina de la Paz. El Papa confía en los jóvenes de España, confía en vosotros, queridos jóvenes de Madrid. Es una muestra más de su predilección por vosotros y de su convicción de que de vosotros depende decisivamente el fruto de su Visita Apostólica a España. Todos sus frutos: los espirituales y eclesiales, los de “la nueva humanidad”, que hemos de sembrar a manos llenas en el corazón de las personas y en medio de nuestra sociedad. En una palabra: los frutos de la verdadera, plena y duradera Paz, una Paz que no puede dar el mundo.

Sí, queridos jóvenes, Juan Pablo II, el Papa de nuestros inolvidables encuentros de las Jornadas Mundiales de la Juventud, el viejo amigo, padre y pastor de nuestras almas, a quien queremos tanto, viene a visitaros en vuestra casa, aquí, en Madrid. Es una visita comprometida. No se andará con rodeos.

Le conocéis bien. Apelando a vuestra generosidad, a la entrega incondicional de los jóvenes cristianos de España, os recordará su mensaje de la Jornada Mundial de este año que tanto evoca a Toronto y a Santiago de Compostela: “Ahora más que nunca es urgente que seáis ‘los centinelas del mañana’, los vigías que anuncian la luz del alba y la nueva primavera del Evangelio, de la que ya se ven los brotes. La humanidad tiene necesidad imperiosa del testimonio de jóvenes libres y valientes, que se atrevan a caminar contra corriente y a proclamar con fuerza y entusiasmo la propia fe en Dios, Señor y Salvador” “¡No tengáis miedo a ser santos!”.

Sí, estoy seguro, vais a responder, queridos jóvenes de Madrid, a la llamada del Papa con la gallardía humana y cristiana que os caracteriza. Vuestra presencia y participación activa y vibrante en la Vigilia-Encuentro de “Cuatro Vientos” y en la Eucaristía de las Canonizaciones de la Plaza de Colón será incontable y comprometida. Acogeréis a los jóvenes de las diócesis hermanas de España de acuerdo con el venerable lema cristiano de “el huésped como Cristo”. Formaréis entre todos, y con la confianza puesta en la compañía maternal de la Santísima Virgen de la Almudena, una comunidad impregnada de espíritu evangélico, fresca y nueva, fina y auténtica en su amor cercano al prójimo que más lo necesita en el alma o en el cuerpo; que pondrá en evidencia ante Madrid, España y el mundo “que sois el pueblo de las bienaventuranzas”.

Querido joven de Madrid, levanta tus ojos a Jesucristo en estos días más que nunca, que, señalando a su Madre al pie de la Cruz, te dice: “¡Ahí tienes a tu Madre!”. ¡Recíbela en tu casa! A Ella y a todos sus hijos de la Iglesia en España que quieren compartir con Juan Pablo II el propósito decidido de “remar mar adentro”, llenos de esperanza.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

HA VENCIDO LA VIDA.
En el Domingo de Pascua del año 2003

Alocución para Radio COPE
Madrid, 19 de abril de 2003

Mis queridos hermanos y amigos:

¡Ha vencido la VIDA! Este es el mensaje que la Iglesia proclama ante el mundo al amanecer de este luminoso y gozoso Domingo de Pascua de Resurrección del año 2003. La victoria de la Vida es el resultado, divino y humano a la vez, de lo que ella ha conocido y experimentado un año más en la celebración de la Semana Santa. Lo ocurrido en Jerusalén con Jesús de Nazareth en aquellas fechas de la Pascua Judía de hace dos mil años, que se nos han hecho actualidad para nosotros en estos días, no admite otra interpretación última que la que la misma Iglesia ofrece en el canto de la Secuencia de su liturgia del Domingo Pascual:

“Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta”

Esa lucha final entre la muerte y la vida, el pecado y la gracia, la hemos podido vivir y comprobar con renovado realismo sacramental en las celebra-

ciones litúrgicas de estos días santos. Con la claridad de la fe hemos ido viendo como el poder del Maligno iba cerrando la trama mortal de la conspiración de los enemigos de Jesús hasta llevarle, en poco más de cuarenta y ocho horas, desde el Cenáculo de su Última Cena con los suyos, los Doce, hasta la Cruz, hasta su crucifixión; valiéndose para ello de las más insospechadas e inesperadas cooperaciones -todas cobardes- de los que le traicionan, niegan y abandonan. Son casi todos. La única que no le falla es su MADRE, María, y Juan, el discípulo amado que no la deja sola al pie de la Cruz. La balanza de la historia parecía haberse inclinado definitivamente del lado del poder del pecado y de la muerte. ¿No venía a confirmarlo incluso aquel último grito de Jesús Crucificado: el del “Dios mío Dios mío, ¿porqué me has abandonado?” Y, luego, seguirían la sepultura y las horas tensas y oscuras de un Sábado desolador, dramáticamente vacío y triste.

Y, sin embargo, desde los planes del amor misericordioso del Padre, a los que había obedecido con infinita y tierna piedad el Hijo, estaba sucediendo justamente todo lo contrario: acababa de consumarse la victoria del perdón y de la gracia divinas; quedaban irreversiblemente abiertas las puertas para el triunfo de quien es LA VIDA. Aquella noche que va del Sábado, él de la Fiesta anual de la Pascua Judía, al Domingo, el primer día de la semana, con el que se iba a inaugurar el nuevo tiempo de la Vida, resucitaba del sepulcro Jesús, Jesucristo, Nuestro Señor y Salvador. Era su triunfo un triunfo total y radical sobre la muerte y sobre su causa primigenia, el pecado, y sobre su máximo instigador, el Diablo, derrotado para siempre. La Iglesia se veía inundada con su LUZ, la Luz nacida y encendida en el fuego del amor de su Corazón Divino. **¡LA VIDA HABIA TRIUNFADO!** Su victoria será eterna.

También lo percibía así, a lo largo de estos días, el pueblo cristiano en sus devociones, entretejidas de sentimientos y de convicciones surgidas de una fe sencilla a lo largo de una honda y rica tradición cristiana multiseccular, que acercaba de nuevo en plazas y calles a sus hijos, a los más pequeños, a los niños, de forma espectacularmente bella, “el drama” de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo que se celebraba en la Liturgia. Un drama, que le conmovía hasta lo más hondo de sus entrañas y del que presagiaba un final como no había conocido ningún otro drama de la historia humana: él del triunfo de la Resurrección de Jesucristo, “el primero entre los hermanos”: prenda y promesa de nuestra propia Resurrección.

Y en la sublime Noche de la Vigilia Pascual la victoria de la Vida se plasmaría en el bautismo de tantos adultos, que en nuestra Santa Iglesia Catedral y en muchas otras Iglesias de nuestra Archidiócesis recibían el Sacramento del Bautismo y los otros dos sacramentos de la iniciación cristiana, la Confirmación y la Eucaristía, pasando así de la muerte a la vida.

Y, no dudo, que dentro de dos semanas cuando el Santo Padre nos visite en Madrid poniendo delante de nuestros ojos cinco nuevos Santos de la España contemporánea y nos convoque para ir de nuevo al mundo -“al de casa”, aquí entre nosotros, y al de fuera de nuestras fronteras, el de “la misión”- a anunciar el Evangelio del Resucitado, se mostrará de nuevo con una singular atracción y fuerza histórica el triunfo de la Vida. En el vigor pastoral de Juan Pablo II, inaccesible al cansancio, y en su especial amor a España vibrará el envío -el del “seréis mis testigos”- con los ecos inconfundibles de la victoria pascual de Jesús: de su AMOR, de su gracia y de su ley, con sus frutos maduros de la santidad y de la VIDA. Y con María, la Reina del Rosario y de la Paz, podremos y querremos ser sus testigos, y amanecerá para los jóvenes de España una nueva alborada de luz gloriosa, de vida radiante, de amor auténtico, más fino que el oro, y de la paz: paz sin trampas ni fronteras. Y ellos serán sus nuevos e intrépidos centinelas.

Con mis mejores deseos de una santa y feliz Pascua de Resurrección para todos y con mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

LA INMINENTE VISITA DEL PAPA A MADRID: una gracia y un honor

Alocución para Radio COPE
Madrid, 26 de abril de 2003

Mis queridos hermanos y amigos:

Hace no muchos días los Obispos de las tres Diócesis de la Provincia Eclesiástica de Madrid -el Cardenal-Arzobispo con sus Obispos Auxiliares, el Sr. Obispo de Getafe con su Obispo Auxiliar, y el Sr. Obispo de Alcalá de Henares- dirigíamos una Carta Pastoral a todos los fieles de nuestras comunidades diocesanas invitándoles a prepararse espiritualmente para la anunciada visita del Santo Padre a España, su quinta Visita Apostólica a nuestra patria, y que tendría como escenario a Madrid. Explicábamos su trasfondo doctrinal y la motivaciones pastorales que la inspiran, sobre todo, a la luz de las Canonizaciones de cinco nuevos Santos Españoles, todos ellos santos de nuestro tiempo. Queríamos hacer ver cómo en España, al filo del tercer milenio, no cuajará la nueva evangelización si en la Iglesia no emprendemos con humilde valentía el camino de la santidad como supremo criterio que habrá de guiar con nuevo vigor espiritual tanto la orientación de la vida personal de cada cristiano como los compromisos eclesiales de pastores y fieles. Y subrayábamos el especial protagonismo de los jóvenes, “pueblo de las bienaventuranzas”, como los llamó el Papa en el encuentro mundial de Toronto del pasado verano, en la realización

y animación de la visita, concluyendo con una cálida y cristiana exhortación a ejercitar la hospitalidad con los hermanos y hermanas, jóvenes y mayores, que acudirán a Madrid desde todas las diócesis de España los próximos días 3 y 4 de mayo.

Las fechas se acercan. El Papa está a punto de llegar. Los jóvenes comenzarán a afluir a Madrid a partir del jueves próximo con el estilo propio del peregrino cristiano que busca una ocasión única para encontrarse con el Señor. Madrid será testigo de una peregrinación juvenil sin precedentes en la historia de nuestra Iglesia diocesana. Juan Pablo II ha querido confiarnos la preparación y la disposición del lugar de su encuentro con las Iglesias Particulares de España en esas dos jornadas memorables del próximo fin de semana. Es verdaderamente una gracia excepcional poder acoger al Padre y a los hermanos “en casa”, ofreciéndoles los lugares y las comunidades de nuestras tres diócesis de Madrid como hogar eclesial para vivir la comunión de la fe y del amor de Cristo en los marcos espléndidos de la gran vigilia mariana de los jóvenes con Juan Pablo II y de la solemnísimas eucaristías de las Canonizaciones de los nuevos cinco Santos de la España contemporánea. Hemos, por ello, de ensanchar el alma y purificar el corazón con la caridad de Cristo para que en nuestras actitudes y en nuestros gestos se reflejen bien la estima y el amor a la Iglesia Universal y a su Pastor, el Papa, que nos convoca a los pastores y fieles de todas las Diócesis de España para asumir delante del Sucesor de Pedro el compromiso nuevo de la evangelización de nuestro pueblo, que nos va a proponer, ante los retos formidables de un futuro inmediato, lleno de incógnitas.

¡Una gracia y un honor! Los rasgos tan excepcionales con los que se nos presenta este “regalo pascual” de la visita del Papa a Madrid, implican **un HONOR**: el de ser llamados a prestar un servicio eminente a la edificación de la Iglesia de España en la unidad de la fe y en la comunión universal de la caridad que preside el Romano Pontífice, el Vicario de Cristo en la tierra. Es el honor de los que preparan al Maestro y a los discípulos como un inmenso “cenáculo”, abierto a todos los cielos de la patria común, para la celebración de la Eucaristía y el testimonio del amor fraterno; dispuestos a lavarles los pies como y cuando el Señor quiera, de modo que el mundo vea, y los españoles comprueben, con qué fuerza de cercanía a los más pobres y pecadores nos vinculan el amor de Cristo y el ejemplo de los Santos. Es el honor del servicio al Papa que llama a las Iglesias Particulares de España para que muestren públicamente cómo de la Cruz Gloriosa de Jesucristo, al lado de María, la Reina del Cielo y Madre de la

Esperanza, y del discípulo amado Juan, ha nacido y nace constantemente la Iglesia, un nuevo Pueblo, que “aunque de momento no abarque a todos los hombres y muchas veces aparezca como una pequeña grey, es, sin embargo, el germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano” (LG 9). ¡Qué excelente fórmula para la transmisión de la Fe! ¡Qué excelente motivación espiritual y pastoral para nuestro Sínodo Diocesano!

Con la cercanía maternal de Nuestra Señora de La Almudena, Reina del Rosario, estoy seguro que no desperdiciaremos la gracia de la Visita del Papa a Madrid y que responderemos al honor del servicio del amor fraterno que se nos pide con la generosa y proverbial apertura de los madrileños, acogiendo a nuestros hermanos sin ninguna reserva, magnánimamente, como nos lo dicta la sabiduría del corazón, tocado por el amor del Señor, de acuerdo con el lema clásico de la hospitalidad cristiana: “hospes sicut Christus”: hay que tratar “al huésped como a Cristo”.

Con todo afecto, los deseos de un santo y gozoso tiempo de Pascua, y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

ARCIPRESTES:

Los nombramientos son por un periodo de 3 años (16-04-2003).

Vicaría I- Norte

Del Arciprestazgo del Sagrado Corazón: P. Jaime Aceña Cuadrado, C.M.F.

Del Arciprestazgo de San Agustín: D. Antonio Arroyo Torres.

Del Arciprestazgo de San Juan Bautista: D. José María Tena Montero.

Del Arciprestazgo de San Matías: D. Juan Antonio Navarro Salvador.

Del Arciprestazgo de San Pedro, de Barajas: D. Manuel Enrique Barrios Prieto.

Del Arciprestazgo de San Miguel de Chamartín: D. Alfonso Lozano Lozano.

Del Arciprestazgo de Santa María del Pinar: P. Ángel Castro Martínez, O.S.A.

Del Arciprestazgo de Alcobendas: D. Ángel López Blanco.

Del Arciprestazgo de Loyola-Buitrago: D. Francisco Ruiz Redondo.

Del Arciprestazgo de El Molar: D. Luis Heredia Martínez.

Vicaría II- Nordeste

Del Arciprestazgo de Concepción de Nuestra Señora: D. José Aurelio Martín Jiménez.

Del Arciprestazgo de Concepción de Nuestra Señora de Pueblo Nuevo: D. Félix González Álvarez.

Del Arciprestazgo de Encarnación del Señor: P. Francisco Rodríguez Pérez, S.D.B.

Del Arciprestazgo de Espíritu Santo: D. Eugenio Carrasco Medina.

Del Arciprestazgo de Nuestra Señora de Covadonga: P. Pedro Juan Alonso Merino, O.P.

Del Arciprestazgo de Nuestra Señora del Pilar: D. Manuel Díaz Soto.

Del Arciprestazgo de Santa María la Blanca: D. Julio González Delgado.

Del Arciprestazgo de San Blas: D. Pablo Agustín Genovés Azpeitia.

Del Arciprestazgo de San Juan Evangelista: P. Cruz Goñi Paternain, T.C.

Del Arciprestazgo de Santísima Trinidad: D. Ildefonso Herranz Tercero.

Vicaría III- Este

Del Arciprestazgo de Nuestra Señora de la Merced: D. José Luis Gurpegui Muñoz.

Del Arciprestazgo de Nuestra Señora de Moratalaz: D. Felipe Asterio González Muñoz.

Del Arciprestazgo de San Estanislao de Kostka: P. José Luis Urriza García, O.A.R.

Del Arciprestazgo de San Ginés: D. José Antonio Lerín Salceda.

Del Arciprestazgo de San Jerónimo el Real: D. Lino Hernando Hernando.

Del Arciprestazgo de San Pedro el Real: D. Eduardo Herreros Díaz.

Del Arciprestazgo de Santa María de la Antigua: D. Eduardo Funcasta Teijeiro.

Vicaría IV- Sureste

Del Arciprestazgo de Nuestra Señora de la Paz: D. Enrique de la Fuente Chichón.

Del Arciprestazgo de San Ramón Nonato: D. José Luis Marín Pérez.

Del Arciprestazgo de Nuestra Señora de los Alamos: D. Antonio García Moreno.

Del Arciprestazgo de Nuestra Señora de la Peña: D. Jesús Herrero Borrego.

Del Arciprestazgo de San Diego: P. Manuel Sanchiz Pons, O.F.M.
Del Arciprestazgo de San Pablo: P. Miguel Riesco Crespo, F.A.M.
Del Arciprestazgo de San Pedro ad Víncula: D. Pablo García Pérez
del Río.

Vicaría V-Sur

Del Arciprestazgo de Delicias-Legazpi: D. Faustino Alarcón Hortelano.
Del Arciprestazgo de Embajadores-Santa María de la Cabeza:
P. Francisco Javier Carballo Fernández, O.P.
Del Arciprestazgo de Villaverde Alto-Ciudad de los Ángeles: D. José
González Caballero.
Del Arciprestazgo de Orcasitas-San Fermín. D. Francisco Martín
Murillo.
Del Arciprestazgo de Usera-Almendrales: D. Samuel Urbina Ruiz.
Del Arciprestazgo de Villaverde Bajo-San Cristóbal: D. Tomás Ru-
bio Fernández.

Vicaría VI-Suroeste

Del Arciprestazgo de Santísimo Cristo del Amor: D. José Luis Saenz-
Díez de la Gándara.
Del Arciprestazgo de Nuestra Señora del Pilar de Campamento:
D. José Cobo Cano.
Del Arciprestazgo de San Miguel Arcángel de Carabanchel: D. José
Andrés Silva Martín.
Del Arciprestazgo de San Roque: D. Pedro Santiago Álvarez Porras.
Del Arciprestazgo de San Pedro y San Sebastián: D. Justino Acebes
Criado.
Del Arciprestazgo de San Vicente de Paúl: D. Ángel Gallego
Pedrazuela.
Del Arciprestazgo de Santa Cristina y San Leopoldo: D. Manuel
Francisco Mora Quintana.

Vicaría VII- Oeste

Del Arciprestazgo de Nuestra Señora de los Ángeles: D. José Luis
Bravo Sánchez.
Del Arciprestazgo de Nuestra Señora de los Dolores: D. Pedro Luis
López García.
Del Arciprestazgo de San Antonio de la Florida: D. Miguel Jimeno
Gómez.

Del Arciprestazgo de Santa Bárbara: D. José Bosom Arias.
Del Arciprestazgo de Santa Teresa y Santa Isabel: P. Fernando Espiago Pérez, C.M.
Del Arciprestazgo de Aravaca: D. Pablo Valdericeda de las Heras.
Del Arciprestazgo de San Miguel de Las Rozas: D. José Fernando López de Haro.
Del Arciprestazgo de Collado Villalba: D. Félix Gascueña Obispo.
Del Arciprestazgo de Cercedilla: D. Pedro Martínez Cid.
Del Arciprestazgo de San Lorenzo de El Escorial: D. Juan Delgado Álvarez.

Vicaría VIII-Noroeste

Del Arciprestazgo de Barrio del Pilar: P. Miguel Ángel Pérez Gutiérrez, O. Carm.
Del Arciprestazgo de San Miguel de Fuencarral: D. José Trujillo García.
Del Arciprestazgo de Nuestra Señora de las Victorias: P. Ignacio Rodríguez Izquierdo, S.J.
Del Arciprestazgo de Santa María Micaela: D. Ángel Simón Martín.
Del Arciprestazgo de San Federico: P. Julio Díez Andrés, S.D.B.
Del Arciprestazgo de San Rafael de Peñagrande: P. José María Martín Sánchez, O.S.A.
Del Arciprestazgo de Colmenar Viejo: D. Jorge González Guadalix.
Coordinador de los Capellanes de Hospitales de la Vicaría VIII: D. Florencio Hernangil Benito.

PÁRROCOS:

De Ntra. Sra. de la Estrella: D. José Juan Fresnillo Ahijón (8-04-2003).

OTROS OFICIOS:

Capellán de la Clínica «San Camilo»: D. Federico de Carlos Otto (8-04-2003).

SAGRADAS ÓRDENES

- El día 11 de abril de 2003, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio Apostólico en España, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió el Sagrado Orden del Diaconado, en la Parroquia de San Francisco Javier, de Madrid, a los escolares

Miguel Campo Ibáñez, S.J.

Ku-Pyong Chong Markus, S.J.

Jorge Enríquez Muñoz, S.J.

José Eduardo Lima, S.J.

Francisco Monteserín González, S.J.

- El día 26 de abril de 2003, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió el Sagrado Orden del Presbiterado, en la Parroquia de Santa Rita, de Madrid, al **Rvdo. P. José Manuel Romero Hernández, O.A.R.**

DEFUNCIONES

- El día 1 de abril de 2003, a los 88 años de edad, D^a. CARMEN PUCHE MESEGUER, madre de los religiosos dominicos PP. José Antonio y Ángel Martínez Puche. El primero fue durante un tiempo Delegado de Medios de Comunicación Social de la Archidiócesis.

- El día 11 de abril de 2003, D. IGNACIO ZIBAKPIO, a los 73 años de edad, padre del sacerdote D. Jean Medard Zibakpio, diocesano de Dungu Doruma (Congo), adscrito a la Parroquia de Santa María Magdalena, de Madrid.

- El día 14 de abril de 2003, en el 2º Monasterio de la Visitación de Santa María, de Madrid, la Hna. M^a PAULINA MORAL DE MARÍA a los 82 años de edad y 27 años y 11 meses de Profesión religiosa.

- El día 19 de abril de 2003, D^a. JUANA SÁIZ LÓPEZ, a los 90 años de edad, madre de la Hna. Carmela López Sáiz, empleada del Arzobispado de Madrid.

- El día 21 de abril de 2003, D^a. ELENA PRATS GURDIEL, madre del M.I. Sr. D. Jesús Junquera Prats, canónigo de la S.I. Catedral Metropolitana de Santa María la Real de la Almudena, de Madrid.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL ABRIL 2003

Día 1: Consejo Episcopal.

Día 2: Visita futuros presbíteros del Seminario Redemptoris Mater.
Presentación libro Mons. Cordes.

Día 3: Comité ejecutivo.

Misa/ tertulia en el Colegio Zurbarán.

Día 4: Foro Europa Press.

Presentación libro Extranjeros en Madrid, en el Seminario Conciliar de Madrid.

Día 5: Clausura del Foro de Asia de Manos Unidas en el Cuartel Conde Duque.

En Parroquia de San Jerónimo, exposición sobre Polonia (viaje Papa).

Día 6: Inauguración del complejo parroquial de San Genaro.

Día 8: Consejo Episcopal.

Día 9: Viaje a Teruel (pregón de Semana Santa del Obispado de Teruel).

Día 11: Provincia Eclesiástica.

Misa y procesión de la Hermandad del Cristo del Pozo y Nuestra Señora de los Dolores, en la parroquia de San Raimundo de Peñafort.

Día 12: Rito de elección de dos comunidades Neocatecumenales, en la Basílica de La Merced.

Vigilia de Jóvenes.

Día 13: Domingo de Ramos (Bendición y procesión desde el Monasterio de la Encarnación).

Misa de los Ramos en la Catedral de la Almudena.
Preside la procesión del Cristo de los Estudiantes en la Basílica de San Miguel.

Día 15: Misa Crismal en la Catedral de la Almudena.
Inauguración del Centro Ecuménico Misioneras de la Unidad.

Día 16: Consejo Episcopal.
Vía Crucis en la Plaza de Oriente.

Día 17: Acto penitencial en la Catedral de la Almudena.
Misa vespertina de la Cena del Señor.

Día 18: Pasión y muerte del Señor, en la Catedral de la Almudena.

Día 19: Vigilia Pascual en la Catedral de la Almudena.

Día 20: Misa de Pascua en la Catedral de la Almudena.

Día 24: Inauguración del Foro Juan Pablo II, en la parroquia de Ntra. Sra. de la Concepción de la calle Goya.

Día 25: Novena parroquia Nuestra Señora de Valverde (Fuencarral).

Día 26: Inauguración complejo de Santa Paula.

Confirmaciones en el Colegio Retamar (Pozuelo).

Día 27: Misa final de Ejercicios de los Ordenados presbíteros y diáconos.

Inauguración de la parroquia Cristo del Amparo.

Día 28: Encuentro/tertulia/convivencia con el Patriarca de Venecia.

Día 29: Consejo Episcopal.

Día 30: Misa 1º Mayo en parroquia Nuestra Señora de las Angustias.

INFORMACIÓN

CURSO DE VERANO PARA SACERDOTES

Memoria del pasado, profecía del futuro. “Duc in altum”

Covadonga del 7 al 12 de Julio de 2003

FINALIDAD

En este curso, especialmente orientado a sacerdotes jóvenes, pero abierto a todos, se buscará abrir el corazón y la inteligencia a la profundidad de la Misión de Cristo en la Iglesia, redescubriendo, en la armonía de la fe y la razón, las diferentes facetas que configuran la cultura actual. Se trata de buscar una armónica visión de los diversos aspectos que la conforman en orden a la evangelización (política y economía, arte y literatura, filosofía y teología) y, en la medida de lo posible pensar y proyectar el futuro.

METODOLOGÍA

Para acometer este propósito, en ambiente de convivencia, se tendrán unas sesiones monográficas por las mañanas y otros complementos formativos de otro estilo al final de la tarde o por la noche. Unido a todo ello, se cuidará especialmente la celebración litúrgica (Eucaristía, Liturgia de las Horas) y los ratos de oración, todo ello en clima de fraternidad sacerdotal.

Diariamente, por las tardes, se ofrecerán libremente algunas visitas debidamente organizadas: Lagos de Covadonga, Picos de Europa, Santo Toribio de Liébana, Santillana del Mar, etc.

CONTENIDOS FORMATIVOS

SESIONES MONOGRÁFICAS

- “Plenitud y definitividad de la Revelación de Jesucristo” (DI).
Prof. Dr. D. Ángel Castaño Félix. Facultad de Teología “San Dámaso”.
- Búsqueda de “la infinita belleza de Dios” en el arte y la literatura actual.
(cfr. SC 122).
Prof. Dr. D. José Antonio Millán. Universidad Complutense.
- “Los medios de comunicación social y la acción pastoral de la Iglesia”
(IM 13).
Dr. D. José Luis Restán. Cadena COPE.
- “La fe: abogadea convincente y convencida de la razón” (FR 56).
Prof. Dr. D. Pablo Domínguez Prieto. Facultad de Teología “San Dámaso”.
- El sacerdocio en la época patrística. San Gregorio de Elvira y San Agustín.
Mons. Eugenio Romero Pose,
Prof. Dr. D. Patricio de Navascués.
Facultad de Teología “San Dámaso”.

COMPLEMENTOS FORMATIVOS

- Video-forum.
- Conferencia-audición: la evolución de la música litúrgica como expresión de la fe.
- Testimonio: el eco del martirio. Las comunidades cristianas perseguidas.

DIRECCIÓN DEL CURSO

Dr. D. Pablo Domínguez Prieto.

INFORMACIÓN E INSCRIPCIÓN

Facultad de Teología “San Dámaso”.

Secretaría Técnica del Curso: D. Antonio Maroto Sánchez

Tel.: 91 364 40 16

Fax: 91 354 01 43

E.mail: amaroto@planalfa.es

www.fsandamaso.es

Precio: (estancia incluida) 180 euros.

Comienza: lunes 7 a las 18 horas.

Finaliza: sábado 12 a las 15 horas.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE SANTA CRUZ

(Primer Domingo de Cuaresma)

(Coslada, 9 de marzo de 2003)

Lecturas: *Gn* 9,8-15; *1 Pe* 3,18-22; *Mc* 1,12-15.

1. La humanidad entera, y cada hombre, está siempre en peligro, a causa del pecado en el mundo. Precisamente en estos meses estamos viviendo la amenaza de una guerra en Irak, en la que está implicado el mundo entero. El diluvio universal es un símbolo del peligro que se cierne sobre el hombre, que es una creatura y no el dueño y señor de sí mismo. Pero el diluvio no fue la destrucción completa y definitiva del hombre, sino una ruina parcial, gracias a la presencia salvadora de Dios, que siempre está dispuesto a sacar al hombre de su propia aniquilación. Dios hace una alianza de amor con el hombre y le promete la salvación definitiva y la prosperidad plena: «He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros, y con vuestros descendientes» (*Gn* 9,9).

2. Toda alianza, según vemos en el A.T., se expresa mediante algún signo: la circuncisión en Abraham (cf. *Gn* 17,11), el majano de piedras en Jacob (cf. *Gn* 31,45-49). El pacto, que Dios hace con Noé, se sella con la señal del arco iris: «Esta es la señal de la alianza que hago con vosotros y con todo lo que

vive con vosotros, para todas las edades: pongo mi arco en el cielo, como señal de mi pacto con la tierra» (*Gn 9,12-13*). Los días en que Noé construía el arca «aquello fue un símbolo del bautismo que actualmente os salva: que no consiste en limpiar una suciedad corporal, sino impetrar de Dios una conciencia pura, por la resurrección de Cristo Jesús, Señor nuestro» (*1 Pe 3,21*). Las aguas del diluvio simbolizan las aguas bautismales.

3. Nuestro bautismo, inicio de la alianza de Dios con nosotros, ha sido sellado con el agua y la señal de la cruz. Dios ha hecho alianza con cada uno de nosotros. El bautismo es un sacramento, un gesto eficaz de gracia, que Dios hace con nosotros para manifestarnos que nos ama. Desde el día de nuestro bautismo, el Señor nos ha expresado el gran amor que nos tiene, como un buen Padre, haciéndonos hijos adoptivos suyos y poniendo en nuestra alma la imagen de su Hijo Jesús. Desde ese día comienza una preciosa historia de amor. Ante la alianza que Dios hace con nosotros, nuestra respuesta es aceptarla agradecidos y respetarla, correspondiendo a ese amor.

4. Dios hizo un pacto con Abrahán, con Jacob, con Noé; pero la Alianza nueva y eterna, que Dios hace con toda la humanidad, ha sido realizada por Jesucristo; es una alianza sellada con su sangre, que lava los pecados y lleva a la vida eterna: «Pues también Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el espíritu» (*1 Pe 3,18*). En el altar mayor hay una imagen grande de Jesús, clavado en la cruz, que expresa el momento de su entrega final y total. Él firmó con su sangre el pacto de amor. Su entrega nos compromete a ser testigos de su resurrección; nos empuja a amar a todos: a los padres, a los inmigrantes, a los necesitados, a los débiles, a los ancianos, a los enfermos. Esta comunidad cristiana tiene, además, un motivo especial para vivir la entrega de amor, como Cristo en la cruz, porque lleva el nombre de “Santa Cruz”.

5. La Iglesia nos invita a participar activamente en esta Alianza, cuyo signo es el sacramento del cuerpo y sangre del Señor, que se nos da en comida en la eucaristía. Los cristianos celebramos la muerte y la resurrección de Cristo en la cruz, en el augusto sacramento de la eucaristía. Por ello, la misa dominical no debe concebirse como una “obligación” del cristiano, sino como una “participación” en el misterio redentor de Cristo. Al igual que necesitamos alimentarnos diariamente, también necesitamos tomar el alimento eucarístico, para no desfallecer en el camino de la vida cristiana. La participación en la misa domini-

cal nos hace vivir la alianza de Dios con nosotros. Es muy importante que la comunidad parroquial celebre todos los domingos este signo de la alianza del amor de Dios con nosotros.

6. Hemos empezado la Cuaresma, tiempo propicio para la penitencia y la conversión del corazón a Dios. Es un tiempo apto para desprendernos de lo superfluo, para hacer “desierto”. Jesús, en su vida mortal, también vivió tiempos de desierto: «A continuación, el Espíritu le empuja al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás» (Mc 1,12-13). Él ha sido capaz de vencer las tentaciones del maligno y, con su fuerza, nos ayuda a vencerlas. Jesús ha proclamado el Reino de Dios, como algo cercano al hombre: «Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios. El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,14-15).

7. Cuando vine a consagrar este templo recuerdo que, al verlo compuesto de ladrillos, os decía: “La Iglesia está fundamentada sobre roca: la “única roca”, que es Cristo (cf. 1 Co 10, 4) (...). Pedro pide a los cristianos que seamos piedras vivas que entren a formar parte de la construcción de la Iglesia de Dios (cf. 1 Pe 2, 5). En la Iglesia todos somos necesarios: los sacerdotes, que representan a Jesucristo y perdonan los pecados en su nombre; los padres, que amáis y formáis a vuestros hijos; los catequistas, que educáis en la fe de la Iglesia a los nuevos cristianos; los cantores, que solemnizáis con vuestro canto la liturgia; los voluntarios de “Cáritas”, que atendéis las necesidades de los más pobres; los que visitáis a los enfermos y ancianos. Todos tenemos una misión y todos formamos la parroquia de “Santa Cruz”.

8. La parroquia es como una familia, como una comunidad de comunidades. Hay feligreses que pertenecen a diversos grupos, movimientos eclesiales, o asociaciones diversas: cursillos de cristiandad, focolares, carismáticos, Prelatura del “Opus Dei”, movimientos matrimoniales. Son distintas formas de espiritualidad, que nos ayudan a ser mejores cristianos, integrándonos en la misma Iglesia. Sólo existe la única Iglesia de Jesucristo, presidida por el Papa, como pastor supremo y universal. La Iglesia universal está presente y opera en las iglesias particulares o diócesis (cf. *Christus Dominus*, 11).

9. Toda actividad pastoral en una diócesis debe estar regida por el obispo de la misma. Los distintos carismas, movimientos, asociaciones, son

discernidos y potenciados por el obispo diocesano. Los fundadores de congregaciones y movimientos, como tales, no son pastores, sino fieles cristianos, cuyos carismas deben ser coordinados por el obispo correspondiente. El Señor ha querido ponerme, como sucesor de los apóstoles, al frente de esta iglesia particular de Alcalá de Henares; y poner al frente de esta parroquia, a Don Jesús García. Él es, aquí, el responsable de esta comunidad cristiana y el pastor, por delegación del obispo.

10. La Visita pastoral quiere resaltar la unidad de la iglesia diocesana y potenciar la comunión con toda la Iglesia. El Obispo viene a conoceros mejor; a dialogar con vosotros; a compartir vuestros proyectos, vuestras inquietudes y vuestras dificultades; viene a daros una palabra de aliento, porque no es fácil ser cristiano en este siglo veintiuno; quiere iluminar vuestra vida con la luz del Evangelio, como maestro de la fe cristiana; desea estar cercano y animaros, como pastor y padre. ¡Que la Visita pastoral obtenga abundantes frutos espirituales! Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA

(Segundo Domingo de Cuaresma - Ciclo B)

(Coslada, 16 de marzo de 2003)

Lecturas: *Gn* 22,1-2.9-13.15-18; *Rm* 8,31-34; *Mc* 9,2-10.

1. Dentro de poco, a primeros de mayo, recibiremos la visita del Santo Padre Juan Pablo II. Viene a España, concretamente a Madrid y realizará dos importantes actos: el sábado, 3 de mayo, tendrá con los jóvenes una vigilia de oración; y al día siguiente, domingo por la mañana, celebrará la eucarística, en la que canonizará a cinco santos. Esta visita nos confirma y nos fortalece en la fe a todos los católicos, que vivimos en España. El Obispo de la diócesis de Alcalá celebra hoy la Visita pastoral a esta parroquia de Nuestra Señora de Covadonga. La visita del Obispo a las parroquias de su diócesis tiene también el objetivo de confirmar en la fe a los fieles cristianos. Hoy está representada aquí la iglesia particular. Habitualmente celebra y preside Don Manuel, el párroco, cuyo ministerio está vinculado al Pastor de la Diócesis, pero hoy la eucaristía va a estar presidida por el propio Obispo.

2. He venido para estar con vosotros; para dialogar y escucharos; para conocer mejor los problemas de esta comunidad cristiana; para animaros a vivir

la fe; para exhortaros a ser testigos de Dios en esta sociedad nuestra, que está bastante alejada de Dios, que no valora lo trascendente ni el sentido de las realidades últimas. El hombre no gana en libertad, cuando hace lo que le dictan sus propios deseos, porque somos creaturas de Dios y nuestra vida está vinculada a Él. Tampoco vuestros hijos son mejores personas, cuando no obedecen a sus padres. Todos tenemos la tentación de seguir nuestros propios deseos, pero éstos pueden llevarnos a situaciones que atenten nuestra salud, física y espiritual, y nos hagan perder el sentido último de la vida.

3. En la primera lectura hemos escuchado el pasaje en que Dios llama a Abraham. Podemos contemplar tres momentos en el desarrollo de esta acción. En el primer momento, Dios le pide que sacrifique a su hijo Isaac: «Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga» (*Gn 22,2*). Dios le requiere que le ofrezca lo que más ama y Abraham es capaz de renunciar a su hijo por obedecer a Dios. También a nosotros muchas veces el Señor nos pide que renunciemos, por Él, a cosas buenas que amamos. Aunque nos cueste, hemos de estar dispuestos, como Abraham, a renunciar a ello.

4. En un segundo momento, Abraham se dirige hacia el monte para sacrificar a su hijo y ofrecérselo a Dios. Construye un altar y dispone la leña, atando a su hijo Isaac. Pero Dios, viendo que Abraham acepta la voluntad divina, no le permite sacrificar a su hijo: «No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora ya sé que tú eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único» (*Gn 22,12*). Entonces Dios le proporciona un carnero, para que sea sacrificado en lugar del hijo. Dios quería poner a prueba a Abraham, para ver si era capaz de obedecerle en su corazón; sin embargo, no le pide el sacrificio real de su hijo.

5. En un tercer momento, Abraham sacrifica el carnero y el ángel del Señor le dice: «Por mí mismo juro, oráculo del Señor, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos» (*Gn 22,16-17*). Abraham, que ha renunciado en su corazón a su propio hijo, recibe ahora la promesa de tener una gran descendencia. Dios no se deja ganar en generosidad.

6. La Palabra de Dios ilumina nuestra vida. Los tres momentos, vividos por Abraham, podemos aplicarlos a nosotros. En primer lugar Dios nos dice: “Ofréceme lo que más quieres”. Cada persona puede amar algo de modo especial: los avaros, el dinero; los políticos, el poder; los comerciantes, el buen negocio; los que desean fama, el éxito. Todos queremos tener salud, para vivir bien, y dinero, porque nos permite conseguir nuestros deseos. Pero hay algo que apreciamos mucho más y que no parece que anhelemos: el tiempo. En nuestra sociedad todos tienen prisa y nadie tiene tiempo: “no tengo tiempo para ir a misa”, “no tengo tiempo para cuidar de mis padres y los dejo en una residencia de mayores”, “no tengo tiempo para tener hijos”. En este sentido, el tiempo es oro. Todos queremos tener tiempo para realizar los propios deseos. Sin embargo, Dios nos pide que sacrifiquemos lo que más queremos y se lo ofrezcamos. Tal vez nos esté pidiendo parte de nuestro tiempo, para dedicárselo a Él. Al igual que Abraham ganó una gran descendencia, nosotros saldremos ganando mucho más, si somos capaces de ofrecerle a Dios lo que nos pide. Os animo a ello, como pastor y padre vuestro.

7. En el pasaje de la transfiguración de Jesús, los tres apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, presencian algo extraordinario. A Jesús lo han visto antes de carne y hueso, con hambre, sueño y sufrimiento; pero ahora lo contemplan transformado e iluminado. Esto les va a ayudar para superar los momentos difíciles, las tentaciones, los obstáculos, la cruz. Cada encuentro con Jesús en la oración, en la eucaristía dominical, en la celebración de los sacramentos, nos permite salir transformados, transfigurados y renovados.

8. Durante esta Visita pastoral, voy a tener la ocasión de encontrarme con distintas personas y grupos para dialogar sobre diversos puntos: la comunidad parroquial, la familia, la Iglesia, la catequesis, la evangelización, las cosas que son importantes en nuestra vida. Ser cristiano no es algo que debe quedar relegado en un rincón de nuestro interior, sino que debe permear todas las dimensiones y actividades del hombre: familia, sociedad, política, economía, empresa. Algunos pretenden reducir el cristianismo a la propia intimidad y a ciertos ámbitos privados, pero no debe ser así. El cristiano debe transformar todos los aspectos de la vida: el trabajo, la sociedad, la familia, las estructuras, las leyes. La transformación lograda en nuestro corazón debe llevar a una transformación de las realidades temporales.

9. El Señor nos hace hoy a todos tres grandes preguntas: ¿Estamos dispuestos a ofrecer a Dios lo que más apreciamos? ¿Estamos dispuestos a ser transformados en los encuentros con el Señor, en cada eucaristía y en las acciones litúrgicas? ¿Estamos dispuestos a transformar todos los aspectos de la vida humana y social? Le pedimos a Dios que nos ayude a llevarlo a cabo. Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DEL TEMPLO

(Tercer Domingo de Cuaresma)

(San Fernando, 22 de marzo de 2003)

Lecturas: *Ex* 20,1-17; *1 Co* 1, 22-25; *Jn* 2,13-25.

1. «Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de Egipto de la esclavitud» (*Ex* 20,2). Son las palabras que hemos escuchado del libro del Éxodo. El Señor saca al pueblo de Israel de Egipto, realizando una gran gesta. Lo saca de las tinieblas a la luz, de la esclavitud a la libertad, y hace un pacto con ellos. En los términos de la alianza, Dios toma siempre la iniciativa: Dios ama primero, Dios crea primero, Dios salva primero; y el hombre acepta esta acción de Dios que lo transforma, que lo hace más hombre, que lo diviniza. En esa alianza o en ese pacto, el Señor le da al pueblo de Israel unos Mandamientos (cf. *Ex* 20,3-17).

2. Los Diez Mandamientos son “palabras de vida eterna”. Hay gente que piensa que los Diez Mandamientos son diez losas pesadas que el Señor carga sobre nuestros hombros, imposibles de cumplir. Esa es una visión pobre de los Mandamientos. Dios quiere que el hombre viva; quiere salvar al hombre y sacarlo de la esclavitud del pecado. Las tres primeras Palabras o Mandamientos se refieren a la relación del hombre con Dios. El pueblo tiene siempre la

tentación de adorar a los ídolos y construirse sus propios dioses. Pero el pueblo de Israel debe adorar sólo a Dios, rechazando los dioses de los pueblos circunvecinos. Debe adorarlo usando correctamente el nombre de Dios y santificando las fiestas. El Señor nos pide que santifiquemos los domingos y los días festivos, celebrando la eucaristía; nos pide que le dediquemos nuestro tiempo.

3. El relato del Evangelio de San Juan sobre la expulsión de los cambistas en el templo, es un testimonio de que Cristo apostaba por adorar al único Dios. Los cambistas se adoraban a sí mismos y habían convertido el templo de Jerusalén, lugar sagrado construido para alabar a Dios, en un mercado (cf. *Jn* 2,16), trastocando su uso. Jesús apuesta por el culto al Dios verdadero, en contra de sus paisanos, que promueven un culto manipulado para sus propios intereses. No caigamos en la tentación de manipular las cosas, para provecho propio, en vez de alabar a Dios y darle culto como se merece.

4. El creyente israelita experimenta en su propia vida la salvación que Dios le ha ofrecido: «Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de Egipto de la esclavitud» (*Ex* 20,2). El creyente cristiano puede también experimentar en su vida la salvación de Dios. Podemos vivir la experiencia de que la relación con Dios nos hace más libres, más hombres, y nos saca de nuestras tinieblas y de nuestra esclavitud. El ser humano tiene la tendencia de ser esclavo de muchas cosas: caprichos, deseos, pecados. Pero Dios nos ha sacado de la esclavitud; y esa experiencia es fundamental para la relación con Dios: para sentirse amado por Dios, perdonado por Él, ayudado para superar las dificultades de la vida, iluminado por su Palabra y transformado. Esa experiencia es la que nos permite aceptar la alianza con Dios y tomar los diez Mandamientos como diez “Palabras de vida”.

5. Los otros siete Mandamientos son Palabras de vida, que regulan nuestra relación con el prójimo, para que sepamos respetar su persona, su vida, sus bienes, su fama, su cuerpo. La vida hay que respetarla siempre. Sin embargo, la sociedad produce palabras de muerte y leyes de muerte, estructuras de pecado y de odio, de manipulación, de guerra. Los cristianos estamos llamados a vivir las Palabras de vida, dando testimonio en nuestra sociedad. En este tercer domingo de Cuaresma, el Señor nos invita a convertirnos.

6. La carta de San Pablo a los Corintios nos ha hablado de Cristo como centro: «Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría,

nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles» (1 Co 1,22-23). No caigamos en la tentación de pedir a Dios signos, demostraciones ni “milagritos”, pues con Dios no debemos comerciar. La actitud de auténtica religiosidad acepta la voluntad de Dios, sin negociar con Él. Los griegos, sin embargo, piden sabiduría, buscan la razón de las cosas. La razón no está en contra de la revelación, pero ésta va más allá de la razón y la supera. San Pablo, ante la actitud de los judíos y de los griegos, predica a Cristo crucificado, escándalo para unos y necedad para otros. Los cristianos predicamos a Cristo crucificado, que muere por amor a los hombres. Para los que aceptan esta verdad, Cristo es «fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Co 1,24), que es mucho más que los signos que piden los judíos y la sabiduría que buscan los paganos.

7. Nos encontramos en la parroquia de “Nuestra Señora del Templo” y hemos reflexionado sobre la expulsión de los mercaderes del templo de Jerusalén. Jesucristo se presenta como templo y nosotros somos también templos del Espíritu Santo (cf. 1 Co 6,19). Acudamos a la Virgen, que es nuestra titular, la Virgen del Templo, para pedirle que nos ayude a vivir como Ella, que aceptó a Jesús en su vida y que llevó al Señor en su seno virginal. ¡Que Ella nos ayude a llevarlo en nuestro corazón, y que nos proteja y nos cubre con su manto!

8. Estamos realizando la Visita pastoral a esta parroquia. He podido encontrarme con las distintas personas y grupos de esta comunidad cristiana: niños, jóvenes, adultos, personas mayores, enfermos, miembros de comunidades neo-catecumenales, miembros de los consejos diversos y servicios parroquiales. Todos sois necesarios, porque todos sois parte de la familia parroquial de “Nuestra Señora del Templo” y todos formamos la única Iglesia de Cristo.

9. Esta visita quiere ser un encuentro del Obispo, sucesor de los Apóstoles, con los fieles, para conocerse personalmente y dialogar sobre nuestra misión, sobre nuestros gozos y esperanzas. La Visita pastoral quiere ayudar al Obispo a reproducir las actitudes de Cristo, el Buen Pastor (cf. Jn 10,11-16). Espero que este encuentro sea fecundo en frutos de vida espiritual, y que la parroquia de “Nuestra Señora del Templo”, en San Fernando de Henares, quede fecundada y transformada, con motivo de esta visita. ¡Que esta visita nos ayude a todos a seguir más de cerca a Jesús, a escuchar su voz, a vivir sus palabras de vida!

10. El Señor nos invita a vivir la fe cristiana de manera consecuente y a ser sus testigos. Nuestra sociedad necesita hoy un testimonio claro de qué es ser cristiano; y no valen ciertas formas amañadas de cristianismo. Ser cristiano es escuchar la Palabra de Dios y llevarla a la práctica; es aceptar la voluntad de Dios en nuestra vida. Hay ejemplos preciosos de cristianos, que viven con alegría su fe. Esta tarde hemos visitado dos enfermas, que son un testimonio para todos nosotros, porque aceptan su enfermedad con gran entereza y paz. ¡Que este encuentro con el Señor, en la eucaristía, nos ayude a vivir con mayor alegría el ser cristiano!

11. Esta eucaristía tiene un significado especial, porque está presidida por quien es la cabeza de la diócesis o iglesia particular, y están presentes los sacerdotes y los fieles. En ella vamos a hacer profesión de la fe de la Iglesia, en un diálogo entre el Obispo y los fieles, como en la vigilia pascual y en los bautismos. ¡Que el Señor bendiga esta comunidad y la haga crecer en el amor! Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

(Coslada, 29 de marzo de 2003)

Lecturas: 2 *Cro* 36,14-16.19-23; *Ef* 2,4-10; *Jn* 3,14-21.

1. Hemos escuchado en el evangelio el diálogo entre Jesús y Nicodemo, el discípulo en secreto, quizá porque tenía miedo de que supieran que era discípulo del Señor. Jesús le dice: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna» (*Jn* 3,14). Podemos contemplar ante nosotros una gran cruz de madera, donde hay clavada una imagen preciosa de Jesucristo en la cruz, que preside el templo parroquial. Nos recuerda el pasaje en el que Moisés mandó levantar una serpiente de bronce; los que habían sido mordidos mortalmente por una serpiente, al contemplar la imagen de bronce, quedaban curados (cf. *Nm* 21,9).

2. Los cristianos de hoy también son mordidos por serpientes venenosas, serpientes de pecado, serpientes de incredulidad, serpientes de odio, serpientes de no aceptación de Jesucristo. A nosotros se nos invita a contemplar a Cristo, clavado en la cruz por nuestros pecados. Quien contempla a Jesús, puede quedar curado de todos los venenos y mordeduras mortales.

3. Contemplar a Jesús significa creer en Dios y ser consecuentes de ello en nuestra vida. Ser cristiano no es simplemente estar bautizado, celebrar la

primera comunión, recibir la confirmación y casarse por la iglesia; es decir, venir cuatro veces en la vida a la iglesia. Tampoco vivir el matrimonio se reduce a celebrar la boda; el matrimonio es la convivencia diaria, la aceptación del otro, la entrega mutua de amor. Ser cristiano es vivir la esperanza cristiana, vivir el amor de Dios día a día. Si Cristo ha entregado su vida por nosotros, los cristianos estamos llamados a aceptar ese regalo de Dios y a comprometernos en amarle, amando también al prójimo. Ser cristiano es transformar todos los ambientes de la vida y santificarlos. Ser cristiano es vivir el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (*Jn 3,16-17*).

4. Sólo caben dos actitudes en la vida, ante Jesucristo: creer en Él, o no aceptarlo. Dice San Juan: «El que cree en Él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios» (*Jn 3,18*). Jesús es la luz del mundo; aquel que acepta a Jesús camina y vive iluminado por su luz. El que acepta a Jesús no es juzgado, porque acepta la luz y la verdad, e intenta vivir según el estilo de vida de Jesús. El Señor nos pide a todos, jóvenes, mayores, sacerdotes, casados, solteros, que vivamos según el modelo de Jesús, que reproduzcamos en nuestra vida y en nuestras almas la imagen de Jesucristo, recibida en el bautismo. Los confirmandos recibiréis hoy el don del Espíritu Santo, que os va a hacer capaces de seguir a Jesús y de ser sus testigos en esta sociedad.

5. Pero el que no acepta a Jesús, camina entre tinieblas. El que rechaza a Jesús ya está juzgado: «Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras» (*Jn 3, 19-20*). El que no cree se separa de la vida y se condena; el que rechaza la luz, queda en tinieblas, porque Cristo es la luz y nos ofrece la vida desde la cruz.

6. El libro de las Crónicas nos ha narrado que los israelitas «multiplicaron sus infidelidades, según todas las costumbres abominables de las gentes, y mancharon la Casa del Señor, que él se había consagrado en Jerusalén» (*2 Cro 36,14*). El pueblo de Israel, pueblo elegido por Dios para vivir según el espíritu de los Mandamientos y ser fiel a la Alianza, perdió su identidad y

empezó a vivir como vivían los paganos. Este pueblo, al actuar así, rompe la alianza y se separa de Dios. Pero «el Señor, Dios de sus padres, les envió desde el principio avisos por medio de sus mensajeros, porque tenía compasión de su pueblo y de su morada. Pero ellos se burlaron de los mensajeros de Dios, despreciaron sus palabras y se mofaron de sus profetas» (2 Cro 36,15-16). La historia narra que la ira del Señor, entonces, subió contra su pueblo y los castigó.

7. También los cristianos de hoy, al igual que el pueblo de Israel, debemos vivir la alianza de amor con Dios, pero vivimos como muchos paisanos nuestros, de manera pagana. Hay cristianos que se separan de la fe de la Iglesia o viven al margen de ella, negando la resurrección, aceptando el aborto o el divorcio, practicando la magia y consultando a los nigromantes y horóscopos. Todas esas cosas están de moda en nuestra sociedad y son una tentación para el cristiano. El Señor nos llama a conversión, en este cuarto domingo de Cuaresma.

8. La Visita pastoral, que estamos realizando, quiere ser una toma de conciencia de nuestro compromiso cristiano y una toma del pulso de esta comunidad cristiana de San Pedro y San Pablo en Coslada. Los cristianos hemos de animarnos mutuamente a vivir como tales; hemos de rezar unos y otros; hemos de formarnos en la fe unos a otros. Las generaciones mayores educáis en la fe a las generaciones jóvenes; los catequistas estáis realizando una gran labor; los encargados de la liturgia colaboráis para solemnizarla; los adoradores eucarísticos cumplís una noble misión; los que formáis parte de distintos movimientos eclesiales, hermandades, o asociaciones, enriquecéis con vuestra presencia y carisma la comunidad parroquial. Todos formamos también la iglesia particular y debemos tomar cada vez más conciencia de diócesis.

9. Estimados jóvenes confirmandos, estáis llamados a crecer en la fe y a ser, dentro de unos años, los educadores y catequistas de esta parroquia. Vosotros sois la iglesia del presente y los responsables del mañana. Acoged el don del Espíritu Santo, que esta tarde vais a recibir, como tierra fecunda, que fructifique en vosotros; estad abiertos a la llamada de Dios para la vida consagrada; responded con presteza y generosidad a su llamada, diciendo: “Señor, aquí estoy para hacer tu voluntad; iré donde tú me mandes”, como misionero, como religioso, como sacerdote. Seguiremos rezando para que el Señor continúe llamando a personas que se consagren totalmente al servicio del evangelio y de la

Iglesia. Y los padres, cuando algún hijo os comunique que el Señor le llama a la vida consagrada, sed generosos.

10. Como Obispo vuestro me siento muy gozoso de estar entre vosotros, de visitar esta comunidad cristina, que sigue a Jesús, que tiene ilusión por seguir trabajando y que desea vivir cada día más cristianamente y más eclesialmente. ¡Que el Señor, con su ejemplo de amor y de entrega total, nos ayude a ser generosos! ¡Y que la Virgen María, nuestra Madre, que es modelo de sencillez y de aceptación de la Palabra de Dios, interceda por todos nosotros! Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

(San Fernando, 30 de marzo de 2003)

Lecturas: 2 *Cro* 36,14-16.19-23; *Ef* 2,4-10; *Jn* 3,14-21.

1. El libro segundo de las Crónicas nos narra las infidelidades del pueblo de Israel, pueblo elegido por Dios. En vez de ser fiel a la alianza que Dios había pactado con ellos, el pueblo llevaba prácticamente la misma vida que la de los paganos, con quienes convivía (cf. 2 *Cro* 36,14). El Señor, a través de mensajeros, les recordó que tenían una alianza y les animó a ser fieles a la misma; pero el pueblo no hizo caso y siguió viviendo de espaldas a Dios (cf. 2 *Cro* 36,15-16). Finalmente, la ira del Señor se encendió contra su pueblo y los entregó en manos de los caldeos: unos murieron y otros fueron desterrados a Babilonia (cf. 2 *Cro* 36,17-20). El destierro era una manera de purificar su corazón obstinado.

2. El cristiano de hoy tiene la tentación, como el pueblo de Israel, de vivir de manera pagana, como la gente de su tiempo; corre el riesgo de pensar y actuar como si no fuera creyente, diluyéndose en la masa de increencia. Los cristianos, que decimos creer en Dios, amarlo, estar dispuestos a comprometernos a la alianza, respetar los Mandamientos, tenemos el mismo peligro que el pueblo de Israel, de pensar y vivir como las personas no-cristianas de nuestra

sociedad, dando las espaldas a Dios. Viviendo de este modo, nuestra identidad cristiana se diluye y desaparece.

3. Antes de la celebración, hemos estado dialogando con un grupo de jóvenes y hemos reflexionado sobre cómo vivir la fe, cómo ser cristianos en esta sociedad nuestra actual. Los confirmandos vais a recibir el don del Espíritu, que os hará capaces de vivir como hijos de Dios; vais a recibir el Espíritu Santo, que es fuerza de Dios, sabiduría de Dios y luz de Dios. ¡Que él fortalezca vuestra fe, ilumine vuestro corazón y os haga testigos fieles del amor de Dios! ¡Que os ayude a distinguir perfectamente lo que es de Dios y lo que no lo es, lo que es propio del cristiano y lo que no lo es!

4. El evangelio nos ha expuesto el diálogo entre Jesús y Nicodemo. Jesús le recuerda a su discípulo que Moisés en el desierto hizo una serpiente de bronce, la elevó sobre un mástil y aquellos que eran mordidos por serpientes venenosas contemplaban esa serpiente y quedaban curados (cf. *Jn* 3,14; *Nm* 21,9). Nos preside en el altar una gran cruz, en la que está clavada la imagen de Jesús crucificado. La famosa serpiente de bronce, que Moisés hizo para el pueblo de Israel, era simple figura de la realidad salvadora de Cristo en la cruz. ¡Acudamos a la fuente de la salvación y de las aguas que brotan para la vida eterna!

5. En esta Cuaresma, como preparación a la celebración de la Pascua, la Iglesia nos invita a contemplar a Cristo, en el madero salvador de la cruz. Los cristianos de hoy también podemos ser mordidos por serpientes venenosas: ideas que van en contra de la fe, formas y costumbres de nuestra sociedad que nos apartan de la vida cristiana, actitudes que atentan contra la vida, posturas contra la verdad y la paz. Cuando seamos mordidos por esas serpientes, que nos apartan de Dios, contemplemos a Cristo, clavado en la cruz, ejemplo de generosidad total y de entrega plena. Quien mira la cruz queda sanado de sus pecados y su corazón puede volver a Dios.

6. En la conversación entre Jesús y Nicodemo, se nos aclara la diferencia entre los que creen y los que no creen en Dios. Le dice Jesús a Nicodemo: «El que cree en Él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios» (*Jn* 3,18). No hace falta esperar al juicio final, sino que en este mundo las personas que no creen en Dios son ya juzgadas. El juicio consiste en la misma aceptación o no de la verdad: el

que cree acepta la luz y la verdad, que es Jesucristo; el que no cree, no acepta a Jesucristo. Es el mismo individuo quien decide vivir o no la vida de Cristo; es el propio interesado quien acepta o rechaza la salvación; es el mismo hombre quien se coloca dentro o fuera de la Iglesia.

7. Quisiera hacer un pequeño ‘excursus’ sobre el tema de la excomunión, a raíz de lo ocurrido en Nicaragua, con la niña de nueve años, que quedó embarazada y le aplicaron el aborto. Hubo en España una general reacción a favor de dicho aborto; mucha gente pidió incluso ser excomulgada, por solidaridad; quien así actúa no sabe lo que es la excomunión. Ésta requiere unas condiciones para que surta efecto. Cuando el fiel cristiano comete ciertos pecados graves, le sitúan automáticamente fuera de la Iglesia, como en el caso del aborto. Pero si alguien no ha hecho motivos, no puede pedir la excomunión.

8. El texto del evangelio de San Juan nos habla del juicio que merece “el que no cree”: «El que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios» (Jn 3,18). Jesús es la luz; quien vive según esa luz, está con Jesús; quien reniega de esa luz y de esa verdad, rechaza a Jesús. En el día del juicio final recibirá la sentencia final, pero ahora en este mundo ya es juzgado. El evangelio de hoy nos invita a vivir como auténticos cristianos, aceptando la luz de Jesucristo, siguiendo sus mandamientos, viviendo las bienaventuranzas, y practicando las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. Espero que, tanto los confirmandos como toda la comunidad parroquial de la “Purificación de Nuestra Señora”, tengáis buenos deseos de vivir con Jesús y como Jesús.

9. En esta Visita pastoral, que hoy comienza, el Obispo desea estar con vosotros y encontrarse con las diversas personas y grupos de la parroquia. La Visita pastoral favorece el diálogo, el acercamiento a las personas, el conocimiento mutuo, la animación de la comunidad, el fortalecimiento de la comunión, porque el Obispo es signo y principio de comunión. Cada comunidad cristiana tiene su párroco y sus sacerdotes, como delegados del Obispo, que ejercen la misión de enseñar, regir y santificar al pueblo de Dios de manera permanente y habitual. En los casi cuatro años, que llevo como Obispo de Alcalá, he venido varias veces a esta parroquia, para celebrar la eucaristía y otras finalidades. Pero esta vez vengo a vosotros para hacer la Visita pastoral, que tiene unos objetivos propios.

10. La familia cristiana la formamos todos y es importante que la familia se reúna, haga sus proyectos, revise su actividad y se renueve. Éste es, fundamentalmente, el objetivo de la Visita pastoral. Quiero animaros a todos a compartir, a dialogar fraternalmente, a trabajar juntos, a ser Iglesia, a superar las distancias y obstáculos entre los diversos grupos, movimientos y asociaciones. Todos somos miembros de la misma Iglesia y, más concretamente, de la misma comunidad parroquial. También hemos de tener conciencia, cada vez más, de ser cristianos y testigos de la fe en medio de una sociedad medio-pagana.

11. Hoy tenemos un motivo más de alegría, porque dos niños de nuestra comunidad parroquial van a recibir por primera vez a Jesucristo en la eucaristía. Esperamos que sea el inicio de un largo camino de vida cristiana y de participación en el sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor. Invito a los padres a que sigan acompañando a sus hijos y animándoles a celebrar la eucaristía dominical.

12. Los sacramentos son momentos de un proceso de crecimiento cristiano y signos eficaces de gracia. Lo importante no es recibir un sacramento una vez, sino vivir permanentemente como cristianos. Estimados jóvenes confirmandos, hoy comienza para vosotros otra etapa de vuestra vida; la recepción del sacramento no es el punto final; no os habéis preparado para recibir simplemente el sacramento de la confirmación o de la comunión, sino para ser cristianos, durante toda vuestra vida. Os animo a tomar cada vez más en serio el ser cristiano “cada día” y en todos los campos de la vida: en la iglesia, en la familia, en la escuela, en el instituto, en el trabajo, en la política, en la economía. El cristiano tiene la tarea de transformar todos los campos y dimensiones de la vida.

13. La Virgen fue una mujer creyente, cuya fe tocó todas las fibras de su ser, en todos los campos de su vida. Aceptó siempre la voluntad de Dios y se entregó por entero a su Hijo. De este modo quedó transformada toda su vida, de manera especial su maternidad. Lo importante para el cristiano no es el estado en que se encuentra, sino la aceptación de la voluntad de Dios y el seguimiento de Cristo. ¡Contemplemos a Cristo en la cruz y sigamos su luz, su camino y su verdad! Le pedimos a la Virgen, bajo el título de “Purificación de Nuestra Señora”, que nos ayude a ser como Ella, “oyente” de la Palabra y “obediente” a la voluntad del Señor. Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA

(Mejorada, 4 de abril de 2003)

Lecturas: *Sb* 2,1.12-22; *Jn* 7,1-2.10.25-30.

1. El texto proclamado del libro de la Sabiduría nos ha hablado del “justo” en Israel, del “fiel israelita”, que intenta vivir según Dios. Los profetas, cuando denuncian al pueblo sus actitudes, sus vicios y su comportamiento, lo hacen desde Dios, no lo hacen desde una palabra humana, o desde una actitud propia, pues no son ellos los que juzgan. La profecía y la denuncia vienen de la Palabra de Dios, que ilumina la vida. El justo es el que intenta vivir los mandamientos de Dios, el que intenta llevar un comportamiento adecuado a la fe que profesa y vive con integridad (cf. *Pr* 20,7), el que intenta vivir el amor de Dios (cf. 2 *Sm* 23,3). La actitud del justo es un testimonio constante, que pone al descubierto la mala conducta, guiada según los propios caprichos (cf. *Sb* 2,13-16).

2. El impío, que no profesa “piedad” filial hacia Dios y no cree en Él, maquina contra al justo (cf. *Sal* 37,12), porque su conducta le denuncia, porque se ve descubierto en sus acciones (cf. *Sb* 2,12). El impío somete al justo a los ultrajes y a la muerte, para ver si es verdadera su actitud y se mantiene fiel a Dios: «Sometámosle al ultraje y al tormento para conocer su temple y probar su

entereza. Condenémosle a una muerte afrentosa, pues, según él, Dios le visitará» (Sb 2,19-20). El impío de nuestra sociedad no entiende al creyente de hoy; tiene muchas vendas en sus ojos, que le impiden creer y necesita quitárselas, para poder vivir de manera cristiana.

3. En el Antiguo Testamento aparece repetidamente la figura del justo condenado; en el Nuevo Testamento es Jesús de Nazaret, el gran Profeta, el Testigo fiel, el Justo por excelencia, quien es condenado a muerte en la cruz. En el evangelio de San Juan hemos visto que, en la Fiesta de las Tiendas, los judíos están al acecho y deciden dar muerte a Jesús, porque sus palabras y su conducta son una clara denuncia contra ellos. La actitud de los coetáneos de Jesús es la misma que la de los impíos ante todo justo: acecharle, ponerle a prueba, llevarle a la afrenta y a la ignominia y, finalmente, darle muerte. En Semana Santa contemplamos la muerte del Justo en la cruz, como expresión de amor, de entrega, de donación total.

4. El cristiano de hoy, al igual que el justo en el Antiguo Testamento y el Hijo de Dios, en los tiempos mesiánicos, también es puesto a prueba, porque con su fe, con su palabra y, sobretodo, con su testimonio es una denuncia profética para el hombre de hoy, un testimonio de la verdad revelada. La fuerza del testigo no está en sus ideas, ni en su razonamiento, ni siquiera en su ejemplo, sino en Dios mismo, en la Palabra de Dios que ilumina, en la fuerza de Dios.

5. Estimados hijos de la Parroquia de la “Natividad de Nuestra Señora” en Mejorada del Campo, el Señor nos está invitando a ser testigos de Jesús de Nazaret, testigos de la fe cristiana. Hemos de estar dispuestos a soportar que hablen mal de nosotros, que no nos comprendan, que nos acechen, que nos critiquen, que nos pisoteen, que nos denuncien, incluso que nos maten, por ser testigos de Cristo. El Señor nos pide hoy que seamos testigos suyos, testigos de su amor, testigos del Crucificado-Resucitado. Cristo ha entregado su vida para salvar al hombre de la ignorancia, del egoísmo, del pecado, del absurdo en que estamos viviendo tantas veces, de las contradicciones de nuestras mismas leyes y costumbres.

6. Estamos realizando la Visita pastoral a esta querida parroquia. He podido encontrarme con diversas personas (niños, jóvenes y adultos) y con distintos grupos, que forman esta comunidad cristiana. La parroquia es como una familia con distintos miembros, grupos, movimientos, asociaciones, es decir,

una comunidad de comunidades. Todos los cristianos formamos la Iglesia y todos vosotros formáis esta parroquia. Esta celebración eucarística, presidida por el Obispo en su Visita pastoral, expresa con gran nitidez la realidad eclesial; están presentes todos los miembros que forman la Iglesia: el Obispo, como cabeza; los sacerdotes, sus colaboradores; y los fieles cristianos laicos. Es, por tanto, un acontecimiento eclesial muy importante. Deseo que lo valoréis y que os sintáis en plena sintonía con la Iglesia de Jesucristo.

7. La Visita pastoral permite al Obispo encontrarse con sus fieles, conocerlos mejor y ser figura del Buen Pastor, Jesucristo. En primer lugar, quiero felicitaros por vuestra fe, por vuestro testimonio, por vuestro compromiso cristiano, y por haber realizado un camino juntos, como hijos de Dios, en armonía y fraternidad. Os felicito porque la comunidad va creciendo, no sólo en número de bautizados, sino en niños y jóvenes, que van tomándose cada día más en serio la fe. Os invito a seguir en esta línea. Habéis ido venciendo tensiones y dificultades en la parroquia, habéis promocionado distintos grupos y habéis ido profundizando vuestra formación en la fe. La comunidad debe continuar celebrando los misterios cristianos, debe seguir creciendo en fe, en amor y en esperanza; debe continuar creciendo en testimonio profético.

8. Ser cristiano no se reduce a celebrar sólo unos cuantos sacramentos en la vida, sino que va mucho allá; ser cristiano es vivir la fe en Dios, alabarle, darle gracias, sentirse hijo suyo, sentirse hermano de Cristo y de los demás hombres. Ser cristiano es un camino, que se recorre cada día, celebrando litúrgica y sacramentalmente la fe, y dando testimonio de ella en la familia, en el trabajo y en todos los ámbitos de la vida. ¡Hablad a vuestros hijos de Dios y rezad con ellos! ¡Educadles en la fe y hacedles crecer en el amor a Dios! ¡Transformad positivamente nuestra sociedad en los aspectos sociales y políticos! ¡Participad con vuestro voto en las próximas elecciones!

9. ¡Que el Señor os bendiga y que la Virgen María, bajo la advocación de “Virgen de las Angustias”, a la que tanta devoción profesáis, os ayude a vivir cristianamente! Ella fue la mejor creyente, la mejor testigo de la fe, que amó en profundidad al Hijo de sus entrañas, Jesús el Hijo de Dios. ¡Que ella sea nuestra intercesora, nuestra abogada, nuestro apoyo y nuestro modelo! Mañana comenzaréis la preparación a la fiesta de la Virgen de las Angustias. Cuando recorráis en procesión las calles de Mejorada con la imagen de la Virgen, que sea una verdadera “profesión de fe y de amor”. ¡No os dejéis manipular por quienes

pretenden convertir nuestras procesiones en puro folklore y en simple manifestación cultural!

10. ¡No desfallezcáis en la tarea de vivir la fe cada día! Los impíos de hoy siguen acechando a los creyentes, pero no tengáis miedo. El Señor está con nosotros y nos ha dicho: «En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo» (*Jn 16,33*). Él ha sucumbido a la muerte temporal, pero ha resucitado; y esa es la esperanza del cristiano. Con esa misma esperanza, vivimos nosotros la fe y el amor a Dios. Amén.

INSTITUCIÓN DE MINISTERIOS DE LECTOR Y ACÓLITO

(Capilla del Palacio episcopal, 12 de abril de 2003)

Lecturas: *Ez* 37,21-28; *Jn* 11,45-57.

1. El profeta Ezequiel nos recordaba que el Señor congregó antaño a los hijos de Israel, dispersos por las naciones: «Así dice el Señor Dios: He aquí que yo recojo a los hijos de Israel de entre las naciones a las que marcharon. Los congregaré de todas partes para conducirlos a su suelo» (*Ez* 37,21). También ahora quiere congregar en torno a sí a todos los pueblos de la tierra y hacer de ellos un solo pueblo de bautizados, hijos de Dios.

En este proyecto del Señor, estimados jóvenes que vais a recibir los ministerios de lector y acólito, vosotros tenéis una misión: servir a este pueblo en el ministerio de la Palabra y de la Eucaristía. Es la Palabra de Dios quien nos convoca a todos los bautizados y la Eucaristía quien nos une en el amor. Vuestro servicio consistirá en proclamar en la asamblea esta Palabra y servir el Cuerpo del Señor.

2. Dios pide purificación al pueblo de Israel, para que pueda ser su pueblo: «No se contaminarán más con sus basuras, con sus monstruos y con todos sus crímenes. Los salvaré de las infidelidades por las que pecaron, los purifica-

ré, y serán mi pueblo y yo seré su Dios» (Ez 37,23). También Dios nos pide que purifiquemos nuestros corazones y no nos contaminemos con los ídolos de nuestra sociedad.

A vosotros, estimados candidatos a los ministerios instituidos, Dios os anima hoy a limpiar vuestra alma, para servirle con sincero corazón, apartándoos de las iniquidades que puedan ofuscar el resplandor de la luz divina y desterrando las infidelidades hacia Él.

3. Servir a la Palabra, prestándole nuestra voz, exige de nosotros limpieza de mente, para entender lo que proclamamos, aceptando con humildad las palabras de vida, y requiere también fidelidad al mensaje, del que somos portavoces. Trabajad “para que la Palabra del Señor sea difundida y glorificada” (2 Ts 3,1).

Servir al sacramento Eucarístico, prestándole nuestras manos, pide de nosotros candor de corazón para obrar rectamente, según los preceptos de Dios y actitud generosa para compartir los bienes, que el Señor nos regala.

Hemos de servir como María, la Virgen, quien “aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual, esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con El y bajo El, por la gracia de Dios omnipotente” (*Lumen gentium*, 56).

4. Vuestro servicio implica también un compromiso por la unidad. Dios nos quiere como un solo pueblo, bajo un solo rey, como dice el profeta Ezequiel: «Haré de ellos una sola nación en esta tierra, en los montes de Israel, y un solo rey será el rey de todos ellos» (Ez 37,22). La Palabra congrega y la Eucaristía es fuente de comunión, “por medio de la cual se significa y se realiza la unidad de la Iglesia” (*Unitatis redintegratio*, 2).

Prestándole vuestra voz y vuestras manos al Buen Pastor, Jesucristo, Él conducirá su rebaño a pastos fértiles “y habrá un solo rebaño y un solo pastor” (Jn 10,16) y las ovejas, como dice el Señor: «Obedecerán mis normas, observarán mis preceptos y los pondrán en práctica» (Ez 37,24), para concluir con ellas una alianza de paz, una alianza eterna (cf. Ez 37,26).

5. Las lecturas de las dos últimas semanas de cuaresma nos han presentado la figura del justo perseguido y acechado: «Tendamos lazos al justo, que nos fastidia, se enfrenta a nuestro modo de obrar, nos echa en cara faltas contra la Ley y nos culpa de faltas contra nuestra educación» (*Sb* 2,12). Sus palabras y su vida son una denuncia al modo de pensar y vivir de los demás, son un estorbo a los planes egoístas de sus paisanos: «Es un reproche de nuestros criterios, su sola presencia nos es insufrible, lleva una vida distinta de todas y sus caminos son extraños» (*Sb* 2,14-15).

6. Jesús es el Justo por excelencia, el Ungido con el Espíritu Santo, que «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él» (*Hch* 10,38). Su conducta no la pueden tolerar sus enemigos: «Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios» (*Jn* 5,18).

Al que es Hijo de Dios lo consideran un blasfemo (cf. *Jn* 10,36), lo quieren someter a ultraje y al tormento, y condenarle a una muerte ignominiosa (cf. *Sb* 2,19-20); por eso, deciden darle muerte (cf. *Jn* 11,53). A las puertas de la Semana Santa contemplamos a Cristo, cargado con nuestros pecados y dispuesto a entregar su vida por nosotros.

7. El Señor nos invita a seguirle, a imitar su vida, a ir tras sus pasos, ofreciendo nuestra vida por Él y por los demás. Nuestro mundo se distancia de Dios y se resiste a aceptar la salvación que Cristo le ofrece, buscando otros caminos, en los que cree hallar la felicidad.

En el evangelio de hoy se nos dice que «muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él» (*Jn* 11,45).

También nosotros creemos en Jesús y queremos ser sus testigos. Hoy vosotros, estimados jóvenes, manifestáis vuestro compromiso de seguir a Jesucristo, de imitar su vida, de ofrecer generosamente la vuestra por el Reino de los cielos, de ejercer el ministerio que la Iglesia os confía. ¡Manteneos en esta actitud de servicio durante toda vuestra vida!

8. Junto a Jesús ha estado siempre María, su Madre, sobre todo en los momentos más importantes de su vida. Ella nos puede ayudar a comprender

mejor a Cristo y puede introducirnos en el conocimiento profundo de su misterio, como nos ha dicho el Papa Juan Pablo II: “Recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la ‘escuela’ de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje” (*Rosarium Virginis Mariae*, 14).

Os invito a rezar con frecuencia el Santo Rosario, asistiendo a la escuela de María, la “maestra incomparable”. Ella nos invita a aceptar la voluntad de Dios en nuestra vida; a vivir con alegría la llamada del Señor; a ser humildes y sencillos, permitiendo que Dios haga maravillas en nosotros; a desempeñar con gozo el ministerio que se nos confía.

Con María, digámosle a Dios: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1, 38). Amén.

DOMINGO DE RAMOS

(Catedral, 13 de abril de 2003)

Lecturas: *Is* 50,4-7; *Flp* 2,6-11; *Mc* 14,1-15,47.

1. En el Domingo de Ramos aclamamos, llenos de gozo: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (*Mt* 21,9). Dios ama infinitamente al hombre y le entrega a su propio Hijo, para redimirlo del pecado. Jesucristo viene en nombre del Señor y nos trae el gran regalo de la salvación. Esta es la hora de la verdad: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo de hombre» (*Jn* 12,23). El Hijo de Dios se enfrenta a la muerte temporal, para que renazca en nosotros la vida eterna; su vida entregada y pisoteada es fuente de vida abundante: «En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn* 12,24). Esta es la hora de Dios y al mismo la hora de la esperanza del hombre.

2. Acabamos de escuchar el relato de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Marcos, que nos narra los últimos acontecimientos de la vida terrena de Jesús. El Domingo de Ramos es el pórtico la Semana Santa. En ella contemplamos y vivimos el misterio de nuestra redención en Jesucristo, que se muestra en su pasión, muerte y resurrección. En ella se actualizan las celebraciones litúrgicas de este misterio y se expresan de manera artística y plástica en las manifestaciones y procesiones de la devoción popular en nuestras calles. “La Santa Madre Iglesia -como dice el Concilio Vaticano II- conmemorando así

los misterios de la redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo, para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación» (*Sacrosanctum Concilium*, 102).

Queremos expresar, con gran veneración y sincera fe, nuestro profundo agradecimiento a Dios por el amor que nos ha manifestado en su Hijo Jesús (cf. *Rm* 8,39). Lo hacemos con sentimientos de verdadera piedad y corazón contrito y humillado.

3. Cristo se ha convertido en el “Siervo de Yahveh”, según la profecía de Isaías, cuyo texto hemos leído en la liturgia de hoy: «Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos” (*Is* 50,6). Es el Siervo sufriente de Yahveh, que hace donación de sí mismo y proclama el “servicio”, como norma de conducta evangélica: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (*Mt* 20,28).

El mismo Jesús, en la Cena pascual, como preparación a su pasión, lavará los pies a sus discípulos. Sirviendo a los hombres, Jesús de Nazaret asume la causa del hombre y la lleva a su plenitud. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios; y esta semejanza llega a su punto culminante cuando el Hijo de Dios se hace hombre, asumiendo la realidad humana y elevándola a su máxima dignidad.

4. El texto conciso, pero rico, de la carta a los Filipenses nos habla de la causa del hombre, que Jesucristo ha tomado sobre sus hombros hasta la cruz. El apóstol Pablo escribe, refiriéndose a Jesús: «El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios” (*Flp* 2,6). Jesucristo es “de condición divina”; es decir, de la misma sustancia que el Padre; es Dios de Dios, luz de luz; es el Hijo de Dios y, por tanto, es verdadero Dios. Este Hijo de Dios es también verdadero hombre: «Se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz” (*Flp* 2,7-8).

5. Él ha cargado sobre sí todos los pecados de la humanidad, todas las tropelías que el hombre soporta, todas las manipulaciones que instrumentalizan

al ser humano, todas las situaciones infrahumanas provocadas por el egoísmo y el desprecio del hombre, como imagen de Dios.

El cristiano debe denunciar todas las situaciones de abuso del hombre por el hombre y trabajar siempre y activamente por la paz. Pero no hay que dejarse engañar, ni manipular, por fáciles propagandas o intereses partidistas. Como cristianos, debemos defender y respetar la vida del hombre siempre y en todo lugar; desde su concepción hasta su muerte natural. Se han hecho últimamente muchas manifestaciones contra la guerra; pero si alguien no perdona de corazón a su hermano, su grito de “no a la guerra” es una parodia; si alguien grita “no a la guerra”, pero está de acuerdo con las leyes abusivas que le favorecen, pero dañan a otros, su grito es una parodia; si alguien está a favor del aborto, su grito de “no a la guerra” es también una parodia.

En España han sido asesinados, en el año 2002, más de sesenta mil inocentes en el seno materno, antes de nacer; ¿cuántas manifestaciones ha habido en contra? Hablemos claro y alto, estimados cristianos; la Iglesia católica es la única institución que lo hace; os invito a hacerlo como miembros de la misma y como testigos del auténtico Reino de Cristo.

6. El Papa Juan Pablo II recuerda el drama de la humanidad de hoy: la falta de equilibrio entre el hombre-imagen de Dios y el hombre-creatura. Manipulada y falsificada la causa del hombre, la eterna y definitiva, advertimos que en este mundo se dejan continuamente sentir las sacudidas cósmicas y apocalípticas de la desobediencia originaria, del pecado original.

Por esto, el Papa reafirma que sólo en Cristo está contenida la causa del hombre ayer, hoy y siempre, y nos confía la tarea de ser testigos de ello: “Ser hombre quiere decir mantener la justa proporción entre la creatura y la imagen de Dios. Mantener el equilibrio. El hombre ha perdido este equilibrio. Se lo ha dejado arrebatar. Consciente y voluntariamente ha seguido la voz del tentador que decía a ambos, a la mujer y al hombre, «seréis como Dios, conociendo el bien y el mal” (*Gn 3,5*).

El hombre ha rechazado en aquel momento la voluntad de Dios, ha destruido la proporción entre la imagen de Dios y la creatura de Dios” (cf. Juan Pablo II, *Homilía de la misa del Domingo de Ramos*, Ciudad del Vaticano 31.III.1985, 5). Cristo ha venido, precisamente, para restaurar el equilibrio perdido.

7. Al inicio de esta Semana Santa, queremos renovar nuestro compromiso de vivirla con verdadera fe, firme esperanza y auténtico amor.

La secularización que invade nuestra sociedad, afecta también la celebración de la Semana Santa. Algunos quieren vaciarla de su contenido religioso-cristiano o reducirla a una simple expresión cultural por las calles de nuestras ciudades. Exhorto a todos los miembros de las Cofradías y Hermandades a no dejarse llevar por esa tendencia ideológica, ni dejarse arrastrar por manipulaciones del género, sino a vivir y celebrar religiosamente los misterios cristianos. La participación en la eucaristía y en las celebraciones litúrgicas de esta semana, así como la celebración del perdón de los pecados en el sacramento de la penitencia, es la mejor manera de vivir la Semana Santa, que se complementa con la participación en las procesiones por nuestras calles; ambas expresiones de fe deben ser armónicamente integradas.

8. Durante esta Semana Santa, escuchemos atentos la Palabra de Dios; meditemos con piedad religiosa la Pasión de Jesucristo, contemplando su rostro doliente y su cuerpo escarnecido, colgado del madero de la cruz; adoremos con devoción su santísimo cuerpo y sangre en la Eucaristía, participando de este manjar del cielo; vivamos la alegría del triunfo glorioso de Cristo sobre la muerte.

Os invito a todos, de manera especial a la Junta de Cofradías y a los miembros de las Cofradías y Hermandades, a celebrar la Semana Santa con devoción y aprovechamiento espiritual.

¡Que Dios nos conceda a todos vivir estos días en un ambiente de oración verdadera, de adoración humilde y de acción de gracias, pidiendo a Dios que su salvación alcance a todos los hombres! Amén.

MISA CRISMAL

(Catedral, 16 de abril de 2003)

Lecturas: *Is* 61,1-3.6-9; *Ap* 1,5-8; *Lc* 4,16-21.

La devoción a María en la vida del presbítero

1. El presbiterio de Alcalá se reúne hoy en torno a su obispo, para celebrar con gozo el don que Dios nos ha hecho, de llamarnos a participar en el sacerdocio de su Hijo. En efecto, los presbíteros están unidos con los obispos en el honor del sacerdocio y, “en virtud del sacramento del orden, han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, según la imagen de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote (*Hch* 5,1-10; 7,24; 9,11-28), para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino” (*Lumen gentium*, 28). Participando del oficio de Cristo, único Mediador (*1 Tim*, 2,5), anuncian la palabra divina y celebran el sacrificio eucarístico, representando la persona de Cristo y proclamando su misterio hasta la venida del Señor.

2. Los sacerdotes ordenados participan de modo especial en el sacerdocio único de Cristo, que ha sido ungido por el espíritu del Señor, para anunciar la buena nueva a los pobres; para vendar los corazones destrozados; para pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad (cf. *Is* 61,1), como nos ha recordado el profeta Isaías.

El ministerio de los presbíteros se ordena y culmina en el sacrificio de Cristo, Mediador único, que se ofrece en nombre de toda la Iglesia de manera incruenta y sacramental en la Eucaristía (cf. *Presbyterorum ordinis*, 2). Nuestro servicio sacerdotal, estimados hermanos, tiene como objetivo «pregonar el año de gracia del Señor» (Is 61,3), anunciando el mensaje del Evangelio, y procurar que el pueblo cristiano, redimido por Cristo, ofrezca el sacrificio agradable a Dios.

3. Deseo agradeceros, queridos sacerdotes, vuestro trabajo y dedicación en favor de la Iglesia. Quiero hacer presente también a algunos miembros de nuestro presbiterio, que colaboran en otras diócesis de España y en el extranjero (Bolivia, Japón y Alemania), más necesitadas aún que la nuestra, de operarios de la mies. Tanto los presentes como los ausentes todos formamos parte del mismo presbiterio y trabajamos por la misma Iglesia de Cristo. Hoy renovaréis las promesas sacerdotales, que hicisteis el día de vuestra ordenación presbiteral. Pido al Señor que os conserve en la fidelidad al ministerio, que un día os confió por manos de vuestro obispo.

4. Si la relación de los sacerdotes ordenados con Jesucristo es especial, la relación con la Madre del Sumo Sacerdote debe ser también especial. El Concilio Vaticano II, remarcando la docilidad de la Santísima Virgen al Espíritu Santo, exhortaba a los presbíteros a amarla filialmente: “Veneren y amen los presbíteros con filial devoción y veneración a esta Madre del Sumo y Eterno Sacerdote, Reina de los Apóstoles y auxilio de su ministerio” (*Presbyterorum ordinis*, 18), pues ella se entregó totalmente al misterio de la redención de los hombres.

El Sínodo de los Obispos de 1971 recomendó también a los sacerdotes una devoción filial a la Virgen: “Con la mente dirigida a las cosas celestes y partícipe de la comunión de los santos, el presbítero contemple a menudo a María, Madre de Dios, la cual acogió el Verbo de Dios con fe perfecta, y la invoque cada día para obtener la gracia de conformarse a su Hijo” (*Ench. Vat.* 4, 1202).

5. Según el Papa Juan Pablo II, “la razón profunda de la devoción del presbítero a María Santísima se fundamenta en la relación esencial que en el plano divino ha sido establecida entre la Madre de Jesús y el sacerdocio de los ministros del Hijo” (Juan Pablo II, Audiencia general *María es la Madre del*

Sumo y Eterno Sacerdote. La devoción a María en la vida del presbítero, 1, Vaticano, 30.VI.1993).

La relación de María con el sacerdocio resulta sobre todo del hecho de su maternidad: Aceptando ser la Madre de Cristo, María ha llegado a ser Madre del sumo Sacerdote. La carta a los Hebreos nos revela que Jesús el aceptó, sacerdotalmente, el sacrificio de su vida: «¡He aquí que vengo (...) para hacer, oh Dios, tu voluntad!» (*Hb* 10,5-7). El Evangelio nos refiere que, en el momento de la Encarnación, la Virgen María se sometió humildemente a la voluntad de Dios: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38).

Existe, pues, una perfecta correspondencia entre María y su Hijo, que demuestra que entre la maternidad de María y el sacerdocio de Cristo se ha establecido una relación íntima (cf. Juan Pablo II, Audiencia general *María es la Madre del Sumo y Eterno Sacerdote. La devoción a María en la vida del presbítero*, 2, Vaticano, 30.VI.1993).

6. María ha sido asociada de modo único al sacrificio sacerdotal de Cristo. Ella ha sido la primera y más perfecta partícipe espiritual de la oblación del Sumo Sacerdote. De este hecho resulta la existencia de una relación especial del sacerdocio ministerial con María Santísima: “Como tal, ella puede obtener y dar a quienes participan en el plano ministerial en el sacerdocio de su Hijo la gracia del impulso a responder cada vez más a las exigencias de la oblación espiritual que el sacerdocio comporta: de modo particular, la gracia de la fe, de la esperanza y de la perseverancia en las pruebas, reconocidas como estímulos para una participación más generosa en la oferta redentora (Juan Pablo II, Audiencia general *María es la Madre del Sumo y Eterno Sacerdote. La devoción a María en la vida del presbítero*, 4, Vaticano, 30.VI.1993).

7. El Santo Padre ha tenido a bien proclamar este año como “Año del Rosario”, “para exhortar a la contemplación del rostro de Cristo en compañía y a ejemplo de su Santísima Madre. Recitar el Rosario, en efecto, es en realidad *contemplar con María el rostro de Cristo*” (Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae*, 3).

Nos invita, así, a una mayor reflexión sobre la misión de María en la historia de la salvación y a una más profunda y filial devoción a la Madre del

Redentor. Nos anima a meditar los misterios del Rosario, para aprender de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor, obteniendo así abundantes gracias de las manos de la Madre del Redentor. Os invito, de corazón, a rezar el Rosario, no sólo en privado, sino también junto con vuestras comunidades cristianas.

8. En esta hermosa relación filial del sacerdote con María, podemos pedirle a nuestra Madre, según nos enseña el Santo Padre: “la gracia de saber recibir el don de Dios con amor agradecido, apreciándolo plenamente como Ella ha hecho en el “Magnificat”; la gracia de la generosidad en el don personal, para imitar su ejemplo de “Madre generosa”; la gracia de la pureza y de la fidelidad en el compromiso del celibato, bajo su ejemplo de “Virgen fiel”; la gracia de un amor ardiente y misericordioso, a la luz de su testimonio de “Madre de misericordia” (Juan Pablo II, Audiencia general *María es la Madre del Sumo y Eterno Sacerdote. La devoción a María en la vida del presbítero*, 6, Vaticano, 30.VI.1993). A Ella acudimos en la dificultad y le pedimos que haga fructificar nuestro ministerio.

9. Es propio de la espiritualidad sacerdotal que el presbítero se configure cada vez más plenamente con su Maestro. San Pablo nos invita a sintonizar nuestros sentimientos con los de Cristo: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo» (*Flp* 2, 5). Todo cristiano y más aún el sacerdote debe «revestirse de Cristo» (cf. *Rm* 13, 14; *Ga* 3, 27).

Como dice el Papa Juan Pablo II: “En el recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo –en compañía de María– este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos decir ‘amistosa’. Ésta nos introduce de modo natural en la vida de Cristo y nos hace como ‘respirar’ sus sentimientos” (...). Mediante este proceso de configuración con Cristo, en el Rosario nos encomendamos en particular a la acción materna de la Virgen Santa (...). Ella es “*el icono perfecto de la maternidad de la Iglesia*” (Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae*, 15).

10. El Papa Juan Pablo II, según anunció en el “Angelus” del día 30 de marzo de 2003, firmará mañana, día de Jueves Santo, durante la Misa de la Cena del Señor, su encíclica sobre la Eucaristía. Este año en vez de una Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, el Papa ofrece a toda Iglesia una reflexión sobre el sacrificio eucarístico “fuente y cima de toda vida cristiana”

(*Lumen gentium*, 11), centrándose “en el intrínseco valor e importancia para la Iglesia del Sacramento, que nos dejó Jesús como memorial vivo de su muerte y resurrección”. Eucaristía y sacerdocio van íntimamente unidos.

11. En esta Misa crismal, os exhorto, queridos hermanos en el sacerdocio, a vivir cada vez más la verdadera devoción a María; a confiar nuestra tarea a la solicitud de la Madre; a unirse sacerdotalmente a la oblación de Cristo y a la entrega generosa de la Virgen; a asumir con gozo nuestra misión, sabiéndonos protegidos y guiados por ella; a asociarnos al sacerdocio de Cristo, como lo hizo María. Quiero agradecer vuestra entrega, fidelidad y constancia en las tareas pastorales. ¡Que María nos ayude a ejercer cada día mejor nuestro ministerio sacerdotal!

12. Agradezco la presencia de tantos fieles, procedentes de distintas comunidades cristianas de la Diócesis. La celebración de hoy tiene una significación especial, porque está presente la iglesia particular entera, con el obispo a la cabeza, los sacerdotes, sus colaboradores necesarios, y los fieles cristianos laicos y consagrados. Ojalá cada año participen más fieles de las diversas comunidades parroquiales, hasta llegar a la representación completa. ¡Estimados fieles, amad a vuestros sacerdotes, colaborad con ellos y rezad por ellos! Os exhorto a uniros a los sacerdotes, poniéndolos en las manos maternales de la Virgen e invocando su poderosa intercesión para vosotros mismos y para toda la Iglesia. ¡Qué así sea!

JUEVES SANTO "MISA IN COENA DOMINI"

(Catedral, 17 de abril de 2003)

Lecturas: *Ex* 12,1-8.11-14; *1 Co* 11,23-26; *Jn* 13,1-15.

La Eucaristía, fuente de amor

1. Hemos escuchado, en esta Misa vespertina de la Cena del Señor, el relato de la institución de la eucaristía según San Pablo. En su carta a los corintios nos habla de una tradición recibida del Señor, que a su vez él trasmite (cf. *1 Co* 11,23): «Que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan y después de dar gracias, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo que se da por vosotros» (*1 Co* 11,23-24). Jesús realiza el gesto simbólico de la donación del pan, expresando la oblación real de sí mismo, que hará realidad al día siguiente en la cruz (cf. *Jn* 19,30). El pan simboliza su cuerpo y el vino simboliza su sangre: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre» (*1 Co* 11,25). La ofrenda incruenta del gesto simbólico del pan y el vino en la cena pascual, realizado la víspera de su pasión, se tornará ofrenda cruenta en el calvario: Allí el verdadero cordero, «que quita el pecado del mundo» (*Jn* 1,29), será inmolado: «Porque nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado» (*1 Co* 5,7).

2. En el Evangelio de hoy Jesús explica su paso de este mundo al Padre como el mayor acto de amor hacia los suyos: «Habiendo amado a los suyos que

estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (*Jn 13,1*). Jesús pide a sus discípulos que imiten su ejemplo: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (*Jn 15,12-13*). El gran amor de Jesús hacia la humanidad es el telón de fondo del cuadro de la Pasión y Muerte del Señor. En la Cena del cordero pascual, que hoy conmemoramos en esta tarde de Jueves Santo, Jesús explica la razón de su oblación: el amor infinito que nos tiene.

3. El Señor nos pide, estimados hermanos, que celebremos el memorial de su muerte y resurrección: «Haced esto en memoria mía» (*1 Co 11,24*). En la Eucaristía encontramos la fuente del amor que mana de Cristo. En este augusto sacramento se expresa nítidamente la oblación total del que, por amor, entrega la propia vida en la cruz. La Eucaristía es “fuente y cima de toda vida cristiana” (*Lumen gentium*, 11). Allí hemos de beber para calmar nuestra sed de amor; en ella hemos de participar para saciarnos del verdadero pan del cielo (cf. *Jn 6,51*); ella es el alimento para el camino de todo cristiano y de toda comunidad de fe; allí está la raíz de toda dimensión caritativa; allí encontramos el descanso de nuestras preocupaciones diarias y la esperanza de nuestros proyectos.

En esta tarde de Jueves Santo queremos reorientar nuestra vida hacia lo que es verdaderamente central e importante y pedir al Señor que nos haga dignos de participar en su banquete eucarístico.

4. La participación en la Eucaristía nos permitirá asociarnos al amor de Dios, amándonos al mismo tiempo unos a otros, como Él nos ha amado: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (*Jn 13,35*). Celebrando y participando en la Eucaristía, nos unimos a Cristo que intercede por nosotros al Padre, “pero nos unimos, siempre por medio del acto redentor de su sacrificio, por medio del cual El nos ha redimido, de tal forma que hemos sido ‘comprados a precio’ (cf. *1 Co 6, 20*). El precio ‘de nuestra redención’ demuestra, igualmente, el valor que Dios mismo atribuye al hombre, demuestra nuestra dignidad en Cristo. El ‘precio magno’ de nuestra redención demuestra igualmente el valor que Dios mismo atribuye al hombre, desde nuestra dignidad en Cristo” (Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 20).

5. En la acción sagrada de la Eucaristía está presente y actúa el mismo Cristo redimiéndonos, «pues cada vez que celebramos este memorial de la muerte de su Hijo se realiza la obra de la redención», como reza la oración sobre las

ofrendas de esta Misa vespertina. Por ello, esta acción sacramental es esencial en la vida de la Iglesia: “Todos en la Iglesia, pero sobre todo los obispos y los sacerdotes, deben vigilar para que este Sacramento de amor sea el centro de la vida del pueblo de Dios, para que, a través de todas las manifestaciones del culto debido, se procure devolver a Cristo ‘amor por amor’, para que Él sea verdaderamente ‘vida de nuestras almas’. Tampoco debemos olvidar nunca las siguientes palabras de san Pablo: «Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma el pan y beba del cáliz» (1 Co 11,28)” (*Redemptor hominis*, 20).

6. La participación en la Eucaristía consolida la fe, confirma la esperanza y aumenta el amor, al tiempo que purifica la vida del fiel cristiano y lo afianza en la fidelidad a su Señor. Somos testigos del Resucitado, que expresó las exigencias de fraternidad humana en la entrega de su vida en la cruz. La Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección del Señor, nos urge a dar testimonio evangélico de aquel Amor con el que Cristo nos amó y de la comunión de todos los hombres en Cristo.

Nuestra participación en ella nos hace mejores testigos y anunciadores de lo que en ella se expresa: «Cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga» (1 Co 11,26). Participar en el memorial de la muerte y resurrección del Señor implica estar dispuestos a morir y resucitar con Él; aceptar la voluntad de Dios, como Él aceptó la voluntad del Padre (cf. *Lc* 22,42). La obediencia cristiana no es simple resignación ante los acontecimientos que nos sobrevienen, sino aceptación generosa del plan salvífico de Dios en nuestra vida.

7. Jesucristo instituyó, en la Última Cena, el Sacerdocio y la Eucaristía. Ambos sacramentos se complementan: “Por el ministerio de los presbíteros se consume el sacrificio espiritual de los fieles en unión del sacrificio de Cristo, Mediador único, que se ofrece por sus manos, en nombre de toda la Iglesia, incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, hasta que venga el mismo Señor. A este sacrificio se ordena y en él culmina el ministerio de los presbíteros” (*Presbyterorum ordinis*, 2). Ayer celebramos, junto con los sacerdotes de la Diócesis, la Misa Crismal, en la que renovaron los presbíteros las promesas sacerdotales que hicieron el día de su ordenación.

8. La Iglesia celebra el Jueves Santo como el “Día del Amor Fraternal”. El amor oblativo de Cristo, expresado en la Eucaristía, que a su vez anima al fiel

cristiano a entregar su vida por amor, es fuente de valiosas indicaciones, para profundizar en algunos aspectos específicos de la espiritualidad cristiana.

De aquí nace el sentido de la justicia, que busca el respeto de todos los derechos humanos para cada persona; aquí brota el sentido de la verdad, que ilumina la mente del hombre y le saca de sus cegueras y obcecaciones; aquí germina el sentido de la libertad, que rompe las ataduras de todo pecado y de las cadenas y manipulaciones, que atan al hombre; de aquí arranca el sentido de la solidaridad, que intenta satisfacer las necesidades elementales, para que el ser humano pueda llevar una vida digna; esta es la fuente del amor, que da fuerzas para tratar al prójimo como un hermano, hijo del mismo Dios.

No se trata, por tanto, de hacer favores a nadie; se trata de una exigencia de auténtico amor y respeto al ser humano. La dimensión caritativa, que se desprende de la Eucaristía, es todo un programa de vida, que cada miembro de la Iglesia debe poner en práctica. Por esto la Iglesia ha instituido en este día la Jornada del Amor Fraternal. Ahora realizaremos el gesto, que Jesús hizo en la Última Cena, de lavar los pies a sus discípulos, lavando los pies de doce hombres, que representan a los doce varones apostólicos.

¡Que nuestra vida, estimado fieles, esté siempre fundamentada en la inagotable fuente de amor, que es la Eucaristía! ¡Que así sea!

VIERNES SANTO

CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

(Catedral, 18 de abril de 2003)

Lecturas: *Is* 52,13 – 53,12; *Hb* 4,14-16; 5, 7-9; *Jn* 18,1 – 19,42.

1. La liturgia de la Iglesia nos ofrece, en el Viernes Santo, la contemplación de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, que acaba de ser leída, según el texto del evangelista San Juan. Jesús ha sido clavado en la cruz por nuestros pecados y los de toda la humanidad; y él entrega su vida hasta la muerte en cruz, por amor a los hombres. El que es varón de dolores, despreciado de los hombres y sabedor de dolencias (cf. *Is* 53, 3), ha querido asumir el sufrimiento de los hombres y el pecado del mundo.

2. Cristo, como nos ha dicho el texto de la carta a los Hebreos, se ofreció a sí mismo como víctima, «aprendió sufriendo a obedecer y se ha convertido en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (*Hb* 5,8-9). El Hijo de Dios ha sabido obedecer a su Padre y cumplir fielmente la voluntad del que le enviaba: “Padre que no se haga mi voluntad sino la tuya” (*Lc* 22, 42). Y el Padre no ha querido ahorrarle el sufrimiento, ni librarlo de la muerte temporal, sino que ha permitido que pasase por la prueba final. Cristo «se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (*Flp* 2,8).

3. Él nos ha dado ejemplo (cf. *Jn* 13,15), para que sigamos sus huellas y nos ha invitado a tomar la propia cruz: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (*Mt* 16, 24). Palabras claras, las de Jesús a sus discípulos, que son ley fundamental de la vida para todos los que desean seguirle. Quien cumpla la voluntad del Padre celestial podrá ser considerado su hermano y discípulo (cf. *Mt* 12,50). Este es el camino de los santos, que nos han precedido. El mejor modo de comprender la cruz de Cristo y asimilar su significado es cargar con la propia cruz, aceptando la voluntad del Padre.

4. Llevar la cruz de cada día comporta purificar nuestra fe y limpiarla de las falsas adherencias que la ensombrecen. Comporta asimismo dejarse imbuir de Cristo, para que en todas nuestras acciones vitales sea Él nuestro guía y maestro, hasta poder exclamar, como San Pablo: «Estoy crucificado con Cristo, pero no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Gál* 2,19-20). Comporta también ser capaz de renunciar a la propia vida, con tal de ganar a Cristo: «Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir» (*Flp* 1,21).

5. El discípulo de Jesús está llamado a configurarse cada vez más plenamente con su Maestro (cf. *Rm* 8,29). Unido por el bautismo a Cristo, como el sarmiento a la vid (cf. *Jn* 15,5) y participando del alimento de la Palabra y de la Eucaristía, se va revistiendo Cristo (cf. *Rm* 13,14), transfigurando cada día más a imagen de Jesucristo y orientando su comportamiento según las enseñanzas del Maestro: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo» (*Flp* 2, 5). La liturgia del Viernes Santo, que nos invita a contemplar a Cristo en la cruz, nos ayuda a configurarnos más plenamente con Él.

6. El Papa Juan Pablo II, en este año dedicado al Rosario, nos exhorta a la contemplación incesante del rostro de Cristo, en compañía de María; a mantener una hermosa relación de amistad con Él; a introducirnos de modo natural en la vida de Cristo; y a respirar sus mismos sentimientos. “Mediante este proceso de configuración con Cristo, en el Rosario nos encomendamos en particular a la acción materna de la Virgen Santa. Ella, que es la madre de Cristo y a la vez miembro de la Iglesia como ‘miembro supereminente y completamente singular’ es al mismo tiempo ‘Madre de la Iglesia’. Como tal ‘engendra’ continuamente hijos para el Cuerpo místico del Hijo. Lo hace mediante su intercesión, implorando para ellos la efusión inagotable del Espíritu. Ella es *el icono perfecto de la maternidad de la Iglesia*” (Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae*, 15).

7. En el relato de la Pasión, hemos escuchado las palabras de Jesús en la cruz, que nos hablan el lenguaje de la sabiduría de Dios y expresan la relación personal y única entre Jesús y su madre. Desde la cruz Jesús nos ofrece a su Madre, a través del discípulo amado, Juan: «Mujer, ahí tienes a tu hijo (...). ¡Ahí tienes a tu madre!» (*Jn* 19, 26-27); y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa. La Santísima Virgen ejerce también hoy aquella solicitud materna para con todos los hijos de la Iglesia, que el Redentor, poco antes de morir, le confió en la persona del discípulo predilecto. Y los buenos discípulos acogen también con gozo y devoción filial a la Madre de su Maestro. A través de los ojos y del corazón de María, podremos mirar al hombre y al mundo de hoy para anunciarle, con palabras y hechos, que Cristo nos ha salvado y redimido en el madero de la cruz.

8. Ante el misterio de la cruz contemplemos a Jesús, animados por las palabras del Papa San León Magno: «El verdadero venerador de la pasión del Señor tiene que contemplar de tal manera, con mirada del corazón, a Jesús crucificado, que reconozca en él su propia carne. Toda la tierra ha de estremecerse ante el suplicio del Redentor (...). A ninguno de los pecadores se le niega su parte en la cruz, ni existe nadie a quien no auxilie la oración de Cristo. Si ayudó incluso a los verdugos, ¿cómo no va a beneficiar a los que se convierten a él? (...). Se invita a todo el pueblo cristiano a disfrutar de las riquezas del paraíso, y a todos los bautizados se les abre la posibilidad de regresar a la patria perdida, a no ser que alguien se cierre a sí mismo aquel camino que quedó abierto, incluso, ante la fe del ladrón arrepentido» (León Magno, *Sermón 15 sobre la Pasión del Señor*, 3: *PL* 54, 366).

9. Nos unimos esta tarde a la oración de Jesús, y le imploramos el perdón de nuestros pecados y la conversión de tantos pecadores, necesitados de misericordia. Suplicamos por la unidad de los cristianos y para que Cristo sea conocido y amado en todo el mundo. Pedimos también por todos los oprimidos por el peso de injusticias y sufrimientos, y para que el Señor nos conceda la paz. Amén.

DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN

(Catedral, 20 de abril de 2003)

Lecturas: *Hch* 10,34.37-43; *Col* 3,1-4; *Jn* 20,1-9.

1. Nuestra fe en la resurrección de Jesucristo se fundamenta en el testimonio de los apóstoles y demás discípulos del Señor, que vivieron con él, lo vieron morir en la cruz y después se encontraron con Él, una vez resucitado. María Magdalena y los apóstoles, según nos narra el Evangelio de hoy (cf. *Jn* 20,1-9), vivieron una honda experiencia, que les dejó una huella profunda y que les impulsó a comunicarla a otros. Esta experiencia, que ha impactado en su afectividad, se deja traslucir y se comunica como un verdadero descubrimiento.

Les sucedió también a los discípulos de Emaús, que fueron corriendo a comunicar a los demás, que habían visto al Señor resucitado (cf. *Lc* 24, 33-35). Quien ha experimentado en su vida la presencia de Jesucristo resucitado se convierte en un verdadero testigo, en un auténtico evangelizador, que testimonia su propia experiencia. Y es lógico que dicha comunicación se haga a las personas más cercanas e inmediatas.

2. El testimonio cristiano consiste fundamentalmente en suscitar el encuentro personal con Jesucristo, para que la otra persona pueda sentir la mirada amiga del Señor, que le llama por su nombre y que tiene un proyecto sobre él; y, de este modo, comienza la historia otro encuentro decisivo con el Señor.

La evangelización es fundamentalmente siempre la misma, pero asume connotaciones diversas según las situaciones históricas. Los apóstoles anunciaron a Jesucristo en la sociedad judía, dominada por los romanos; a nosotros nos toca anunciarlo en nuestra sociedad concreta. En el contexto actual en que vivimos, lo cristiano se ha convertido, sociológicamente, en un hecho secundario y casi residual.

Los Obispos españoles, en el Plan de Pastoral para el trienio 2002-2005 “*Una Iglesia esperanzada. ¡Mar adentro!*”, señalamos que la «cultura pública occidental se aleja conscientemente de la fe cristiana y camina hacia un ‘humanismo inmanentista’ (...) que se convierte en causa permanente de dificultades para su vida y misión (...). Se da una situación de ‘nuevo paganismo’: el Dios vivo es apartado de la vida diaria, mientras los más diversos ídolos se adueñan de ella» (N. 7-8). Es en esta sociedad donde el Señor nos pide que seamos sus testigos.

3. Simón Pedro, según nos narra el libro de los Hechos, hace una confesión pública de su fe en Cristo, ungido por el Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y Dios lo resucitó de entre los muertos (cf. *Hch* 10,37-43).

Esta actitud de claro testimonio es necesaria para los cristianos de hoy, en medio de un ambiente cultural “light”, con la tentación del relativismo y del mal entendido pluralismo religioso, denunciado por la declaración “*Dominus Iesus*” (cf. N. 22). El anuncio de la fe cristiana no puede quedar reducido a un conjunto de palabras vagas, de teorías filosóficas, de meros gestos de religiosidad, de simples propuestas humanitarias o de signos concretos de solidaridad: todo esto sería una presentación reduccionista y minimista del cristianismo.

El cristiano debe anunciar de manera clara e inequívoca a Cristo Jesús, como Dios y Hombre verdadero, Redentor del mundo. Por tanto «no habrá evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino y el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios» (*Evangelii nuntiandi*, 22).

4. El mensaje central del kerigma cristiano no puede ser otro: «*que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras*” (1 Co 15,3-4). Sin escuchar este mensaje

no se llega a la fe, y si no se acoge este anuncio y se le presta la debida adhesión del corazón no se es del todo cristiano.

En consecuencia, como señalamos los obispos españoles en el Plan Pastoral “*Una Iglesia esperanzada. ¡Mar adentro!*”: «Es preciso poner a Dios como centro de nuestro anuncio y de toda la pastoral; hablar de Dios no como un aspecto o un tema de la fe, sino como el objeto central, el principio y fin de toda la creación, el sentido, fundamento, plenitud y felicidad del hombre, Hoy no son suficientes los signos de amor y de solidaridad; son necesarias las palabras, que desvelen a la humanidad el rostro del Dios único y verdadero. Hay que volver a hablar de Dios con lenguaje fresco y vital. Hemos de anunciar a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, comunidad de amor, que nos invita a su amistad; que por Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, nos ha redimido y nos da la posibilidad de ser hijos de Dios por la donación del Espíritu Santo; que a través de la Iglesia y los sacramentos nos comunica la vida divina, que es la gracia, anticipo de la vida y la felicidad eterna, a la que estamos llamados» (N. 29).

5. La fe es un don de Dios, que se recibe de la Iglesia y se confiesa en la comunión de la Iglesia. Siendo un acto personal, no es un acto solitario y aislado. Nadie puede creer solo, como tampoco nadie se ha dado la fe a sí mismo. La fe es transmitida por la Iglesia y de ella se recibe. Resulta ilógico, incluso, que algunas iglesias o comunidades cristianas acepten el texto bíblico de la Iglesia, pero después interpreten este mismo texto de manera arbitraria. Decir “yo creo”, equivale a decir “yo creo en la fe de la Iglesia”. Por tanto, la fe es eclesial y necesita referirse constantemente a la Iglesia.

Hoy haremos todos juntos profesión de esa fe de la Iglesia. En la fe común de la Iglesia está presente la fe confesada, a lo largo de la historia, por los miembros del pueblo de Dios: los Apóstoles, que la recibieron de Cristo y nos la transmitieron; los santos, que la han vivido con heroicidad, y algunos incluso hasta el derramamiento de su sangre; los pastores, que la han enseñado e interpretado con autenticidad; y todos los creyentes, que la han vivido y testimoniado en su vida ordinaria.

6. La fe en Cristo, como nos dice el Papa Juan Pablo II, es «un don de Dios para vivirlo en comunidad y para irradiarlo al exterior, tanto con el testimonio de vida como con la palabra» (*Redemptoris missio*, 49). Los mismos após-

toles enseñan que la misión de comunicar la Buena noticia de Jesús está confiada al pueblo de Dios en su globalidad: «Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirables» (1 Pe 2,9). Hay que tomar mayor conciencia de esta tarea misionera: “La misión corresponde a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales” (*Redemptoris missio*, 2). Las Cofradías y Hermandades son asociaciones eclesiales, que deben dar testimonio de la fe de la Iglesia.

7. Os invito a todos, estimados fieles, a vivir con alegría la experiencia de la presencia de Cristo resucitado; a celebrar con gozo la Pascua de Resurrección; a transmitir a los demás esa experiencia vivida; a ser testigos fieles de la fe en Cristo Jesús; a ser verdaderos miembros de la Iglesia católica; a trabajar por la comunión eclesial; a superar las pequeñas dificultades, que causan división; a profesar firmemente la fe de la Iglesia; y, finalmente, a vivir la caridad.

Juan Pablo II en la “*Novo millennio ineunte*” nos invita a anunciar y dar a conocer el rostro vivo de Cristo y a la vez nos recuerda que ello sólo será posible si somos testigos del amor, viviendo el mandamiento nuevo: “Muchas cosas serán necesarias para el camino histórico de la Iglesia también este nuevo siglo; pero si faltara la caridad (*ágape*), todo sería inútil (...) (cf. 1 Co 13,2). La caridad es verdaderamente el ‘corazón’ de la Iglesia” (N. 42). Estimados hermanos, ¡Feliz Pascua de Resurrección! Amén.

VICARÍA GENERAL

ACTIVIDADES DIOCESANAS

JORNADA DIOCESANA DE JÓVENES

5 de abril de 2003

El día 5 de Abril celebramos en la Diócesis de Alcalá la III Jornada Diocesana de Jóvenes. Con el lema “Seréis mis testigos”, se concentraron más de 800 jóvenes de los diferentes pueblos de la Diócesis en Arganda, a las 9,30 h. Después de una oración y motivación para la Jornada, nos pusimos en camino a las 10,30 h., hacia Campo Real, nuestro lugar de destino. La primera etapa fue en silencio meditativo, que fue seguida por cantos y conversación amena entre todos los participantes. Por cierto que muchos de los jóvenes pudieron acceder al sacramento de la confesión impartida por más de 20 sacerdotes que acompañaban la comitiva.

Llegamos a Campo Real, a las 13,30 h., y después de un breve descanso en la Ermita, donde nos ofrecieron las gentes del pueblo una rica bebida de limón junto a su cariño y cercanía, fuimos a la Iglesia parroquial para celebrar la Eucaristía, en el fondo nuestra meta, el destino de todo creyente. En la Misa, que fue presidida por el Sr. Obispo, D. Jesús, motivó a los jóvenes hacia el compromiso y el seguimiento de Cristo e invitó a dar testimonio con la vida de la fe que todos profesamos.

Después de la celebración, cuyos cantos fueron llevados por el grupo “Garnacha” de Villalbilla, nos pusimos a comer alrededor del magnífico templo de Campo Real. A las 16,00h. se realizó el tradicional encuentro de los jóvenes con el Obispo, en el que se establece un diálogo fraterno y sincero entre los jóvenes y el pastor de la Diócesis, y concluimos con la actuación del grupo “Voces y guitarras”, de Zaragoza, que nos transmitió, un mensaje de solidaridad y de amor cristiano.

La verdad es que la Jornada se está revelando como un acontecimiento estupendo en el que poco a poco la juventud diocesana va tomando conciencia de su realidad, y va sintiendo más íntimamente cercanos tanto al obispo como a la Diócesis que él tiene el mandato de pastorear. Esperemos que los frutos de esta jornada y de sucesivas vayan fraguando el tan deseado sentimiento diocesano y universal en medio de nuestras gentes, y el testimonio cristiano de los jóvenes.

MISA CRISMAL

El Miércoles Santo, en la Catedral de Alcalá de Henares, el Sr. Obispo presidió la Misa Crismal en la que celebraron con él un centenar de sacerdotes y a la que asistió un grupo de religiosos y de fieles de distintas parroquias de la Diócesis.

La celebración fue un momento de gracia en la que se expresaba la comunión y la fraternidad sacerdotal, así como el sentido de pertenencia a la Iglesia particular de Alcalá.

El Sr. Obispo, en su homilía, animó al Presbiterio a renovar con gozo el don recibido y, en este Año del Rosario, a acrecentar de modo especial la devoción a la Virgen María, Madre de los sacerdotes.

Después de la Santa Misa, tuvo lugar un encuentro fraterno durante la comida en un ambiente verdaderamente alegre y festivo.

CRÓNICA DEL ENCUENTRO DE CURAS JÓVENES

Durante los días 28, 29 y 30 de abril, en el Monasterio de las MM. Bernardas de Valfermoso de las Monjas (Guadalajara), ha tenido lugar el segundo encuentro del Sr. Obispo con los sacerdotes ordenados en los tres últimos años.

El objetivo de estas jornadas, dentro del plan de formación permanente, es propiciar unos días de convivencia que fortalezca la amistad y la fraternidad sacerdotal, y de formación.

Unidos a la comunidad religiosa se participó en las celebraciones litúrgicas y en la oración en común.

La reflexión y el trabajo se centraron en el “Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros”, de la Congregación para el Clero, sobre todo en la identidad del presbítero. Tanto personalmente como en grupo fue una reflexión profunda y enormemente enriquecedora.

También se abordó el plan de formación permanente para el próximo año dirigido de modo especial a los sacerdotes jóvenes, reconociendo que ha de ser ésta una prioridad en la programación pastoral.

Y ya, de manera distendida, se tuvo ocasión de salir al campo y de participar en un cine-forum.

En resumen: un encuentro valorado por todos que nos anima en nuestro quehacer y nos une.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO. ABRIL 2003

Día 1. Audiencias.

Día 2. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia y recibe en audiencia.
Por la tarde, reunión del Consejo diocesano de Asuntos económicos.

Día 3. Por la mañana, reunión de Consejo episcopal.

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de la Natividad de N^a S^a
(Mejorada del Campo).

Día 4. Prosigue la Visita pastoral a la parroquia de la Natividad de N^a S^a
(Mejorada del Campo).

Día 5. Participa en la “Jornada diocesana de Jóvenes” (Marcha de Arganda
a Campo Real).

Día 6. Por la mañana, administra los sacramentos de la Iniciación cristiana en la parroquia de San Pedro Apóstol (Camarma).

Por la tarde, participa en la “Jornada diocesana de Monaguillos”
(Seminario).

Día 7. Despacha asuntos de la Curia y recibe en audiencia.

Día 8. Reunión de arciprestes.

Día 9. Despacha asuntos de la Curia.

Día 10. Audiencias.

Día 11. Reunión de la Provincia eclesiástica (Madrid).

Día 12. Preside la celebración eucarística, con motivo de la Institución
de ministerios de lector y acólito (Capilla palacio episcopal).

Día 13. Preside la Celebración del Domingo de Ramos (Catedral).

Día 14. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 15. Por la mañana, audiencias y visita al Seminario.

Por la noche, preside el Vía-Crucis por las calles de Alcalá de Henares.

Día 16. Preside la Misa Crismal (Catedral) y el encuentro sacerdotal diocesano (Ekumene-Alcalá).

Día 17. Preside la Misa “In Coena Domini” del Jueves Santo (Catedral).

Día 18. Por la tarde, preside la celebración de la Pasión del Señor, del Viernes Santo (Catedral).

Por la noche, preside la Procesión de Viernes Santo en la parroquia de San Pedro y San Pablo (Coslada).

Día 19. Preside la Vigilia Pascual del Sábado Santo (Catedral).

Día 20. Preside la Eucaristía del domingo de Pascua de Resurrección (Catedral).

Día 26. Preside las “Vísperas” en honor a la Virgen de la Fuensanta (Talamanca).

Día 27. Por la mañana, preside la Eucaristía, con motivo de la fiesta de la Virgen de la Fuensanta, en la parroquia de San Juan Bautista (Talamanca).

Por la tarde, preside la procesión (Talamanca).

Día 28. Despacha asuntos de la Curia.

Días 29-30. Participa en las Jornadas de encuentro de los sacerdotes jóvenes (Vallfermoso de las Monjas-Guadalajara).

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

**CARTA PASTORAL
A LA COMUNIDAD DIOCESANA
DE GETAFE CON OCASIÓN DE LA
CANONIZACIÓN DE LA BEATA
MADRE MARAVILLAS DE JESÚS,
CARMELITA DESCALZA.**

*Lo que Dios quiera,
como Dios quiera,
cuando Dios quiera*

Queridos hermanos de nuestra Iglesia de Getafe:

Nos disponemos a vivir unos momentos muy intensos para nuestro país y para nuestra Diócesis, ya que su Santidad, el Papa Juan Pablo II, viene a Madrid los próximos días 3 y 4 de Mayo. La esperada visita del Papa siempre es un motivo de gracia para la Iglesia particular, pues viene a confirmarnos en la fe. Pero de manera especial, este momento se reviste de un significado particular ya que el Papa viene a canonizar a cinco beatos españoles, es decir, viene a proponérmolos como ejemplo de santidad cristiana, como modelos a los que poder imitar.

1. Introducción

Desde los comienzos de la historia humana, el hombre ha sido consciente de que todo en este mundo pasa. La experiencia común es que no permanecemos eternamente en este mundo sino que nos dirigimos hacia algún lugar. Así contemplada, la vida del hombre es tránsito, es camino. Y un camino necesita tener un punto de partida y un punto de llegada.

No es lo mismo caminar que ser vagabundo. El vagabundo es aquel que no sabe a dónde se dirige. Un vagabundo es un hombre que – valga la redundancia – vaga por la vida, es decir, va a la deriva. Muchos de nuestros contemporáneos son vagabundos, gente que va dando tumbos por la vida, sin conocer la meta. Es más, muchos piensan que no hay una meta. Y un camino sin una meta se convierte en algo absurdo, en una losa que aplasta al hombre. Es necesario tener clara la meta de nuestro caminar, pues sólo la meta ilumina el camino. El “a dónde” ilumina el “cómo” de nuestra vida. El tener una meta impulsa a caminar con nuevos ímpetus para poder alcanzarla.

Pero esta meta debe ser algo factible, un lugar alcanzable. Un punto de llegada ilusorio sería algo que decepcionaría profundamente el corazón del hombre y que le paralizaría en su caminar. De hecho, muchos se quedan sentados al borde del camino de la vida porque les parece que es imposible llegar hasta el final. En estos momentos es cuando nosotros, los cristianos, podemos gritar: ¡La meta es real, es posible alcanzarla! *Los santos nos dan la certeza de que el hombre redimido por Cristo es capaz de reproducir en sí mismo la imagen del Hijo de Dios, el único que por naturaleza y derecho propio merece el calificativo de Santo*¹.

En nuestros días, el Santo Padre nos propone estos cinco ejemplos, añadiéndolos a la interminable cadena de hombres y mujeres que, en todos los tiempos, testimonian que la santidad es alcanzable, que es una meta real. Y sobre todo, nos indican que no es una meta que se logre por el mero esfuerzo humano (lo que sería una manera egocéntrica de tratar de llegar hasta el final) sino que depende, en primer lugar, de Dios. La santidad consiste en dejarle hacer a Dios, en abrirle humildemente mi vida para que él entre y la dinamice.

¹ Carta Pastoral de los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid con ocasión de la visita del Santo Padre Juan Pablo II a España, 1.

La santidad es entrar en el misterio de Dios, contemplarlo y hacerlo vida, dejar que se vuelva a encarnar.

Nuestra Diócesis de Getafe observa agradecida cómo el Papa propone como modelo de vida a nuestra querida Madre Maravillas de Jesús, Carmelita Descalza y fundadora de diez monasterios en toda España y uno en la India. Ella, que está vinculada de una manera singular a nuestra Diócesis de Getafe, fue una encarnación del misterio de Dios. Ella dejó a Dios tomar su carne para hacerse presente en nuestro mundo. Ella se fió de Dios y secundó su obra. Una vez más, ella nos muestra que la santidad es posible en lo sencillo, que no es una utopía.

2. La santidad, meta del hombre

La santidad es una historia que comenzó en nosotros por nuestro bautismo. Podemos exclamar gozosos que somos santos por el Espíritu que habita en nosotros desde que fuimos incorporados a la vida de Dios. San Pablo, consciente de la gran dignidad de un cristiano, escribe “*a todos los amados de Dios que estáis en Roma, santos por vocación*”², “*a los santificados en Cristo Jesús*”³, “*a todos los santos en Cristo Jesús*”⁴, etc. Somos santos porque Dios es santo. Es necesario reconocer una vez más su presencia en nosotros, pues somos templos del Espíritu Santo, y dejarle actuar, permitir que Dios nos empape.

La santidad consiste en reconocer a Dios como el principio en nuestra vida, ponerle en su sitio en nosotros y ponernos a nosotros en nuestro sitio. Él es Dios y nosotros somos hombres. A él corresponde hacer y a nosotros dejarnos hacer. Ya decía san Ireneo en el siglo II que *Dios hace y el hombre es hecho*⁵. A Dios corresponde llevar la iniciativa de nuestra santificación y a nosotros responderle generosamente secundando las mociones que inspire en nosotros el Espíritu Santo. *Lo único importante es que el Señor tenga las riendas de nuestra vida y la lleve por donde quiera*⁶.

² Rm, 1, 7.

³ 1 Cor 1, 2.

⁴ Flp 1, 1.

⁵ Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, IV, 39.

⁶ M. Maravillas de Jesús, C. 2843.

A veces nos parece que la santidad es algo muy difícil de realizar, que los santos son gente admirable porque han conseguido algo que es casi imposible. Pero esto no es así. Como diría la Madre Maravillas, *la santidad es muy sencilla: dejarse confiada y amorosamente en brazos de Dios, queriendo y haciendo lo que creemos que Él quiere*. Ser santo es vivir el abandono en las manos de Dios, sabiendo que él está más interesado en nuestra santificación que nosotros mismos, pues somos su obra. Dios es quien construye nuestra santidad, él es quien tiene los planos que nosotros debemos dejar hacer en nuestras vidas.

Cada uno de nosotros somos un proyecto realizable de Dios, y tenemos el grave deber de colaborar en este proyecto. Ése ha de ser el único fin de nuestra vida: llegar a ser lo que Dios ha pensado de nosotros. *Señor, cuando Tú quieras, como Tú quieras, lo que Tú quieras; eso es lo único que queremos y deseamos*⁷.

3. Lo que Dios quiera

La voluntad de Dios es que todos los hombres lleguen a la meta para la que han sido creados. *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad*⁸. Para eso fue para lo que se encarnó el Hijo de Dios. Esa es la voluntad del que lo ha enviado. No podemos olvidar que todo lo que sucede en el mundo es por puro amor de Dios al hombre. Dios es quien nos está esperando para que iniciemos una amistad profunda con Él que nos lleve a abrirnos totalmente a su amor. Una vez que todos los hombres se hayan rendido al amor de Dios, Él podrá realizar su plan de salvación que no es otro que recapitular todas las cosas en Cristo, hacer de su Hijo, el centro de toda la creación.

San Pablo nos invita a impregnar todo el buen olor de Cristo. Ésa es la voluntad de Dios, eso es lo que Dios quiere de mi vida, y Él va poniendo situaciones y circunstancias para que se pueda realizar este plan, con tal de que yo me abra humildemente a Él y lo acoja en mi vida.

Pero este plan de Dios no puede quedarse sólo en ilusiones vanas, apartadas de la realidad. El amor a Dios siempre debe ir acompañado del amor al

⁷ M. Maravillas de Jesús, C. 2297.

⁸ 1 Tm 2,4.

prójimo. La Madre Maravillas fue una mujer que supo hacer que este amor de Dios que le quemaba por dentro le llevase a hacer más digna la vida de los hombres, llegando a promover la construcción de viviendas dignas e incluso colegios para los necesitados. La obra social de la Madre Maravillas fue algo excepcional. Su recuerdo permanece vivo hoy, de manera especial en Perales del Río, un barrio que prácticamente le debe su existencia. Dar la vida a Cristo, es darla también a los hombres. De hecho, san Juan cifra el amor a Dios en el amor al prójimo pues *si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve*⁹.

4. Como Dios quiera

El contemplar la meta a la que ya ha llegado la Madre Maravillas de Jesús, nos anima a caminar con mayor brío en nuestra vida, aprendiendo a sortear los obstáculos que en ella encontramos. Muchas veces no comprendemos el modo de actuar de Dios y nos cuesta aceptar lo que no entendemos. Sin embargo es preciso que entremos en el misterio de Dios. Él escribe recto con renglones torcidos, y aunque sólo veamos estos renglones, afiancemos nuestra fe en que Él va escribiendo su historia en nosotros pero sin nosotros. En el cielo veremos claramente, ahora no. *Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido*¹⁰. Éste es el momento en el que hemos de fiarnos. Si es Él quien dice la meta, también es Él quien dice cuál es el camino. De hecho, este camino está muy claro, pues es Cristo.

Lo que nos pasa es que se nos hace muy difícil aceptar el modo que tiene Dios de realizar las cosas. El camino de la encarnación es un camino que exige mucha humildad. Siguen muy presentes en nuestro mundo las mismas tentaciones que tuvo Cristo en el desierto y a lo largo de su vida. Toda tentación se resume en una: buscar el éxito por el camino fácil, el camino de la gloria humana. Pero ése no es el camino de Dios. Cristo nos indica claramente cuál es este camino: Él se pone delante como el Buen Pastor para que caminemos detrás de Él. No quiere indicarnos un camino irrealizable sino que al avanzar delante, lo hace posible.

⁹ 1 Jn 4,20.

¹⁰ 1 Co 13, 12.

Y este modo de actuar de Dios, aunque nos cueste aceptarlo, queda resumido en el himno de la carta de San Pablo a los Filipenses: *Cristo, siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre, y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz*¹¹. El camino de Jesús ha sido el camino contrario al de Adán en el paraíso que deseó ávidamente ser igual a Dios, y no aceptó ni su ritmo ni sus condiciones. El camino de Cristo, este camino al que se nos invita, es el contrario al sentir generalizado de la mentalidad mundana. Pero ésta es la única manera de llegar al mismo lugar que Cristo, es el único modo de alcanzar la meta: *Padre, los que Tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo*¹², primero en la cruz, y luego en la gloria. No podemos olvidar que el cristiano, como su mismo nombre indica, es otro Cristo, que debe vivir como vivió su Señor y Maestro, para poder llegar al lugar en el que Él lo espera.

5. Cuando Dios quiera

En el desarrollo de la obra de nuestra santidad, es necesario permitir que sea Dios quien marque el ritmo, ya que sólo Él sabe cómo debe desarrollarse esta obra y sólo Él conoce todos los matices. En un mundo que está cada vez más invadido por la prisa, por el estrés, hay que aprender a aceptar el ritmo de Dios. Fue Dios quien creó el tiempo, y el hombre la prisa. Por eso, cuando uno entra en el mundo de Dios, pierde la iniciativa y ya no es dueño de ese tiempo. El hombre ante el misterio, saborea en cierta manera la eternidad, y ya no puede ir con prisas.

Ante el misterio, el hombre sólo puede abrirse humildemente. Frente a él, no nos queda otro remedio que confesar como Isaías: «Verdaderamente, tú eres un Dios misterioso»¹³. Nuestra Madre Maravillas abrió de par en par las puertas al misterio, aprendiendo a leer, en la genuina Palabra interior que ya le hablaba, los acontecimientos de su propia vida como expresión del paso de Dios en su existencia. Y en este “acontecer” que “se escucha y se vive”, todo se transforma en signo, en presagio, en huella permanente del que Es y viene¹⁴.

¹¹ Flp 2, 6 - 8.

¹² Jn 17, 24.

¹³ Is 45, 15. Cfr. San Gregorio Nacianceno, *Homilías*.

¹⁴ Francisco J. Pére y Fernández – Golfín, *Homilía en la fiesta de la M. Maravillas*.

Una vez más, los santos nos enseñan a vivir con sentido de providencia: Dios, en la actualidad de cada momento, sabe cuándo deben desarrollarse los acontecimientos. Él tiene mayor amplitud de miras que nosotros y hemos de abrirnos serenamente a su amor. Que sea Él quien decida en qué momento deben ir pasando las cosas. Aceptemos una vez más el ritmo de amor del Corazón de Jesús. Ese ritmo no lo cambiamos nosotros, lo importante es hacer que nuestro corazón comience a latir acompasado con Él. El discípulo amado pudo escuchar en la Última Cena ese palpitante y trató de acompañarlo en todo momento, hasta permanecer al pie de la cruz con la Virgen. Seamos de aquellos que, según el modelo de la Madre Maravillas de Jesús, viven acompasados con el Corazón Divino, no desfasados.

6. Indicadores del camino

Hoy, más que nunca, se necesitan testimonios creíbles de santidad. En un mundo desorientado, donde parece que todo tiene carta de ciudadanía, donde se ocultan las verdades eternas, el hombre de nuestros días precisa de luces que le indiquen el camino. En el evangelio, el Señor nos invita a saber discernir los signos de los tiempos. En nuestro tiempo, hay muchos signos que son un reclamo para nosotros los cristianos, para que, en medio del mundo, seamos testigos de la eternidad, presencia de Dios, indicadores del Camino de la felicidad del hombre, de la Verdad sobre el sentido de las cosas y de la Vida auténtica que todos desean alcanzar. Seamos para el mundo constructores de una humanidad nueva.

El Papa no ha dejado de instarnos a que seamos luz del mundo y sal de la tierra. Él nos pide que comuniquemos al mundo la belleza del contacto con Dios que da sentido a nuestras vidas. Que en la búsqueda por la justicia, en la promoción de la paz, en nuestro compromiso de fraternidad y solidaridad, no nos superen. Que seamos para el mundo el rostro del amor, que seamos para la tierra, el reflejo de su luz. Ése es el regalo más bello y precioso que podemos dar a la Iglesia y al mundo¹⁵.

La única manera de ser realizar esto es siendo espejos de la eternidad, mirando a Dios y mirando al mundo, siendo contemplativos que sean capaces

¹⁵ Mensaje del Santo Padre a los jóvenes en el Parque de Downsview, Toronto (27 de julio de 2002).

de reflejar todo ese amor de Dios que reciben sobre un mundo sediento de vida y de paz. Así fue la Madre Maravillas de Jesús, y así hemos de ser todos: santos que reflejen, en la medida de nuestras posibilidades, la santidad de Dios. *Seréis santos porque yo, el Señor, soy santo* ¹⁶. Esas palabras de la Escritura son un futuro y una promesa. Abramos nuestros corazones al Señor para que derrame su santidad en nosotros, y, a través de nosotros, en el mundo.

7. La obra perfecta de la gracia

Quien mejor vivió esto fue María. En ella es donde alcanzó las cimas más altas de la perfección la plasmación de la santidad divina. Ella se dejó invadir por Dios y lo dio al mundo. Toda su vida fue un “sí” constante, un repetir que se cumpla lo que Dios quiera, como y cuando Él quiera. Lo único necesario era guardar todas las cosas meditándolas en su corazón, para poder ser fiel también en los momentos más difíciles.

Así, María queda como el faro más seguro, entre toda la nube de testigos que apuntan al cielo, ella sobresale como el camino más directo de alcanzar a Dios. La Madre Maravillas buscó su cobijo en el manto de María. Así exclamaba ella: *Qué bueno es el Señor y qué felicidad es servirle y amarle y no vivir para nosotros, sino sólo para Él, y cómo le agradecemos el habernos llamado y traído a la santa casa de su Madre, el Carmelo bendito de María* ¹⁷. Ojalá que aprendamos en el Corazón de su Madre cómo se ama a Jesús ¹⁸, cómo lo han amado los santos.

8. Un regalo de Dios en estos días

Un testimonio grande de este amor a Dios, a ejemplo del de María, lo tenemos en la Madre Maravillas de Jesús. Sin duda es ella un regalo que Dios nos ha dado, proponiéndola, por medio de la Iglesia, como un faro que indica el camino a seguir para llegar a Dios. Su testimonio queda patente para todos los hombres de nuestros días. Por esto, demos gracias a Dios en este tiempo por el gran don de la Madre Maravillas.

¹⁶ Lv 19, 2.

¹⁷ M. Maravillas de Jesús, C. 4432.

¹⁸ M. Maravillas de Jesús, B. 1445.

La Iglesia gana con la perfección de la sociedad y la sociedad gana con la santidad de la Iglesia¹⁹. Es indudable que nuestra sociedad ha ganado mucho con la santidad aportada por esta carmelita fundadora de varios monasterios, que han quedado como lámparas encendidas que muestran a todos la verdad. Para nuestra Diócesis y para el mundo, cada Carmelo es como un rayo de luz que indica el verdadero y único camino: el amor absoluto a Dios.

Nos llena de un inmenso gozo contemplar el resplandor de la luz divina en este sur de Madrid a través de la vida de los Carmelos, que manifiestan que lo único importante es Dios, el Santo entre todos los santos.

En Getafe, Abril de 2003.

† Francisco José Pérez y Fernández-Golfín
Primer Obispo de Getafe

¹⁹ O. González de Cardedal, *La Iglesia en España*, pág. 5.

HOMILÍA EN LA MISA CRISMAL

Basílica del Cerro de los Ángeles

Getafe, 15 de abril de 2003

Mi querido D. Joaquín, hermano en el Episcopado; muy queridos y entrañables hermanos, y amigos, sacerdotes; muy especialmente mi saludo cariñoso, cordial, para vosotros los religiosos, que expresáis tan vivamente con vuestra presencia la comunión eclesial. Muy queridos fieles –todos– que os unís en esta celebración para dar gracias al Señor y pedir la intercesión de Jesucristo para que nunca falten en las comunidades sacerdotes, y sacerdotes santos.

“Gracia y paz a vosotros de parte de Jesucristo, el testigo fiel” (Ap 1, 5): ese es el mayor deseo que se puede dar a alguien en los tiempos, justamente llamados los tiempos nuevos. Gracia y paz, porque ha comenzado en el mundo el tiempo nuevo, el tiempo donde Dios hace regalos a los hombres: los hace hijos de Dios; debemos sentirnos, todos los presentes, un regalo de Dios para el mundo.

El tiempo nuevo se inaugura con la llegada triunfante de Jesucristo. Él es el que viene sobre las nubes (cf. Mt 24, 30; Mc 13, 26; Lc 21, 27) y viene para dar comienzo a algo absolutamente distinto a lo anterior, algo que tiene validez eterna; es la realización de las promesas hechas por el Señor Dios a los hombres. Esa es la misión profética del Hijo del Hombre, el que viene a renovar

el mundo. ¡Hoy también viene Cristo!, ¡hoy también viene Cristo con su oficio de Consolador!; Él es el que se acerca a sanar a una humanidad tan herida por el pecado, a un mundo tan vulnerado por las divisiones de los hombres, a un mundo donde campea la violencia, donde faltan corazones pacificados, corazones artífices de paz.

Y a este mundo se nos repite: Gracia y Paz porque llega el día del desquite de nuestro Dios (cf. Is 34, 8; 63, 4). Ese día, ese gran día, es el día en que “consolará a los afligidos de Sión” (Sir 48, 24). En medio de este mundo, nuestro querido mundo, en el que Dios nos ha puesto y en el que vivimos, pasamos nuestros días en el caminar hacia la eternidad. Este mundo tiene la sed de Dios y nosotros somos capaces de tener esperanza sabiendo que los hombres, aún sin ser conscientes, buscan a tientas a Dios. Nuestro mundo necesita escuchar que es fácil encontrar a Dios, que Él está en la total realización de su promesa de redimirnos y de salvarnos. Por eso, queridos hermanos, todos desde nuestra misión de cristianos tenemos motivos para la esperanza, capaces de reafirmar la certeza de que, también hoy, si seguimos lanzando las redes al estilo de Pedro en el nombre del Señor, la paz será su fruto y la pesca abundante.

Queridos hermanos sacerdotes, todos sin excepción, nuestros hermanos necesitan encontrar guías seguros y firmes que los conduzcan hacia Aquél que, desde el principio, los llamó a vivir en comunión con Él. “Sólo a Él la gloria y el poder por los siglos” (I Pe 4, 11; Ap 1, 6). Es necesario que el mundo encuentre su único e inamovible fundamento que es Jesucristo. S. Pablo avisaba ya a los Corintios: “que nadie ponga otro cimiento del ya puesto: Jesucristo” (I Cor 3, 11). Así lo repetía el Santo Padre en la homilía del pasado Domingo de Ramos: “es imposible constituir un futuro de paz y comunión entre los hombres si no lo asentamos en el único capaz de asegurarlo: Jesucristo”.

Firmeza en nuestra fe, en que Jesucristo tiene poder y que, el poder, nos lo concede también a los hombres. Será siempre un programa, y misión propia del cristiano, centrar todas las cosas en Cristo. Dios recibe la gloria que le es propia, y “la gloria de Dios es que el hombre viva”; y el hombre sólo puede vivir dignamente cuando está centrado en Dios. Otras formas de vida, al margen de Dios, no son sino postrísimas alteraciones de la dignidad humana. Esa gloria y presencia de Cristo se actualiza por los medios de la Encarnación: “el Verbo se hizo carne” (Jn 1, 14), y el Verbo sigue haciéndose carne. Hoy Él utiliza nuestra carne, nuestra pobre carne, para realizar este misterio. Por esto es

nuestro grave deber hacer presente a Dios, ser testigos de su amor misericordioso por todos y por cada uno de los hombres.

La humanidad que sabe que su única esperanza está en Dios, tiene los ojos fijos en Él. Hoy también, a través de nuestras vidas sacerdotales, hay muchos ojos puestos en nuestra respuesta, fijos en Jesucristo, pero a través de este cauce ¡pobre! que es nuestra propia existencia.

La Encarnación de Jesucristo es un misterio que se repite cada día; esto sólo es posible si nosotros nos dejamos introducir en el misterio de Dios, y no en nuestras bien intencionadas ideas, nuestras nobles motivaciones, que no dejan que el Espíritu del Señor nos invada y nos posea. Unidos íntimamente con Él nos hacemos prolongación de su presencia en el mundo: el verdadero cauce. De ahí se deriva la grave responsabilidad que tenemos, que tiene una palabra concreta para todos y cada uno de los bautizados: ser santos. Pero no con una santidad meramente humana que sería algo ridículo, sino con la santidad que viene de Dios y que nos lleva a la unión con Dios. Esa santidad que se introdujo en todos nosotros el día de nuestro Bautismo y que, para nosotros sacerdotes, fue enriquecida con unas gracias específicas para el servicio de los hombres, por medio del sacramento del Orden.

Renovamos hoy aquella gracia inmerecida, sublime, aquella confianza de Dios en nosotros; renovamos esta tarde nuestras promesas de fidelidad a este don de Dios para con nosotros y el mundo. ¿Cómo lo haremos?: uniéndonos a Cristo. La santidad es llamada universal para los laicos y para los consagrados; pero los laicos, los consagrados, y aún nosotros mismos, necesitamos del camino seguro de un ministerio sacerdotal entregado. Esta santidad se traduce en la unidad de vida, que es el test certero de que tenemos autenticidad cristiana, en la manera de abrir los caminos al Evangelio (cf. “Seréis mis testigos” Mensaje de los Obispos españoles con ocasión del viaje apostólico del Papa Juan Pablo II, 18-19.II.03). La santidad es el estímulo para que sepamos que Dios está siempre a nuestro lado y que nosotros nos hemos fiado plenamente de Él. Así, nuestros trabajos resultan siempre fecundos. Si vivimos en comunión, eso se traducirá en una vida coherente que dará abundantes frutos. Empeñémonos más y más, queridos hermanos en el sacerdocio, queridos fieles, en hacer la Iglesia de la comunión visible al Padre para todos los hombres.

Es la urgencia permanente de la evangelización. Nuestra vida tiene que ser un reflejo de la santidad de Dios; sólo así somos testigos, para eso nos han

ungido. Sabemos bien que la unción, en el Antiguo Testamento, se aplicaba sólo a aquellas personas que tenían una importantísima misión que hacer: sacerdotes, profetas y reyes; así Isaías habla de su Ungido, cuya misión es muy especial: “anunciar el final del destierro y el tiempo de la libertad” (cf. Is 61, 1) . El cristiano, por el bautismo, es llamado a una misión muy especial, única: ser santo y conducir todo hacia Dios. Para esto es para lo que ha sido ungido el cristiano. Es un ungido que debe manifestar al mundo que la santidad es posible. Una Iglesia de santos asegura su misión y su fecundidad apostólica; pero si él no hace esta tarea, nadie la hará.

Esta llamada a la santidad se realiza en medio de la Iglesia y del mundo. Dios nos ha puesto a unos al servicio de los otros; es más, gracias a la específica unción sacerdotal, es posible la unción bautismal de los cristianos. El sacerdote, por medio de la unción, se convierte en cauce de la acción sacramental de Dios a favor de los hombres. También la vida del sacerdote debe colaborar a engendrar la comunidad: así, sin pastores santos, no habrá santos.

Los sacerdotes prolongamos el misterio de Jesucristo, cabeza de la Iglesia, en servicio de nuestro pueblo. Nuestra vida debe ser un don de Dios para los hombres; de hecho, así lo conmemoramos estos días con dos sacerdotes españoles, el P. Rubio y el P. Poveda, que el Santo Padre canonizará el próximo 4 de mayo; sus vidas han sido un modelo, han sido un regalo para nuestra Iglesia y para el mundo.

Nuestra misión encuentra su más seguro apoyo en María, Madre y modelo de los sacerdotes. Su sí es una puerta abierta al designio de Dios; el sí de María posibilitó la dinámica sacramental. Gracias a su entrega incondicional a los planes de Dios pudo comenzar a derramarse la gracia y la paz de Dios sobre el mundo. Esta vida entregada es un modelo para nuestras vidas. También nuestro sí hace posible que la gracia y la paz de Dios se manifiesten en nuestros ambientes y en nuestra Diócesis.

Vivamos pendientes de nuestra Madre en este año que el Santo Padre ha consagrado al Rosario. Nos invitaba en la carta *Rosarium Virginis Mariae* a que contemplemos el rostro de Cristo sobre el trasfondo de María (cf. n. 15), y que la Virgen María sea el trasfondo de toda nuestra vida.

Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETOS

Erección de una Capilla del Culto Católico en la Escuela Politécnica de la Universidad San Pablo-CEU en el Campus de Montepríncipe de Boadilla del Monte y autorización en dicha Capilla de la reserva del Santísimo Sacramento, el 16 de abril de 2003.

NOMBRAMIENTOS

EXCARDINACIÓN

D. Javier Calavia Valduz, el 17 de abril de 2003. Incardinado en la Diócesis de Córdoba.



INFORMACIÓN

HERMANDADES Y COFRADÍAS

Renovación de la Junta Directiva de la Hermandad de la Penitencia del Santísimo Cristo de la Salud, el 28 de febrero de 2003.

Presidenta: D^a Carmen Gómez Arrogante.

Vicepresidenta: D^a Amparo Navarro Martín.

Secretario: D. José Antonio López Pérez.

Tesorero: D. Alfonso Carlos Muñoz Ortiz.

Vocales:

1. D. Francisco González Sánchez.

2. D^a. Angelines Arroyo Martín.

3. D. Andrés Álvarez Suárez.

4. D^a Laura Mentrída Da Silva.

5. D. José Antonio López Gómez.

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

CARTA ENCÍCLICA *ECCLESIA DE EUCHARISTIA*

a los Obispos
a los Presbíteros y Diáconos
a las personas consagradas
y a todos los fieles laicos
sobre la Eucaristía
en su relación con la Iglesia

INTRODUCCIÓN

1. La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis *el núcleo del misterio de la Iglesia*. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20); en la sagrada Eucaristía, por la transformación del pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, se alegra de esta presencia con una intensidad única. Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolos de confiada esperanza.

Con razón ha proclamado el Concilio Vaticano II que el Sacrificio eucarístico es «fuente y cima de toda la vida cristiana».(1) «La sagrada Eucaris-

1 Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 11.

tía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo».(2) Por tanto la mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor.

2. Durante el Gran Jubileo del año 2000, tuve ocasión de celebrar la Eucaristía en el Cenáculo de Jerusalén, donde, según la tradición, fue realizada la primera vez por Cristo mismo. *El Cenáculo es el lugar de la institución de este Santísimo Sacramento*. Allí Cristo tomó en sus manos el pan, lo partió y lo dio a los discípulos diciendo: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros» (cf. *Mt* 26, 26; *Lc* 22, 19; *1 Co* 11, 24). Después tomó en sus manos el cáliz del vino y les dijo: «Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados» (cf. *Mc* 14, 24; *Lc* 22, 20; *1 Co* 11, 25). Estoy agradecido al Señor Jesús que me permitió repetir en aquel mismo lugar, obedeciendo su mandato «haced esto en conmemoración mía» (*Lc* 22, 19), las palabras pronunciadas por Él hace dos mil años.

Los Apóstoles que participaron en la Última Cena, ¿comprendieron el sentido de las palabras que salieron de los labios de Cristo? Quizás no. Aquellas palabras se habrían aclarado plenamente sólo al final del *Triduum sacrum*, es decir, el lapso que va de la tarde del jueves hasta la mañana del domingo. En esos días se enmarca el *mysterium paschale*; en ellos se inscribe también el *mysterium eucharisticum*.

3. Del misterio pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso la Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio pascual, *está en el centro de la vida eclesial*. Se puede observar esto ya desde las primeras imágenes de la Iglesia que nos ofrecen los Hechos de los Apóstoles: «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (2, 42). La «fracción del pan» evoca la Eucaristía. Después de dos mil años seguimos reproduciendo aquella imagen primigenia de la Iglesia. Y, mientras lo hacemos en la celebración eucarística, los ojos del alma se dirigen al Triduo pascual: a lo que ocurrió la tarde del Jueves Santo, durante la Última

2 Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, 5.

Cena y después de ella. La institución de la Eucaristía, en efecto, anticipaba sacramentalmente los acontecimientos que tendrían lugar poco más tarde, a partir de la agonía en Getsemaní. Vemos a Jesús que sale del Cenáculo, baja con los discípulos, atraviesa el arroyo Cedrón y llega al Huerto de los Olivos. En aquel huerto quedan aún hoy algunos árboles de olivo muy antiguos. Tal vez fueron testigos de lo que ocurrió a su sombra aquella tarde, cuando Cristo en oración experimentó una angustia mortal y «su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (Lc 22, 44). La sangre, que poco antes había entregado a la Iglesia como bebida de salvación en el Sacramento eucarístico, *comenzó a ser derramada*; su efusión se completaría después en el Gólgota, convirtiéndose en instrumento de nuestra redención: «Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros [...] penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna» (Hb 9, 11-12).

4. *La hora de nuestra redención.* Jesús, aunque sometido a una prueba terrible, no huye ante su «hora»: «¿Qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!» (Jn 12, 27). Desea que los discípulos le acompañen y, sin embargo, debe experimentar la soledad y el abandono: «¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no caigáis en tentación» (Mt 26, 40-41). Sólo Juan permanecerá al pie de la Cruz, junto a María y a las piadosas mujeres. La agonía en Getsemaní ha sido la introducción a la agonía de la Cruz del Viernes Santo. *La hora santa*, la hora de la redención del mundo. Cuando se celebra la Eucaristía ante la tumba de Jesús, en Jerusalén, se retorna de modo casi tangible a su «hora», la hora de la cruz y de la glorificación. A aquel lugar y a aquella hora vuelve espiritualmente todo presbítero que celebra la Santa Misa, junto con la comunidad cristiana que participa en ella.

«*Fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos*». A las palabras de la profesión de fe hacen eco las palabras de la contemplación y la proclamación: «*Ecce lignum crucis in quo salus mundi pependit. Venite adoremus*». Ésta es la invitación que la Iglesia hace a todos en la tarde del Viernes Santo. Y hará de nuevo uso del canto durante el tiempo pascual para proclamar: «*Surrexit Dominus de sepulcro qui pro nobis pependit in ligno. Aleluya*».

5. «*Mysterium fidei!* – ¡Misterio de la fe!». Cuando el sacerdote pronuncia o canta estas palabras, los presentes aclaman: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven Señor Jesús!».

Con éstas o parecidas palabras, la Iglesia, a la vez que se refiere a Cristo en el misterio de su Pasión, *revela también su propio misterio: Ecclesia de Eucharistia*. Si con el don del Espíritu Santo en Pentecostés la Iglesia nace y se encamina por las vías del mundo, un momento decisivo de su formación es ciertamente la institución de la Eucaristía en el Cenáculo. Su fundamento y su hontanar es todo el *Triduum paschale*, pero éste está como incluido, anticipado, y «concentrado» para siempre en el don eucarístico. En este don, Jesucristo entregaba a la Iglesia la actualización perenne del misterio pascual. Con él instituyó una misteriosa «contemporaneidad» entre aquel *Triduum* y el transcurrir de todos los siglos.

Este pensamiento nos lleva a sentimientos de gran asombro y gratitud. El acontecimiento pascual y la Eucaristía que lo actualiza a lo largo de los siglos tienen una «capacidad» verdaderamente enorme, en la que entra toda la historia como destinataria de la gracia de la redención. Este asombro ha de inundar siempre a la Iglesia, reunida en la celebración eucarística. Pero, de modo especial, debe acompañar al ministro de la Eucaristía. En efecto, es él quien, gracias a la facultad concedida por el sacramento del Orden sacerdotal, realiza la consagración. Con la potestad que le viene del Cristo del Cenáculo, dice: «Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros... Éste es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros». El sacerdote pronuncia estas palabras o, más bien, *pone su boca y su voz a disposición de Aquél que las pronunció en el Cenáculo* y quiso que fueran repetidas de generación en generación por todos los que en la Iglesia participan ministerialmente de su sacerdocio.

6. Con la presente Carta encíclica, deseo suscitar este «asombro» eucarístico, en continuidad con la herencia jubilar que he querido dejar a la Iglesia con la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* y con su coronamiento mariano *Rosarium Virginis Mariae*. Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el «programa» que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización. Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. *La Iglesia vive del Cristo eucarístico*, de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, «misterio de luz».⁽³⁾ Cada vez que la Iglesia

3 Cf. Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae* (16 octubre 2002), 21: AAS 95 (2003), 19.

la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: «Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron» (Lc 24, 31).

7. Desde que inicié mi ministerio de Sucesor de Pedro, he reservado siempre para el Jueves Santo, día de la Eucaristía y del Sacerdocio, un signo de particular atención, dirigiendo una carta a todos los sacerdotes del mundo. Este año, para mí el vigésimo quinto de Pontificado, deseo involucrar más plenamente a toda la Iglesia en esta reflexión eucarística, para dar gracias a Dios también por el don de la Eucaristía y del Sacerdocio: «Don y misterio».(4) Puesto que, proclamando el año del Rosario, he deseado poner este mi vigésimo quinto año *bajo el signo de la contemplación de Cristo con María*, no puedo dejar pasar este Jueves Santo de 2003 sin detenerme ante el rostro eucarístico» de Cristo, señalando con nueva fuerza a la Iglesia la centralidad de la Eucaristía. De ella vive la Iglesia. De este «pan vivo» se alimenta. ¿Cómo no sentir la necesidad de exhortar a todos a que hagan de ella siempre una renovada experiencia?

8. Cuando pienso en la Eucaristía, mirando mi vida de sacerdote, de Obispo y de Sucesor de Pedro, me resulta espontáneo recordar tantos momentos y lugares en los que he tenido la gracia de celebrarla. Recuerdo la iglesia parroquial de Niegowic donde desempeñé mi primer encargo pastoral, la colegiata de San Florián en Cracovia, la catedral del Wawel, la basílica de San Pedro y muchas basílicas e iglesias de Roma y del mundo entero. He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, *sobre el altar del mundo*. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para reconducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a Aquél que lo hizo de la nada. De este modo, Él, el sumo y eterno Sacerdote, entrando en el santuario eterno mediante la sangre de su Cruz, devuelve al Creador y Padre toda la creación redimida. Lo hace a través del ministerio sacerdotal de la Iglesia y para

4 Éste es el título que he querido dar a un testimonio autobiográfico con ocasión del quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio.

gloria de la Santísima Trinidad. Verdaderamente, éste es el *mysterium fidei* que se realiza en la Eucaristía: el mundo nacido de las manos de Dios creador retorna a Él redimido por Cristo.

9. La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia. Así se explica la *esmerada atención* que ha prestado siempre al Misterio eucarístico, una atención que se manifiesta autorizadamente en la acción de los Concilios y de los Sumos Pontífices. ¿Cómo no admirar la exposición doctrinal de los Decretos sobre la Santísima Eucaristía y sobre el Sacrosanto Sacrificio de la Misa promulgados por el Concilio de Trento? Aquellas páginas han guiado en los siglos sucesivos tanto la teología como la catequesis, y aún hoy son punto de referencia dogmática para la continua renovación y crecimiento del Pueblo de Dios en la fe y en el amor a la Eucaristía. En tiempos más cercanos a nosotros, se han de mencionar tres Encíclicas: la *Mirae Caritatis* de León XIII (28 de mayo de 1902),⁽⁵⁾ *Mediator Dei* de Pío XII (20 de noviembre de 1947)⁽⁶⁾ y la *Mysterium Fidei* de Pablo VI (3 de septiembre de 1965).⁽⁷⁾

El Concilio Vaticano II, aunque no publicó un documento específico sobre el Misterio eucarístico, ha ilustrado también sus diversos aspectos a lo largo del conjunto de sus documentos, y especialmente en la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* y en la Constitución sobre la Sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*.

Yo mismo, en los primeros años de mi ministerio apostólico en la Cátedra de Pedro, con la Carta apostólica *Dominicae Cenae* (24 de febrero de 1980),⁽⁸⁾ he tratado algunos aspectos del Misterio eucarístico y su incidencia en la vida de quienes son sus ministros. Hoy reanudo el hilo de aquellas consideraciones con el corazón aún más lleno de emoción y gratitud, como haciendo eco a la palabra del Salmista: «¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre» (*Sal* 116, 12-13).

10. Este deber de anuncio por parte del Magisterio se corresponde con un crecimiento en el seno de la comunidad cristiana. No hay duda de que la

5 *Leonis XXIII Acta*(1903), 115-136.

6 AAS 39 (1947), 521-595.

7 AAS 57 (1965), 753-774.

8 AAS 72 (1980), 113-148.

reforma litúrgica del Concilio ha tenido grandes ventajas para una participación más consciente, activa y fructuosa de los fieles en el Santo Sacrificio del altar. En muchos lugares, además, *la adoración del Santísimo Sacramento* tiene cotidianamente una importancia destacada y se convierte en fuente inagotable de santidad. La participación devota de los fieles en la procesión eucarística en la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo es una gracia de Dios, que cada año llena de gozo a quienes toman parte en ella. Y se podrían mencionar otros signos positivos de fe y amor eucarístico.

Desgraciadamente, junto a estas luces, *no faltan sombras*. En efecto, hay sitios donde se constata un abandono casi total del culto de adoración eucarística. A esto se añaden, en diversos contextos eclesiales, ciertos abusos que contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento. Se nota a veces una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico. Privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convivial fraterno. Además, queda a veces oscurecida la necesidad del sacerdocio ministerial, que se funda en la sucesión apostólica, y la sacramentalidad de la Eucaristía se reduce únicamente a la eficacia del anuncio. También por eso, aquí y allá, surgen iniciativas ecuménicas que, aun siendo generosas en su intención, transigen con prácticas eucarísticas contrarias a la disciplina con la cual la Iglesia expresa su fe. ¿Cómo no manifestar profundo dolor por todo esto? La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones.

Confío en que esta Carta encíclica contribuya eficazmente a disipar las sombras de doctrinas y prácticas no aceptables, para que la Eucaristía siga resplandeciendo con todo el esplendor de su misterio.

CAPÍTULO I

MISTERIO DE LA FE

11. «El Señor Jesús, la noche en que fue entregado» (1 Co 11, 23), instituyó el Sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. Las palabras del apóstol Pablo nos llevan a las circunstancias dramáticas en que nació la Eucaristía. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente.

Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos.⁽⁹⁾ Esta verdad la expresan bien las palabras con las cuales, en el rito latino, el pueblo responde a la proclamación del «misterio de la fe» que hace el sacerdote: «*Anunciamos tu muerte, Señor*».

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues «todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos...».⁽¹⁰⁾

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención».⁽¹¹⁾ Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo *después de habernos dejado el medio para participar de él*, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don.⁽¹²⁾ Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo» (*Jn* 13, 1), un amor que no conoce medida.

12. Este aspecto de caridad universal del Sacramento eucarístico se funda en las palabras mismas del Salvador. Al instituirlo, no se limitó a decir «Éste es mi cuerpo», «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre», sino que añadió «entregado por vosotros... derramada por vosotros» (*Lc* 22, 19-20). No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino

9 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 47: «*Salvator noster [...] Sacrificium Eucharisticum Corporis et Sanguinis sui instituit, quo Sacrificium Crucis in saecula, donec veniret, perpetuaret...*».

10 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1085.

11 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 3.

12 Cf. Pablo VI, *El «credo» del Pueblo de Dios* (30 junio 1968), 24: AAS 60 (1968), 442; Juan Pablo II, Carta ap. *Dominicae Cena* (24 febrero 1980), 9: AAS 72 (1980).

que manifestó *su valor sacrificial*, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos. «La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor».(13)

La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que *este sacrificio se hace presente*, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos. En efecto, «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, *un único sacrificio*».(14) Ya lo decía elocuentemente san Juan Crisóstomo: «Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno hoy y otro mañana, sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo [...]. También nosotros ofrecemos ahora aquella víctima, que se ofreció entonces y que jamás se consumirá».(15)

La Misa hace presente el sacrificio de la Cruz, no se le añade y no lo multiplica.(16) Lo que se repite es su celebración memorial, la «manifestación memorial» (*memoralis demonstratio*),(17) por la cual el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo. La naturaleza sacrificial del Misterio eucarístico no puede ser entendida, por tanto, como algo aparte, independiente de la Cruz o con una referencia solamente indirecta al sacrificio del Calvario.

13. Por su íntima relación con el sacrificio del Gólgota, la Eucaristía es *sacrificio en sentido propio* y no sólo en sentido genérico, como si se tratara del mero ofrecimiento de Cristo a los fieles como alimento espiritual. En efecto, el don de su amor y de su obediencia hasta el extremo de dar la vida (cf. *Jn* 10, 17-18), es en primer lugar un don a su Padre. Ciertamente es un don en favor

13 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1382.

14 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1367.

15 *Homilías sobre la carta a los Hebreos*, 17, 3: PG 63, 131.

16 Cf. Conc. Ecum. Tridentino, Ses. XXII, *Doctrina de ss. Missae sacrificio*, cap. 2: DS 1743: «En efecto, se trata de una sola e idéntica víctima y el mismo Jesús la ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, Él que un día se ofreció a sí mismo en la cruz: sólo es diverso el modo de ofrecerse».

17 Cf. Pío XII, Carta enc. *Mediator Dei* (20 noviembre 1947): AAS 39 (1947), 548.

nuestro, más aún, de toda la humanidad (cf. *Mt* 26, 28; *Mc* 14, 24; *Lc* 22, 20; *Jn* 10, 15), pero *don ante todo al Padre*: «sacrificio que el Padre aceptó, correspondiendo a esta donación total de su Hijo que se hizo “obediente hasta la muerte” (*Fl* 2, 8) con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección».(18)

Al entregar su sacrificio a la Iglesia, Cristo ha querido además hacer suyo el sacrificio espiritual de la Iglesia, llamada a ofrecerse también a sí misma unida al sacrificio de Cristo. Por lo que concierne a todos los fieles, el Concilio Vaticano II enseña que «al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella».(19)

14. La Pascua de Cristo incluye, con la pasión y muerte, también su resurrección. Es lo que recuerda la aclamación del pueblo después de la consagración: «*Proclamamos tu resurrección*». Efectivamente, el sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía «pan de vida» (*Jn* 6, 35.48), «pan vivo» (*Jn* 6, 51). San Ambrosio lo recordaba a los neófitos, como una aplicación del acontecimiento de la resurrección a su vida: «Si hoy Cristo está en ti, Él resucita para ti cada día».(20) San Cirilo de Alejandría, a su vez, subrayaba que la participación en los santos Misterios «es una verdadera confesión y memoria de que el Señor ha muerto y ha vuelto a la vida por nosotros y para beneficio nuestro».(21)

15. La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que –citando las palabras de Pablo VI– «se llama “real”, no por exclusión, como si las otras no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro».(22) Se recuerda así la doctrina siempre válida del Concilio de Trento: «Por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del

18 Carta enc. *Redemptor hominis* (15 marzo 1979), 20: AAS 71 (1979), 310.

19 Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 11.

20 *De sacramentis*, V, 4, 26: CSEL 73, 70.

21 *Sobre el Evangelio de Juan*, XII, 20: PG 74, 726.

22 Carta. enc. *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965): AAS 57 (1965), 764.

vino en la sustancia de su sangre. Esta conversión, propia y convenientemente, fue llamada transustanciación por la santa Iglesia Católica».(23) Verdaderamente la Eucaristía es «*mysterium fidei*», misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe, como a menudo recuerdan las catequesis patrísticas sobre este divino Sacramento. «No veas —exhorta san Cirilo de Jerusalén— en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su cuerpo y su sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa».(24)

«*Adoro te devote, latens Deitas*», seguiremos cantando con el Doctor Angélico. Ante este misterio de amor, la razón humana experimenta toda su limitación. Se comprende cómo, a lo largo de los siglos, esta verdad haya obligado a la teología a hacer arduos esfuerzos para entenderla.

Son esfuerzos loables, tanto más útiles y penetrantes cuanto mejor consiguen conjugar el ejercicio crítico del pensamiento con la «fe vivida» de la Iglesia, percibida especialmente en el «carisma de la verdad» del Magisterio y en la «comprensión interna de los misterios», a la que llegan sobre todo los santos.(25) La línea fronteriza es la señalada por Pablo VI: «Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros».(26)

16. La eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor. De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión: le recibimos a Él mismo, que se ha ofrecido por nosotros; su cuerpo, que Él ha entregado por nosotros en la Cruz; su sangre, «derramada por muchos para perdón de los pecados» (Mt 26, 28). Recordemos sus palabras: «Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57). Jesús mismo nos asegura que esta unión, que Él pone en relación con la vida trinitaria, se realiza efectivamen-

23 Ses. XIII, *Decr. de ss. Eucharistia*, cap. 4: DS 1642.

24 *Catechesis mistagógicas*, IV, 6: SCh 126, 138.

25 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 8.

26 El «credo» del Pueblo de Dios (30 junio 1968), 25: AAS 60 (1968), 442-443.

te. *La Eucaristía es verdadero banquete*, en el cual Cristo se ofrece como alimento. Cuando Jesús anuncia por primera vez esta comida, los oyentes se quedan asombrados y confusos, obligando al Maestro a recalcar la verdad objetiva de sus palabras: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (*Jn* 6, 53). No se trata de un alimento metafórico: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida» (*Jn* 6, 55).

17. Por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu. Escribe san Efrén: «Llamó al pan su cuerpo viviente, lo llenó de sí mismo y de su Espíritu [...], y quien lo come con fe, come Fuego y Espíritu. [...]. Tomad, comed todos de él, y coméis con él el Espíritu Santo. En efecto, es verdaderamente mi cuerpo y el que lo come vivirá eternamente».(27) La Iglesia pide este don divino, raíz de todos los otros dones, en la epiclesis eucarística. Se lee, por ejemplo, en la *Divina Liturgia* de san Juan Crisóstomo: «Te invocamos, te rogamos y te suplicamos: manda tu Santo Espíritu sobre todos nosotros y sobre estos dones [...] para que sean purificación del alma, remisión de los pecados y comunicación del Espíritu Santo para cuantos participan de ellos».(28) Y, en el *Misal Romano*, el celebrante implora que: «Fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un sólo cuerpo y un sólo espíritu».(29) Así, con el don de su cuerpo y su sangre, Cristo acrecienta en nosotros el don de su Espíritu, infundido ya en el Bautismo e impreso como «sello» en el sacramento de la Confirmación.

18. La aclamación que el pueblo pronuncia después de la consagración se concluye oportunamente manifestando la proyección escatológica que distingue la celebración eucarística (cf. *1 Co* 11, 26): «... *hasta que vuelvas*». La Eucaristía es tensión hacia la meta, pregonar el gozo pleno prometido por Cristo (cf. *Jn* 15, 11); es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y «prenda de la gloria futura».(30) En la Eucaristía, todo expresa la confiada espera: «mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo».(31) Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la

27 Homilía IV para la Semana Santa: CSCO 413/ Syr. 182, 55.

28 Anáfora.

29 Plegaria Eucarística III.

30 Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, antífona al *Magnificat* de las II Vísperas.

31 *Misal Romano*, Embolismo después del Padre nuestro.

vida eterna: *la posee ya en la tierra* como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad. En efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día» (Jn 6, 54). Esta garantía de la resurrección futura proviene de que la carne del Hijo del hombre, entregada como comida, es su cuerpo en el estado glorioso del resucitado. Con la Eucaristía se asimila, por decirlo así, el «secreto» de la resurrección. Por eso san Ignacio de Antioquía definía con acierto el Pan eucarístico «fármaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte».(32)

19. La tensión escatológica suscitada por la Eucaristía *expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial*. No es casualidad que en las anáforas orientales y en las plegarias eucarísticas latinas se recuerde siempre con veneración a la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, a los ángeles, a los santos apóstoles, a los gloriosos mártires y a todos los santos. Es un aspecto de la Eucaristía que merece ser resaltado: mientras nosotros celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: «La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero» (Ap 7, 10). La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino.

20. Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un «cielo nuevo» y una «tierra nueva» (Ap 21, 1), eso no debilita, sino que más bien *estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente*.(33) Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios.

Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas

32 Carta a los Efesios, 20: PG 5, 661.

33 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 39.

de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las tantas contradicciones de un mundo «globalizado», donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor. Es significativo que el Evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del «lavatorio de los pies», en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf. *Jn* 13, 1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como «indigno» de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (Cf. *1 Co* 11, 17.22.27.34).(34)

Anunciar la muerte del Señor «hasta que venga» (*1 Co* 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo «eucarística». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: «¡Ven, Señor Jesús!» (*Ap* 22, 20).

CAPÍTULO II

LA EUCARISTÍA EDIFICA LA IGLESIA

21. El Concilio Vaticano II ha recordado que la celebración eucarística es el centro del proceso de crecimiento de la Iglesia. En efecto, después de haber dicho que «la Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio, crece

34 «¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentres desnudo en los pobres, ni lo honres aquí en el templo con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: “esto es mi cuerpo”, y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: “Tuve hambre y no me disteis de comer”, y más adelante: “Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejasteis de hacer” [...]. ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo»: San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el Evangelio de Mateo*, 50, 3-4: *PG* 58, 508-509; cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987): *AAS* 80 (1988), 553-556.

visiblemente en el mundo por el poder de Dios»,⁽³⁵⁾ como queriendo responder a la pregunta: ¿Cómo crece?, añade: «Cuántas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado (1 Co 5, 7), se realiza la obra de nuestra redención. El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un sólo cuerpo en Cristo (cf. 1 Co 10, 17)».⁽³⁶⁾

Hay un *influjo causal de la Eucaristía* en los orígenes mismos de la Iglesia. Los evangelistas precisan que fueron los Doce, los Apóstoles, quienes se reunieron con Jesús en la Última Cena (cf. Mt 26, 20; Mc 14, 17; Lc 22, 14). Es un detalle de notable importancia, porque los Apóstoles «fueron la semilla del nuevo Israel, a la vez que el origen de la jerarquía sagrada».⁽³⁷⁾ Al ofrecerles como alimento su cuerpo y su sangre, Cristo los implicó misteriosamente en el sacrificio que habría de consumarse pocas horas después en el Calvario. Análogamente a la alianza del Sinaí, sellada con el sacrificio y la aspersión con la sangre,⁽³⁸⁾ los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena fundaron la nueva comunidad mesiánica, el Pueblo de la nueva Alianza.

Los Apóstoles, aceptando la invitación de Jesús en el Cenáculo: «Tomad, comed... Bebed de ella todos...» (Mt 26, 26.27), entraron por vez primera en comunión sacramental con Él. Desde aquel momento, y hasta al final de los siglos, la Iglesia se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios inmolado por nosotros: «Haced esto en recuerdo mío... Cuántas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío» (1 Co 11, 24-25; cf. Lc 22, 19).

22. La incorporación a Cristo, que tiene lugar por el Bautismo, se renueva y se consolida continuamente con la participación en el Sacrificio eucarístico, sobre todo cuando ésta es plena mediante la comunión sacramental. Podemos decir que no solamente *cada uno de nosotros recibe a Cristo*, sino que también *Cristo nos recibe a cada uno de nosotros*. Él estrecha su amistad con nosotros: «Vosotros sois mis amigos» (Jn 15, 14). Más aún, nosotros vivimos gracias a Él: «el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57). En la comunión eucarística se realiza de manera sublime que Cristo y el discípulo «estén» el uno en el otro: «Permaneced en mí, como yo en vosotros» (Jn 15, 4).

³⁵ Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 3.

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 5.

³⁸ «Entonces tomó Moisés la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: “Ésta es la sangre de la Alianza que Yahveh ha hecho con vosotros, según todas estas palabras”» (Ex 24, 8).

Al unirse a Cristo, en vez de encerrarse en sí mismo, el Pueblo de la nueva Alianza se convierte en «sacramento» para la humanidad,(39) signo e instrumento de la salvación, en obra de Cristo, en luz del mundo y sal de la tierra (cf. *Mt* 5, 13-16), para la redención de todos.(40) La misión de la Iglesia continúa la de Cristo: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (*Jn* 20, 21). Por tanto, la Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es la *fuentes* y, al mismo tiempo, la *cumbre* de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo.(41)

23. Con la comunión eucarística la Iglesia consolida también su unidad como cuerpo de Cristo. San Pablo se refiere a esta *eficacia unificadora* de la participación en el banquete eucarístico cuando escribe a los Corintios: «Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (*1 Co* 10, 16-17). El comentario de san Juan Crisóstomo es detallado y profundo: «¿Qué es, en efecto, el pan? Es el cuerpo de Cristo. ¿En qué se transforman los que lo reciben? En cuerpo de Cristo; pero no muchos cuerpos sino un sólo cuerpo. En efecto, como el pan es sólo uno, por más que esté compuesto de muchos granos de trigo y éstos se encuentren en él, aunque no se vean, de tal modo que su diversidad desaparece en virtud de su perfecta fusión; de la misma manera, también nosotros estamos unidos recíprocamente unos a otros y, todos juntos, con Cristo».(42) La argumentación es terminante: nuestra unión con Cristo, que es don y gracia para cada uno, hace que en Él estemos asociados también a la unidad de su cuerpo que es la Iglesia. La Eucaristía consolida la incorporación a Cristo, establecida en el Bautismo mediante el don del Espíritu (cf. *1 Co* 12, 13.27).

La acción conjunta e inseparable del Hijo y del Espíritu Santo, que está en el origen de la Iglesia, de su constitución y de su permanencia, continúa en la Eucaristía. Bien consciente de ello es el autor de la *Liturgia de Santiago*: en la

39 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

40 Cf. *ibíd.*, n. 9.

41 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, 5. El mismo Decreto dice en el n. 6: «No se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene su raíz y centro en la celebración de la sagrada Eucaristía».

42 *Homilías sobre la 1 Carta a los Corintios*, 24, 2: PG 61, 200; cf. *Didaché*, IX, 5; F.X. Funk, I, 22; San Cipriano, *Ep.* LXIII, 13: PL 4, 384.

epiclesis de la anáfora se ruega a Dios Padre que envíe el Espíritu Santo sobre los fieles y sobre los dones, para que el cuerpo y la sangre de Cristo «sirvan a todos los que participan en ellos [...] a la santificación de las almas y los cuerpos».(43) La Iglesia es reforzada por el divino Paráclito a través la santificación eucarística de los fieles.

24. El don de Cristo y de su Espíritu que recibimos en la comunión eucarística colma con sobrada plenitud los anhelos de unidad fraterna que alberga el corazón humano y, al mismo tiempo, eleva la experiencia de fraternidad, propia de la participación común en la misma mesa eucarística, a niveles que están muy por encima de la simple experiencia convival humana. Mediante la comunión del cuerpo de Cristo, la Iglesia alcanza cada vez más profundamente su ser «en Cristo como sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano».(44)

A los gérmenes de disgregación entre los hombres, que la experiencia cotidiana muestra tan arraigada en la humanidad a causa del pecado, se contrapone *la fuerza generadora de unidad* del cuerpo de Cristo. La Eucaristía, construyendo la Iglesia, crea precisamente por ello comunidad entre los hombres.

25. El *culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa* es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa –presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino(45)–, deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual.(46) Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas.(47)

Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. *Jn* 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianis-

43 *PO* 26, 206.

44 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

45 Cf. Conc. Ecum. Tridentino, Ses. XIII, *Decretum de ss. Eucharistia*, can. 4: *DS* 1654.

46 Cf. *Rituale Romanum: De sacra communione et de cultu mysterii eucharistici extra Missam*, 36 (n. 80).

47 Cf. *ibíd.*, 38-39 (nn. 86-90).

mo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el «arte de la oración»,⁽⁴⁸⁾ ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!

Numerosos Santos nos han dado ejemplo de esta práctica, alabada y recomendada repetidamente por el Magisterio.⁽⁴⁹⁾ De manera particular se distinguió por ella San Alfonso María de Liguori, que escribió: «Entre todas las devociones, ésta de adorar a Jesús sacramentado es la primera, después de los sacramentos, la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros».⁽⁵⁰⁾ La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia. Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo, en el espíritu que he sugerido en las Cartas apostólicas *Novo millennio ineunte* y *Rosarium Virginis Mariae*, ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico, en el que se prolongan y multiplican los frutos de la comunión del cuerpo y sangre del Señor.

CAPÍTULO III

APOSTOLICIDAD DE LA EUCARISTÍA Y DE LA IGLESIA

26. Como he recordado antes, si la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía, se deduce que hay una relación sumamente estrecha entre una y otra. Tan verdad es esto, que nos permite aplicar al Misterio eucarístico lo que decimos de la Iglesia cuando, en el Símbolo niceno-constantinopolitano, la confesamos «una, santa, católica y apostólica». También la Eucaristía es una y católica. Es también santa, más aún, es el Santísimo Sacramento. Pero ahora queremos dirigir nuestra atención principalmente a su apostolicidad.

48 Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 32: AAS 93 (2001), 288.

49 «Durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento, que debe estar reservado en un sitio dignísimo con el máximo honor en las iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor, allí presente»: Pablo VI, Carta enc. *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965): AAS 57 (1965), 771.

50 *Visite al SS. Sacramento ed a Maria Santissima*, Introduzione: *Opere ascetiche*, IV, Avelino 2000, 295.

27. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, al explicar cómo la Iglesia es apostólica, o sea, basada en los Apóstoles, se refiere a un *triple sentido* de la expresión. Por una parte, «fue y permanece edificada sobre “el fundamento de los apóstoles” (Ef 2, 20), testigos escogidos y enviados en misión por el propio Cristo». (51) También los Apóstoles están en el fundamento de la Eucaristía, no porque el Sacramento no se remonte a Cristo mismo, sino porque ha sido confiado a los Apóstoles por Jesús y transmitido por ellos y sus sucesores hasta nosotros. La Iglesia celebra la Eucaristía a lo largo de los siglos precisamente en continuidad con la acción de los Apóstoles, obedientes al mandato del Señor.

El segundo sentido de la apostolicidad de la Iglesia indicado por el Catecismo es que «guarda y transmite, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en ella, la enseñanza, el buen depósito, las sanas palabras oídas a los apóstoles». (52) También en este segundo sentido la Eucaristía es apostólica, porque se celebra en conformidad con la fe de los Apóstoles. En la historia bimilenaria del Pueblo de la nueva Alianza, el Magisterio eclesiástico ha precisado en muchas ocasiones la doctrina eucarística, incluso en lo que atañe a la exacta terminología, precisamente para salvaguardar la fe apostólica en este Misterio excelso. Esta fe permanece inalterada y es esencial para la Iglesia que perdure así.

28. En fin, la Iglesia es apostólica en el sentido de que «sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por los Apóstoles hasta la vuelta de Cristo gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral: el colegio de los Obispos, a los que asisten los presbíteros, juntamente con el sucesor de Pedro y Sumo Pastor de la Iglesia». (53) La sucesión de los Apóstoles en la misión pastoral conlleva necesariamente el sacramento del Orden, es decir, la serie ininterrumpida que se remonta hasta los orígenes, de ordenaciones episcopales válidas. (54) Esta sucesión es esencial para que haya Iglesia en sentido propio y pleno.

La Eucaristía expresa también este sentido de la apostolicidad. En efecto, como enseña el Concilio Vaticano II, los fieles «participan en la celebración de la Eucaristía en virtud de su sacerdocio real», (55) pero es el sacerdote or-

51 N. 857.

52 *Ibíd.*

53 *Ibíd.*

54 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Sacerdotium ministeriale* (6 agosto 1983), III.2: AAS 75 (1983), 1005.

55 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 10.

denado quien «realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo». (56) Por eso se prescribe en el *Misal Romano* que es únicamente el sacerdote quien pronuncia la plegaria eucarística, mientras el pueblo de Dios se asocia a ella con fe y en silencio. (57)

29. La expresión, usada repetidamente por el Concilio Vaticano II, según la cual el sacerdote ordenado «realiza como representante de Cristo el Sacrificio eucarístico», (58) estaba ya bien arraigada en la enseñanza pontificia. (59) Como he tenido ocasión de aclarar en otra ocasión, *in persona Christi* «quiere decir más que “en nombre”, o también, “en vez” de Cristo. In “persona”: es decir, en la identificación específica, sacramental con el “sumo y eterno Sacerdote”, que es el autor y el sujeto principal de su propio sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie». (60) El ministerio de los sacerdotes, en virtud del sacramento del Orden, en la economía de salvación querida por Cristo, manifiesta que la Eucaristía celebrada por ellos *es un don que supera radicalmente la potestad de la asamblea* y es insustituible en cualquier caso para unir válidamente la consagración eucarística al sacrificio de la Cruz y a la Última Cena.

La asamblea que se reúne para celebrar la Eucaristía necesita absolutamente, para que sea realmente asamblea eucarística, un sacerdote ordenado que la presida. Por otra parte, la comunidad no está capacitada para darse por sí sola el ministro ordenado. Éste es un don que *recibe a través de la sucesión episcopal que se remonta a los Apóstoles*. Es el Obispo quien establece un nuevo presbítero, mediante el sacramento del Orden, otorgándole el poder de consagrar la Eucaristía. Pues «el Misterio eucarístico no puede ser celebrado en ninguna comunidad si no es por un sacerdote ordenado, como ha enseñado expresamente el Concilio Lateranense IV. (61)

56 *Ibid.*

57 Cf. *Institutio generalis*: Editio typica tertia, n. 147.

58 Cf. Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 10 y 28; Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, 2.

59 «El ministro del altar actúa en la persona de Cristo en cuanto cabeza, que ofrece en nombre de todos los miembros»: Pío XII, Carta enc. *Mediator Dei* 20 noviembre 1947: AAS 39 (1947), 556; cf. Pío X, Exhort. ap. *Haerent animo* (4 agosto 1908): *Pii X Acta*, IV, 16; Carta enc. *Ad catholici sacerdotii* (20 diciembre 1935): AAS 28 (1936), 20.

60 Carta ap. *Dominicae Cenae*, 24 febrero 1980, 8: AAS 72 (1980), 128-129.

61 Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Sacerdotium ministeriale* (6 agosto 1983), III, 4: AAS 75 (1983), 1006; cf. Conc. Ecum. Lateranense IV, cap. 1. Const. sobre la fe católica *Firmiter credimus*: DS 802.

30. Tanto esta doctrina de la Iglesia católica sobre el ministerio sacerdotal en relación con la Eucaristía, como la referente al Sacrificio eucarístico, han sido objeto en las últimas décadas de un provechoso diálogo *en el ámbito de la actividad ecuménica*. Hemos de dar gracias a la Santísima Trinidad porque, a este respecto, se han obtenido significativos progresos y acercamientos, que nos hacen esperar en un futuro en que se comparta plenamente la fe. Aún sigue siendo del todo válida la observación del Concilio sobre las Comunidades eclesiales surgidas en Occidente desde el siglo XVI en adelante y separadas de la Iglesia católica: «Las Comunidades eclesiales separadas, aunque les falte la unidad plena con nosotros que dimana del bautismo, y aunque creamos que, sobre todo por defecto del sacramento del Orden, no han conservado la sustancia genuina e íntegra del Misterio eucarístico, sin embargo, al conmemorar en la santa Cena la muerte y resurrección del Señor, profesan que en la comunión de Cristo se significa la vida, y esperan su venida gloriosa». (62)

Los fieles católicos, por tanto, aun respetando las convicciones religiosas de estos hermanos separados, deben abstenerse de participar en la comunión distribuida en sus celebraciones, para no avalar una ambigüedad sobre la naturaleza de la Eucaristía y, por consiguiente, faltar al deber de dar un testimonio claro de la verdad. Eso retardaría el camino hacia la plena unidad visible. De manera parecida, no se puede pensar en reemplazar la santa Misa dominical con celebraciones ecuménicas de la Palabra o con encuentros de oración en común con cristianos miembros de dichas Comunidades eclesiales, o bien con la participación en su servicio litúrgico. Estas celebraciones y encuentros, en sí mismos loables en circunstancias oportunas, preparan a la deseada comunión total, incluso eucarística, pero no pueden reemplazarla.

El hecho de que el poder de consagrar la Eucaristía haya sido confiado sólo a los Obispos y a los presbíteros no significa menoscabo alguno para el resto del Pueblo de Dios, puesto que la comunión del único cuerpo de Cristo que es la Iglesia es un don que redundo en beneficio de todos.

31. Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal. Por eso, con ánimo agradecido a Jesucristo, nuestro Señor, reitero que la Eucaristía «es la principal y central razón de ser del sacra-

62 Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 22.

mento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella». (63)

Las actividades pastorales del presbítero son múltiples. Si se piensa además en las condiciones sociales y culturales del mundo actual, es fácil entender lo sometido que está *al peligro de la dispersión* por el gran número de tareas diferentes. El Concilio Vaticano II ha identificado en la caridad pastoral el vínculo que da unidad a su vida y a sus actividades. Ésta –añade el Concilio– «brota, sobre todo, del sacrificio eucarístico que, por eso, es el centro y raíz de toda la vida del presbítero». (64) Se entiende, pues, lo importante que es para la vida espiritual del sacerdote, como para el bien de la Iglesia y del mundo, que ponga en práctica la recomendación conciliar de celebrar cotidianamente la Eucaristía, «la cual, aunque no puedan estar presentes los fieles, es ciertamente una acción de Cristo y de la Iglesia». (65) De este modo, el sacerdote será capaz de sobreponerse cada día a toda tensión dispersiva, encontrando en el Sacrificio eucarístico, verdadero centro de su vida y de su ministerio, la energía espiritual necesaria para afrontar los diversos quehaceres pastorales. Cada jornada será así verdaderamente eucarística.

Del carácter central de la Eucaristía en la vida y en el ministerio de los sacerdotes se deriva también su puesto central en la *pastoral de las vocaciones sacerdotales*. Ante todo, porque la plegaria por las vocaciones encuentra en ella la máxima unión con la oración de Cristo sumo y eterno Sacerdote; pero también porque la diligencia y esmero de los sacerdotes en el ministerio eucarístico, unido a la promoción de la participación consciente, activa y fructuosa de los fieles en la Eucaristía, es un ejemplo eficaz y un incentivo a la respuesta generosa de los jóvenes a la llamada de Dios. Él se sirve a menudo del ejemplo de la caridad pastoral ferviente de un sacerdote para sembrar y desarrollar en el corazón del joven el germen de la llamada al sacerdocio.

32. Toda esto demuestra lo doloroso y fuera de lo normal que resulta la situación de una comunidad cristiana que, aún pudiendo ser, por número y variedad de fieles, una parroquia, carece sin embargo de un sacerdote que la guíe. En efecto, la parroquia es una comunidad de bautizados que expresan y confir-

63 Carta ap. *Dominicae Cena* (24 febrero 1980), 2: AAS 72 (1980), 115.

64 Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros 14.

65 *Ibíd.*, 13; cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 904; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 378.

man su identidad principalmente por la celebración del Sacrificio eucarístico. Pero esto requiere la presencia de un presbítero, el único a quien compete ofrecer la Eucaristía *in persona Christi*. Cuando la comunidad no tiene sacerdote, ciertamente se ha de paliar de alguna manera, con el fin de que continúen las celebraciones dominicales y, así, los religiosos y los laicos que animan la oración de sus hermanos y hermanas ejercen de modo loable el sacerdocio común de todos los fieles, basado en la gracia del Bautismo. Pero dichas soluciones han de ser consideradas únicamente provisionales, mientras la comunidad está a la espera de un sacerdote.

El hecho de que estas celebraciones sean incompletas desde el punto de vista sacramental ha de impulsar ante todo a toda la comunidad a pedir con mayor fervor que el Señor «envíe obreros a su mies» (*Mt* 9, 38); y debe estimularla también a llevar a cabo una adecuada pastoral vocacional, sin ceder a la tentación de buscar soluciones que comporten una reducción de las cualidades morales y formativas requeridas para los candidatos al sacerdocio.

33. Cuando, por escasez de sacerdotes, se confía a fieles no ordenados una participación en el cuidado pastoral de una parroquia, éstos han de tener presente que, como enseña el Concilio Vaticano II, «no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene como raíz y centro la celebración de la sagrada Eucaristía». (66) Por tanto, considerarán como cometido suyo el mantener viva en la comunidad una verdadera «hambre» de la Eucaristía, que lleve a no perder ocasión alguna de tener la celebración de la Misa, incluso aprovechando la presencia ocasional de un sacerdote que no esté impedido por el derecho de la Iglesia para celebrarla.

CAPÍTULO IV

EUCARISTÍA Y COMUNIÓN ECLESIAL

34. En 1985, la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos reconoció en la «eclesiología de comunión» la idea central y fundamental de los documentos del Concilio Vaticano II. (67) La Iglesia, mientras peregrina aquí

66 Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, 6.

67 Cf. Relación final, II. C.1: *L'Osservatore Romano* (10 diciembre 1985), 7.

en la tierra, está llamada a mantener y promover tanto la comunión con Dios trinitario como la comunión entre los fieles. Para ello, cuenta con la Palabra y los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía, de la cual «vive y se desarrolla sin cesar», (68) y en la cual, al mismo tiempo, se expresa a sí misma. No es casualidad que el término *comunión* se haya convertido en uno de los nombres específicos de este sublime Sacramento.

La Eucaristía se manifiesta, pues, como culminación de todos los Sacramentos, en cuanto lleva a perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con el Hijo Unigénito, por obra del Espíritu Santo. Un insigne escritor de la tradición bizantina expresó esta verdad con agudeza de fe: en la Eucaristía, «con preferencia respecto a los otros sacramentos, el misterio [de la comunión] es tan perfecto que conduce a la cúspide de todos los bienes: en ella culmina todo deseo humano, porque aquí llegamos a Dios y Dios se une a nosotros con la unión más perfecta». (69) Precisamente por eso, es conveniente *cultivar en el ánimo el deseo constante del Sacramento eucarístico*. De aquí ha nacido la práctica de la «comunión espiritual», felizmente difundida desde hace siglos en la Iglesia y recomendada por Santos maestros de vida espiritual. Santa Teresa de Jesús escribió: «Cuando [...] no comulgáredes y oyéredes misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho [...], que es mucho lo que se imprime el amor así deste Señor». (70)

35. La celebración de la Eucaristía, no obstante, no puede ser el punto de partida de la comunión, que la presupone previamente, para consolidarla y llevarla a perfección. El Sacramento expresa este vínculo de comunión, sea en la dimensión *invisible* que, en Cristo y por la acción del Espíritu Santo, nos une al Padre y entre nosotros, sea en la dimensión *visible*, que implica la comunión en la doctrina de los Apóstoles, en los Sacramentos y en el orden jerárquico. La íntima relación entre los elementos invisibles y visibles de la comunión eclesial, es constitutiva de la Iglesia como sacramento de salvación. (71) Sólo en este contexto tiene lugar la celebración legítima de la Eucaristía y la verdadera participación en la misma. Por tanto, resulta una exigencia intrínseca a la Eucaristía que se celebre en la comunión y, concretamente, en la integridad de todos sus vínculos.

68 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 26.

69 Nicolás Cabasilas, *La vida en Cristo*, IV, 10: *Sch* 355, 270.

70 *Camino de perfección*, c. 35, 1.

71 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Communio notio* (28 mayo 1992), 4: AAS 85 (1993), 839-840.

36. La comunión invisible, aun siendo por naturaleza un crecimiento, supone la vida de gracia, por medio de la cual se nos hace «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1, 4), así como la práctica de las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad. En efecto, sólo de este modo se obtiene verdadera comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. No basta la fe, sino que es preciso perseverar en la gracia santificante y en la caridad, permaneciendo en el seno de la Iglesia con el «cuerpo» y con el «corazón»; (72) es decir, hace falta, por decirlo con palabras de san Pablo, «la fe que actúa por la caridad» (Ga 5, 6).

La integridad de los vínculos invisibles es un deber moral bien preciso del cristiano que quiera participar plenamente en la Eucaristía comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. El mismo Apóstol llama la atención sobre este deber con la advertencia: «Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa» (1 Co 11, 28). San Juan Crisóstomo, con la fuerza de su elocuencia, exhortaba a los fieles: «También yo alzo la voz, suplico, ruego y exhorto encarecidamente a no sentarse a esta sagrada Mesa con una conciencia manchada y corrompida. Hacer esto, en efecto, nunca jamás podrá llamarse comunión, por más que toquemos mil veces el cuerpo del Señor, sino condena, tormento y mayor castigo». (73)

Precisamente en este sentido, el *Catecismo de la Iglesia Católica* establece: «Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar». (74) Deseo, por tanto, reiterar que está vigente, y lo estará siempre en la Iglesia, la norma con la cual el Concilio de Trento ha concretado la severa exhortación del apóstol Pablo, al afirmar que, para recibir dignamente la Eucaristía, «debe preceder la confesión de los pecados, cuando uno es consciente de pecado mortal». (75)

37. La Eucaristía y la Penitencia son dos sacramentos estrechamente vinculados entre sí. La Eucaristía, al hacer presente el Sacrificio redentor de la Cruz, perpetuándolo sacramentalmente, significa que de ella se deriva una exigencia continua de conversión, de respuesta personal a la exhortación que san

72 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 14.

73 *Homilías sobre Isaías* 6, 3: PG 56, 139.

74 N. 1385; cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 916; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 711.

75 Discurso a la Sacra Penitenciaría Apostólica y a los penitenciarios de las Basílicas Patriarcales romanas (30 enero 1981): AAS 73 (1981), 203. Cf. Conc. Ecum. Tridentino, Ses. XIII, *Decretum de ss. Eucharistia*, cap. 7 et can. 11: DS 1647, 1661.

Pablo dirigía a los cristianos de Corinto: «En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!» (2 Co 5, 20). Así pues, si el cristiano tiene conciencia de un pecado grave está obligado a seguir el itinerario penitencial, mediante el sacramento de la Reconciliación para acercarse a la plena participación en el Sacrificio eucarístico.

El juicio sobre el estado de gracia, obviamente, corresponde solamente al interesado, tratándose de una valoración de conciencia. No obstante, en los casos de un comportamiento externo grave, abierta y establemente contrario a la norma moral, la Iglesia, en su cuidado pastoral por el buen orden comunitario y por respeto al Sacramento, no puede mostrarse indiferente. A esta situación de manifiesta indisposición moral se refiere la norma del Código de Derecho Canónico que no permite la admisión a la comunión eucarística a los que «obstinadamente persistan en un manifiesto pecado grave». (76)

38. La comunión eclesial, como antes he recordado, es también *visible* y se manifiesta en los lazos vinculantes enumerados por el Concilio mismo cuando enseña: «Están plenamente incorporados a la sociedad que es la Iglesia aquellos que, teniendo el Espíritu de Cristo, aceptan íntegramente su constitución y todos los medios de salvación establecidos en ella y están unidos, dentro de su estructura visible, a Cristo, que la rige por medio del Sumo Pontífice y de los Obispos, mediante los lazos de la profesión de fe, de los sacramentos, del gobierno eclesiástico y de la comunión». (77)

La Eucaristía, siendo la suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia, exige que se celebre en *un contexto de integridad de los vínculos, incluso externos, de comunión*. De modo especial, por ser «como la consumación de la vida espiritual y la finalidad de todos los sacramentos», (78) requiere que los lazos de la comunión en los sacramentos sean reales, particularmente en el Bautismo y en el Orden sacerdotal. No se puede dar la comunión a una persona no bautizada o que rechace la verdad íntegra de fe sobre el Misterio eucarístico. Cristo es la verdad y da testimonio de la verdad (cf. Jn 14, 6; 18, 37); el Sacramento de su cuerpo y su sangre no permite ficciones.

39. Además, por el carácter mismo de la comunión eclesial y de la relación que tiene con ella el sacramento de la Eucaristía, se debe recordar que «el

76 Can.915; cf. *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 712.

77 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 14.

78 Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, III, q. 73, a. 3c.

Sacrificio eucarístico, aun celebrándose siempre en una comunidad particular, no es nunca celebración de esa sola comunidad: ésta, en efecto, recibiendo la presencia eucarística del Señor, recibe el don completo de la salvación, y se manifiesta así, a pesar de su permanente particularidad visible, como imagen y verdadera presencia de la Iglesia una, santa, católica y apostólica». (79) De esto se deriva que una comunidad realmente eucarística no puede encerrarse en sí misma, como si fuera autosuficiente, sino que ha de mantenerse en sintonía con todas las demás comunidades católicas.

La comunión eclesial de la asamblea eucarística es comunión con el propio *Obispo* y con el *Romano Pontífice*. En efecto, el Obispo es el principio visible y el fundamento de la unidad en su Iglesia particular. (80) Sería, por tanto, una gran incongruencia que el Sacramento por excelencia de la unidad de la Iglesia fuera celebrado sin una verdadera comunión con el Obispo. San Ignacio de Antioquía escribía: «se considere segura la Eucaristía que se realiza bajo el Obispo o quien él haya encargado». (81) Asimismo, puesto que «el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles», (82) la comunión con él es una exigencia intrínseca de la celebración del Sacrificio eucarístico. De aquí la gran verdad expresada de varios modos en la Liturgia: «Toda celebración de la Eucaristía se realiza en unión no sólo con el propio obispo sino también con el Papa, con el orden episcopal, con todo el clero y con el pueblo entero. Toda válida celebración de la Eucaristía expresa esta comunión universal con Pedro y con la Iglesia entera, o la reclama objetivamente, como en el caso de las Iglesias cristianas separadas de Roma». (83)

40. La Eucaristía *crea comunión y educa a la comunión*. San Pablo escribía a los fieles de Corinto manifestando el gran contraste de sus divisiones en las asambleas eucarísticas con lo que estaban celebrando, la Cena del Señor. Consecuentemente, el Apóstol les invitaba a reflexionar sobre la verdadera realidad de la Eucaristía con el fin de hacerlos volver al espíritu de comunión fraterna (cf. *1 Co* 11, 17-34). San Agustín se hizo eco de esta exigencia de manera

79 Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Communiois notio* (28 mayo 1992), 11: AAS 85 (1993), 844.

80 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 23.

81 Carta a los Esmirniotas, 8: PG 5, 713.

82 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 23.

83 Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Communiois notio* (28 mayo 1992), 14: AAS 85 (1993), 847.

elocuente cuando, al recordar las palabras del Apóstol: «vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte» (1 Co 12, 27), observaba: «Si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros». (84) Y, de esta constatación, concluía: «Cristo el Señor [...] consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la paz, no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí». (85)

41. Esta peculiar eficacia para promover la comunión, propia de la Eucaristía, es uno de los motivos de la importancia de la Misa dominical. Sobre ella y sobre las razones por las que es fundamental para la vida de la Iglesia y de cada uno de los fieles, me he ocupado en la Carta apostólica sobre la santificación del domingo *Dies Domini*, (86) recordando, además, que participar en la Misa es una obligación para los fieles, a menos que no tengan un impedimento grave, lo que impone a los Pastores el correspondiente deber de ofrecer a todos la posibilidad efectiva de cumplir este precepto. (87) Más recientemente, en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, al trazar el camino pastoral de la Iglesia a comienzos del tercer milenio, he querido dar un relieve particular a la Eucaristía dominical, subrayando su eficacia creadora de comunión: Ella –decía– «es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente. Precisamente a través de la participación eucarística, el *día del Señor* se convierte también en el *día de la Iglesia*, que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad». (88)

42. La salvaguardia y promoción de la comunión eclesial es una tarea de todos los fieles, que encuentran en la Eucaristía, como sacramento de la unidad de la Iglesia, un campo de especial aplicación. Más en concreto, este cometido atañe con particular responsabilidad a los Pastores de la Iglesia, cada uno en el propio grado y según el propio oficio eclesiástico. Por tanto, la Iglesia ha dado normas que se orientan a favorecer la participación frecuente y fructuosa de los fieles en la Mesa eucarística y, al mismo tiempo, a determinar las condiciones objetivas en las que no debe administrar la comunión. El esmero en procurar

84 *Sermón* 272: PL 38, 1247.

85 *Ibíd.*, 1248.

86 Cf. nn. 31-51: AAS 90 (1998), 731-746.

87 Cf. *ibíd.*, nn. 48-49: AAS 90 (1998), 744.

88 N. 36: AAS 93 (2001), 291-292.

una fiel observancia de dichas normas se convierte en expresión efectiva de amor hacia la Eucaristía y hacia la Iglesia.

43. Al considerar la Eucaristía como Sacramento de la comunión eclesial, hay un argumento que, por su importancia, no puede omitirse: me refiero a su *relación con el compromiso ecuménico*. Todos nosotros hemos de agradecer a la Santísima Trinidad que, en estas últimas décadas, muchos fieles en todas las partes del mundo se hayan sentido atraídos por el deseo ardiente de la unidad entre todos los cristianos. El Concilio Vaticano II, al comienzo del Decreto sobre el ecumenismo, reconoce en ello un don especial de Dios. (89) Ha sido una gracia eficaz, que ha hecho emprender el camino del ecumenismo tanto a los hijos de la Iglesia católica como a nuestros hermanos de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales.

La aspiración a la meta de la unidad nos impulsa a dirigir la mirada a la Eucaristía, que es el supremo Sacramento de la unidad del Pueblo de Dios, al ser su expresión apropiada y su fuente insuperable. (90) En la celebración del Sacrificio eucarístico la Iglesia eleva su plegaria a Dios, Padre de misericordia, para que conceda a sus hijos la plenitud del Espíritu Santo, de modo que lleguen a ser en Cristo un sólo un cuerpo y un sólo espíritu. (91) Presentando esta súplica al Padre de la luz, de quien proviene «toda dádiva buena y todo don perfecto» (St 1, 17), la Iglesia cree en su eficacia, pues ora en unión con Cristo, su cabeza y esposo, que hace suya la súplica de la esposa uniéndola a la de su sacrificio redentor.

44. Precisamente porque la unidad de la Iglesia, que la Eucaristía realiza mediante el sacrificio y la comunión en el cuerpo y la sangre del Señor, exige inderogablemente la completa comunión en los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos y del gobierno eclesiástico, no es posible concelebrar la misma liturgia eucarística hasta que no se restablezca la integridad de dichos vínculos. Una concelebración sin estas condiciones no sería un medio válido, y podría revelarse más bien *un obstáculo a la consecución de la plena comunión*, encubriendo el sentido de la distancia que queda hasta llegar a la meta e introduciendo o respaldando ambigüedades sobre una u otra verdad de fe. El camino

89 Cf. Decr. *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 1.

90 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 11.

91 «Haz que nosotros, que participamos al único pan y al único cáliz, estemos unidos con los otros en la comunión del único Espíritu Santo»: *Anáfora de la Liturgia de san Basilio*.

hacia la plena unidad no puede hacerse si no es en la verdad. En este punto, la prohibición contenida en la ley de la Iglesia no deja espacio a incertidumbres,(92) en obediencia a la norma moral proclamada por el Concilio Vaticano II. (93)

De todos modos, quisiera reiterar lo que añadía en la Carta encíclica *Ut unum sint*, tras haber afirmado la imposibilidad de compartir la Eucaristía: «Sin embargo, tenemos el ardiente deseo de celebrar juntos la única Eucaristía del Señor, y este deseo es ya una alabanza común, una misma imploración. Juntos nos dirigimos al Padre y lo hacemos cada vez más “con un mismo corazón”».(94)

45. Si en ningún caso es legítima la concelebración si falta la plena comunión, no ocurre lo mismo con respecto a la administración de la Eucaristía, *en circunstancias especiales, a personas* pertenecientes a Iglesias o a Comunidades eclesiales que no están en plena comunión con la Iglesia católica. En efecto, en este caso el objetivo es satisfacer una grave necesidad espiritual para la salvación eterna de los fieles, singularmente considerados, pero no realizar una *intercomunió*n, que no es posible mientras no se hayan restablecido del todo los vínculos visibles de la comunión eclesial.

En este sentido se orientó el Concilio Vaticano II, fijando el comportamiento que se ha de tener con los Orientales que, encontrándose de buena fe separados de la Iglesia católica, están bien dispuestos y piden espontáneamente recibir la eucaristía del ministro católico. (95) Este modo de actuar ha sido ratificado después por ambos Códigos, en los que también se contempla, con las oportunas adaptaciones, el caso de los otros cristianos no orientales que no están en plena comunión con la Iglesia católica. (96)

46. En la Encíclica *Ut unum sint*, yo mismo he manifestado aprecio por esta normativa, que permite atender a la salvación de las almas con el discer-

92 Cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 908; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 702; Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, *Directorio para el ecumenismo* (25 marzo 1993), 122-125, 129-131: AAS 85 (1993), 1086-1089; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Ad exsequendam* (18 mayo 2001): AAS 93 (2001), 786.

93 «La comunicación en las cosas sagradas que daña a la unidad de la Iglesia o lleva consigo adhesión formal al error o peligro de desviación en la fe, de escándalo o indiferentismo, está prohibido por la ley divina»: Decr. *Orientalium Ecclesiarum*, sobre las Iglesias orientales católicas, 26.

94 N. 45: AAS 87 (1995), 948.

95 Cf. Decr. *Orientalium Ecclesiarum*, sobre las Iglesias orientales católicas, 27.

96 Cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 844 §§ 3-4; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 671 §§ 3-4.

nimiento oportuno: «Es motivo de alegría recordar que los ministros católicos pueden, en determinados casos particulares, administrar los sacramentos de la Eucaristía, de la Penitencia, de la Unción de enfermos a otros cristianos que no están en comunión plena con la Iglesia católica, pero que desean vivamente recibirlos, los piden libremente, y manifiestan la fe que la Iglesia católica confiesa en estos Sacramentos. Recíprocamente, en determinados casos y por circunstancias particulares, también los católicos pueden solicitar los mismos Sacramentos a los ministros de aquellas Iglesias en que sean válidos». (97)

Es necesario fijarse bien en estas condiciones, que son inderogables, aún tratándose de casos particulares y determinados, puesto que el rechazo de una o más verdades de fe sobre estos sacramentos y, entre ellas, lo referente a la necesidad del sacerdocio ministerial para que sean válidos, hace que el solicitante no esté debidamente dispuesto para que le sean legítimamente administrados. Y también a la inversa, un fiel católico no puede comulgar en una comunidad que carece del válido sacramento del Orden. (98)

La fiel observancia del conjunto de las normas establecidas en esta materia(99) es manifestación y, al mismo tiempo, garantía de amor, sea a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, sea a los hermanos de otra confesión cristiana, a los que se les debe el testimonio de la verdad, como también a la causa misma de la promoción de la unidad.

CAPÍTULO V

DECORO DE LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

47. Quien lee el relato de la institución eucarística en los Evangelios sinópticos queda impresionado por la sencillez y, al mismo tiempo, la «gravidad», con la cual Jesús, la tarde de la Última Cena, instituye el gran Sacramento. Hay un episodio que, en cierto sentido, hace de preludio: la *unción de Betania*. Una mujer, que Juan identifica con María, hermana de Lázaro, derrama sobre la cabeza de Jesús un frasco de *perfume precioso*, provocando en los discípulos

97 N. 46: AAS 87 (1995), 948.

98 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 22.

99 Cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 844; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 671.

—en particular en Judas (cf. *Mt* 26, 8; *Mc* 14, 4; *Jn* 12, 4)— una reacción de protesta, como si este gesto fuera un «derroche» intolerable, considerando las exigencias de los pobres. Pero la valoración de Jesús es muy diferente. Sin quitar nada al deber de la caridad hacia los necesitados, a los que se han de dedicar siempre los discípulos —«pobres tendréis siempre con vosotros» (*Mt* 26, 11; *Mc* 14, 7; cf. *Jn* 12, 8)—, Él se fija en el acontecimiento inminente de su muerte y sepultura, y aprecia la unción que se le hace como anticipación del honor que su cuerpo merece también después de la muerte, por estar indisolublemente unido al misterio de su persona.

En los Evangelios sinópticos, el relato continúa con el encargo que Jesús da a los discípulos de *preparar cuidadosamente la «sala grande»*, necesaria para celebrar la cena pascual (cf. *Mc* 14, 15; *Lc* 22, 12), y con la narración de la institución de la Eucaristía. Dejando entrever, al menos en parte, el esquema de los *ritos hebreos* de la cena pascual hasta el canto del Hallel (cf. *Mt* 26, 30; *Mc* 14, 26), el relato, aún con las variantes de las diversas tradiciones, muestra de manera tan concisa como solemne las palabras pronunciadas por Cristo sobre el pan y sobre el vino, asumidos por Él como expresión concreta de su cuerpo entregado y su sangre derramada. Todos estos detalles son recordados por los evangelistas a la luz de una praxis de la «fracción del pan» bien consolidada ya en la Iglesia primitiva. Pero el acontecimiento del Jueves Santo, desde la historia misma que Jesús vivió, deja ver los rasgos de una «sensibilidad» litúrgica, articulada sobre la tradición veterotestamentaria y preparada para remodelarse en la celebración cristiana, en sintonía con el nuevo contenido de la Pascua.

48. Como la mujer de la unción en Betania, *la Iglesia no ha tenido miedo de «derrochar»*, dedicando sus mejores recursos para expresar su reverente asombro *ante el don inconmensurable de la Eucaristía*. No menos que aquellos primeros discípulos encargados de preparar la «sala grande», la Iglesia se ha sentido impulsada a lo largo de los siglos y en las diversas culturas a celebrar la Eucaristía en un contexto digno de tan gran Misterio. *La liturgia cristiana* ha nacido en continuidad con las palabras y gestos de Jesús y desarrollando la herencia ritual del judaísmo. Y, en efecto, nada será bastante para expresar de modo adecuado la acogida del don de sí mismo que el Esposo divino hace continuamente a la Iglesia Esposa, poniendo al alcance de todas las generaciones de creyentes el Sacrificio ofrecido una vez por todas sobre la Cruz, y haciéndose alimento para todos los fieles. Aunque la lógica del «convite» inspire familiaridad, la Iglesia no ha cedido nunca a la tentación de banalizar esta

«cordialidad» con su Esposo, olvidando que Él es también su Dios y que el «banquete» sigue siendo siempre, después de todo, un banquete sacrificial, marcado por la sangre derramada en el Gólgota. *El banquete eucarístico es verdaderamente un banquete «sagrado»*, en el que la sencillez de los signos contiene el abismo de la santidad de Dios: «*O Sacrum convivium, in quo Christus sumitur!*» El pan que se parte en nuestros altares, ofrecido a nuestra condición de peregrinos en camino por las sendas del mundo, es «*panis angelorum*», pan de los ángeles, al cual no es posible acercarse si no es con la humildad del centurión del Evangelio: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo» (*Mt 8, 8; Lc 7, 6*).

49. En el contexto de este elevado sentido del misterio, se entiende cómo la fe de la Iglesia en el Misterio eucarístico se haya expresado en la historia no sólo mediante la exigencia de una actitud interior de devoción, sino también *a través de una serie de expresiones externas*, orientadas a evocar y subrayar la magnitud del acontecimiento que se celebra. De aquí nace el proceso que ha llevado progresivamente a establecer *una especial reglamentación de la liturgia eucarística*, en el respeto de las diversas tradiciones eclesiales legítimamente constituidas. También sobre esta base se ha ido creando un rico patrimonio de arte. La arquitectura, la escultura, la pintura, la música, dejándose guiar por el misterio cristiano, han encontrado en la Eucaristía, directa o indirectamente, un motivo de gran inspiración.

Así ha ocurrido, por ejemplo, con la arquitectura, que, de las primeras sedes eucarísticas en las «*domus*» de las familias cristianas, ha dado paso, en cuanto el contexto histórico lo ha permitido, a las solemnes *basílicas* de los primeros siglos, a las imponentes *catedrales* de la Edad Media, hasta las *iglesias*, pequeñas o grandes, que han constelado poco a poco las tierras donde ha llegado el cristianismo. Las formas de los altares y tabernáculos se han desarrollado dentro de los espacios de las sedes litúrgicas siguiendo en cada caso, no sólo motivos de inspiración estética, sino también las exigencias de una apropiada comprensión del Misterio. Igualmente se puede decir de la *música sacra*, y basta pensar para ello en las inspiradas melodías gregorianas y en los numerosos, y a menudo insignes, autores que se han afirmado con los textos litúrgicos de la Santa Misa. Y, ¿acaso no se observa una enorme cantidad de *producciones artísticas*, desde el fruto de una buena artesanía hasta verdaderas obras de arte, en el sector de los objetos y ornamentos utilizados para la celebración eucarística?

Se puede decir así que la Eucaristía, a la vez que ha plasmado la Iglesia y la espiritualidad, ha tenido una fuerte incidencia en la «cultura», especialmente en el ámbito estético.

50. En este esfuerzo de adoración del Misterio, desde el punto de vista ritual y estético, los cristianos de Occidente y de Oriente, en cierto sentido, se han hecho mutuamente la «competencia». ¿Cómo no dar gracias al Señor, en particular, por la contribución que al arte cristiano han dado las grandes obras arquitectónicas y pictóricas de la tradición greco-bizantina y de todo el ámbito geográfico y cultural eslavo? En Oriente, el arte sagrado ha conservado un sentido especialmente intenso del misterio, impulsando a los artistas a concebir su afán de producir belleza, no sólo como manifestación de su propio genio, sino también como *auténtico servicio a la fe*. Yendo mucho más allá de la mera habilidad técnica, han sabido abrirse con docilidad al soplo del Espíritu de Dios.

El esplendor de la arquitectura y de los mosaicos en el Oriente y Occidente cristianos son un patrimonio universal de los creyentes, y llevan en sí mismos una esperanza y una prenda, diría, de la deseada plenitud de comunión en la fe y en la celebración. Eso supone y exige, como en la célebre pintura de la Trinidad de Rublëv, *una Iglesia profundamente «eucarística»* en la cual, la acción de compartir el misterio de Cristo en el pan partido está como inmersa en la inefable unidad de las tres Personas divinas, haciendo de la Iglesia misma un «icono» de la Trinidad.

En esta perspectiva de un arte orientado a expresar en todos sus elementos el sentido de la Eucaristía según la enseñanza de la Iglesia, es preciso prestar suma atención a las normas que regulan *la construcción y decoración de los edificios sagrados*. La Iglesia ha dejado siempre a los artistas un amplio margen creativo, como demuestra la historia y yo mismo he subrayado en la *Carta a los artistas*.⁽¹⁰⁰⁾ Pero el arte sagrado ha de distinguirse por su capacidad de expresar adecuadamente el Misterio, tomado en la plenitud de la fe de la Iglesia y según las indicaciones pastorales oportunamente expresadas por la autoridad competente. Ésta es una consideración que vale tanto para las artes figurativas como para la música sacra.

100 Cf. AAS 91 (1999), 1155-1172.

51. A propósito del arte sagrado y la disciplina litúrgica, lo que se ha producido en tierras de antigua cristianización está ocurriendo también *en los continentes donde el cristianismo es más joven*. Este fenómeno ha sido objeto de atención por parte del Concilio Vaticano II al tratar sobre la exigencia de una sana y, al mismo tiempo, obligada «inculturación». En mis numerosos viajes pastorales he tenido oportunidad de observar en todas las partes del mundo cuánta vitalidad puede despertar la celebración eucarística en contacto con las formas, los estilos y las sensibilidades de las diversas culturas. Adaptándose a las mudables condiciones de tiempo y espacio, la Eucaristía ofrece alimento, no solamente a las personas, sino a los pueblos mismos, plasmando culturas cristianamente inspiradas.

No obstante, es necesario que este importante trabajo de adaptación se lleve a cabo siendo conscientes siempre del inefable Misterio, con el cual cada generación está llamada confrontarse. El «tesoro» es demasiado grande y precioso como para arriesgarse a que se empobrezca o hipoteque por experimentos o prácticas llevadas a cabo sin una atenta comprobación por parte de las autoridades eclesíásticas competentes. Además, la centralidad del Misterio eucarístico es de una magnitud tal que requiere una verificación realizada en estrecha relación con la Santa Sede. Como escribí en la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Asia*, «esa colaboración es esencial, porque la sagrada liturgia expresa y celebra la única fe profesada por todos y, dado que constituye la herencia de toda la Iglesia, no puede ser determinada por las Iglesias locales aisladas de la Iglesia universal». (101)

52. De todo lo dicho se comprende la gran responsabilidad que en la celebración eucarística tienen principalmente los sacerdotes, a quienes compete presidirla *in persona Christi*, dando un testimonio y un servicio de comunión, no sólo a la comunidad que participa directamente en la celebración, sino también a la Iglesia universal, a la cual la Eucaristía hace siempre referencia. Por desgracia, es de lamentar que, sobre todo a partir de los años de la reforma litúrgica postconciliar, por un malentendido sentido de creatividad y de adaptación, *no hayan faltado abusos*, que para muchos han sido causa de malestar. Una cierta reacción al «formalismo» ha llevado a algunos, especialmente en ciertas regiones, a considerar como no obligatorias las «formas» adoptadas por la gran tradición litúrgica de la Iglesia y su Magis-

101 N. 22: AAS 92 (2000), 485.

terio, y a introducir innovaciones no autorizadas y con frecuencia del todo inconvenientes.

Por tanto, siento el deber de hacer una acuciante llamada de atención para que se observen con gran fidelidad las normas litúrgicas en la celebración eucarística. Son una expresión concreta de la auténtica eclesialidad de la Eucaristía; éste es su sentido más profundo. La liturgia nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en que se celebran los Misterios. El apóstol Pablo tuvo que dirigir duras palabras a la comunidad de Corinto a causa de faltas graves en su celebración eucarística, que llevaron a divisiones (*skísmata*) y a la formación de facciones (*airéseis*) (cf. *1 Co* 11, 17-34). También en nuestros tiempos, la obediencia a las normas litúrgicas debería ser redescubierta y valorada como reflejo y testimonio de la Iglesia una y universal, que se hace presente en cada celebración de la Eucaristía. El sacerdote que celebra fielmente la Misa según las normas litúrgicas y la comunidad que se adecúa a ellas, demuestran de manera silenciosa pero elocuente su amor por la Iglesia. Precisamente para reforzar este sentido profundo de las normas litúrgicas, he solicitado a los Dicasterios competentes de la Curia Romana que preparen un documento más específico, incluso con rasgos de carácter jurídico, sobre este tema de gran importancia. A nadie le está permitido infravalorar el Misterio confiado a nuestras manos: éste es demasiado grande para que alguien pueda permitirse tratarlo a su arbitrio personal, lo que no respetaría ni su carácter sagrado ni su dimensión universal.

CAPÍTULO VI

EN LA ESCUELA DE MARÍA, MUJER «EUCARÍSTICA»

53. Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia. En la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, presentando a la Santísima Virgen como Maestra en la contemplación del rostro de Cristo, he incluido entre los misterios de la luz también la *institución de la Eucaristía*. (102) Efectivamente, María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él.

102 Cf. n. 21: AAS 95 (2003), 20.

A primera vista, el Evangelio no habla de este tema. En el relato de la institución, la tarde del Jueves Santo, no se menciona a María. Se sabe, sin embargo, que estaba junto con los Apóstoles, «concordes en la oración» (cf. *Hch* 1, 14), en la primera comunidad reunida después de la Ascensión en espera de Pentecostés. Esta presencia suya no pudo faltar ciertamente en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana, asiduos «en la fracción del pan» (*Hch* 2, 42).

Pero, más allá de su participación en el Banquete eucarístico, la relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de su actitud interior. *María es mujer «eucarística» con toda su vida*. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio.

54. *Mysterium fidei!* Puesto que la Eucaristía es misterio de fe, que supera de tal manera nuestro entendimiento que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta. Repetir el gesto de Cristo en la Última Cena, en cumplimiento de su mandato: «¡Haced esto en conmemoración mía!», se convierte al mismo tiempo en aceptación de la invitación de María a obedecerle sin titubeos: «Haced lo que él os diga» (*Jn* 2, 5). Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María parece decirnos: «no dudéis, fiaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así “pan de vida”».

55. En cierto sentido, María ha practicado su *fe eucarística* antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de *haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios*. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor.

Hay, pues, una *analogía profunda* entre el *fiat* pronunciado por María a las palabras del Ángel y el *amén* que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor. A María se le pidió creer que quien concibió «por obra del Espíri-

tu Santo» era el «Hijo de Dios» (cf. *Lc* 1, 30.35). En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino.

«Feliz la que ha creído» (*Lc* 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en «tabernáculo» —el primer «tabernáculo» de la historia— donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como «irradiando» su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?

56. María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la *dimensión sacrificial de la Eucaristía*. Cuando llevó al niño Jesús al templo de Jerusalén «para presentarle al Señor» (*Lc* 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería «señal de contradicción» y también que una «espada» traspasaría su propia alma (cf. *Lc* 2, 34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el «*stabat Mater*» de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de «Eucaristía anticipada» se podría decir, una «comunión espiritual» de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como «memorial» de la pasión.

¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: «Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros» (*Lc* 22, 19)? Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¿era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz.

57. «Haced esto en recuerdo mío» (*Lc* 22, 19). En el «memorial» del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muer-

te. Por tanto, no falta *lo que Cristo ha realizado también con su Madre* para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: «¡He aquí a tu hijo!»¹. Igualmente dice también a todos nosotros: «¡He aquí a tu madre!» (cf. *Jn* 19, 26.27).

Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en el celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente.

58. En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar releando el *Magnificat en perspectiva eucarística*. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama «mi alma engrandece al Señor, mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador», lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre «por» Jesús, pero también lo alaba «en» Jesús y «con» Jesús. Esto es precisamente la verdadera «actitud eucarística».

Al mismo tiempo, María rememora las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación, según la promesa hecha a nuestros padres (cf. *Lc* 1, 55), anunciando la que supera a todas ellas, la encarnación redentora. En el *Magnificat*, en fin, está presente la tensión escatológica de la Eucaristía. Cada vez que el Hijo de Dios se presenta bajo la «pobreza» de las especies sacramentales, pan y vino, se pone en el mundo el germen de la nueva historia, en la que se «derriba del trono a los poderosos» y se «enaltece a los humildes» (cf. *Lc* 1, 52). María canta el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» que se anticipan en la Eucaristía y, en cierto sentido, deja entrever su ‘diseño’ programático. Puesto que el *Magnificat* expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un *magnificat*!

CONCLUSIÓN

59. «*Ave, verum corpus natum de Maria Virgine!*». Hace pocos años he celebrado el cincuentenario de mi sacerdocio. Hoy experimento la gracia de ofrecer a la Iglesia esta Encíclica sobre la Eucaristía, en el Jueves Santo de *mi vigésimo quinto año de ministerio petrino*. Lo hago con el corazón henchido de gratitud. Desde hace más de medio siglo, cada día, a partir de aquel 2 de noviembre de 1946 en que celebré mi primera Misa en la cripta de San Leonardo de la catedral del Wawel en Cracovia, mis ojos se han fijado en la hostia y el cáliz en los que, en cierto modo, el tiempo y el espacio se han «concentrado» y se ha representado de manera viviente el drama del Gólgota, desvelando su misteriosa «contemporaneidad». Cada día, mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino Caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza (cf. *Lc* 24, 3.35).

Dejadme, mis queridos hermanos y hermanas que, con íntima emoción, en vuestra compañía y para confortar vuestra fe, os dé testimonio de fe en la Santísima Eucaristía. «*Ave, verum corpus natum de Maria Virgine, / vere passum, immolatum, in cruce pro homine!*». Aquí está el tesoro de la Iglesia, el corazón del mundo, la prenda del fin al que todo hombre, aunque sea inconscientemente, aspira. Misterio grande, que ciertamente nos supera y pone a dura prueba la capacidad de nuestra mente de ir más allá de las apariencias. Aquí fallan nuestros sentidos —«*visus, tactus, gustus in te fallitur*», se dice en el himno *Adoro te devote*—, pero nos basta sólo la fe, enraizada en las palabras de Cristo y que los Apóstoles nos han transmitido. Dejadme que, como Pedro al final del discurso eucarístico en el Evangelio de Juan, yo le repita a Cristo, en nombre de toda la Iglesia y en nombre de todos vosotros: «Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 68).

60. En el alba de este tercer milenio todos nosotros, hijos de la Iglesia, estamos llamados a caminar en la vida cristiana con un renovado impulso. Como he escrito en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, no se trata de «inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste».(103) La

103 N. 29: AAS 93 (2001), 285.

realización de este programa de un nuevo vigor de la vida cristiana pasa por la Eucaristía.

Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen. En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia?

61. El Misterio eucarístico –sacrificio, presencia, banquete –*no consiente reducciones ni instrumentalizaciones*; debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en la comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Misa. Entonces es cuando se construye firmemente la Iglesia y se expresa realmente lo que es: una, santa, católica y apostólica; pueblo, templo y familia de Dios; cuerpo y esposa de Cristo, animada por el Espíritu Santo; sacramento universal de salvación y comunión jerárquicamente estructurada.

La vía que la Iglesia recorre en estos primeros años del tercer milenio es también la de *un renovado compromiso ecuménico*. Los últimos decenios del segundo milenio, culminados en el Gran Jubileo, nos han llevado en esa dirección, llamando a todos los bautizados a corresponder a la oración de Jesús «*ut unum sint*» (Jn 17, 11). Es un camino largo, plagado de obstáculos que superan la capacidad humana; pero tenemos la Eucaristía y, ante ella, podemos sentir en lo profundo del corazón, como dirigidas a nosotros, las mismas palabras que oyó el profeta Elías: «Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti» (1 Re 19, 7). El tesoro eucarístico que el Señor ha puesto a nuestra disposición nos alienta hacia la meta de compartirlo plenamente con todos los hermanos con quienes nos une el mismo Bautismo. Sin embargo, para no desperdiciar dicho tesoro se han de respetar las exigencias que se derivan de ser Sacramento de comunión en la fe y en la sucesión apostólica.

Al dar a la Eucaristía todo el relieve que merece, y poniendo todo esmero en no infravalorar ninguna de sus dimensiones o exigencias, somos realmente conscientes de la magnitud de este don. A ello nos invita una tradición incesante que, desde los primeros siglos, ha sido testigo de una comunidad cristiana

celosa en custodiar este «tesoro». Impulsada por el amor, la Iglesia se preocupa de transmitir a las siguientes generaciones cristianas, sin perder ni un solo detalle, la fe y la doctrina sobre el Misterio eucarístico. No hay peligro de exagerar en la consideración de este Misterio, porque «en este Sacramento se resume todo el misterio de nuestra salvación».(104)

62. Sigamos, queridos hermanos y hermanas, *la enseñanza de los Santos*, grandes intérpretes de la verdadera piedad eucarística. Con ellos la teología de la Eucaristía adquiere todo el esplendor de la experiencia vivida, nos «contagia» y, por así decir, nos «enciende». Pongámonos, sobre todo, *a la escucha de María Santísima*, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como *misterio de luz*. Mirándola a ella conocemos la *fuerza transformadora que tiene la Eucaristía*. En ella vemos el mundo renovado por el amor. Al contemplarla asunta al cielo en alma y cuerpo vemos un resquicio del «cielo nuevo» y de la «tierra nueva» que se abrirán ante nuestros ojos con la segunda venida de Cristo. La Eucaristía es ya aquí, en la tierra, su prenda y, en cierto modo, su anticipación: «*Veni, Domine Iesu!*»(Ap 22, 20).

En el humilde signo del pan y el vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos. Si ante este Misterio la razón experimenta sus propios límites, el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites.

Hagamos nuestros los sentimientos de santo Tomás de Aquino, teólogo eximio y, al mismo tiempo, cantor apasionado de Cristo eucarístico, y dejemos que nuestro ánimo se abra también en esperanza a la contemplación de la meta, a la cual aspira el corazón, sediento como está de alegría y de paz:

«*Bone pastor, panis vere,
Iesu, nostri miserere...*».

“*Buen pastor, pan verdadero,
o Jesús, piedad de nosotros:
nútrenos y defiéndenos,*

104 Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, III, q. 83, a. 4 c.

*llévanos a los bienes eternos
en la tierra de los vivos.*

*Tú que todo lo sabes y puedes,
que nos alimentas en la tierra,
conduce a tus hermanos
a la mesa del cielo
a la alegría de tus santos”.*

Roma, junto a San Pedro, 17 de abril, Jueves Santo, del año 2003, vigésimo quinto de mi Pontificado y Año del Rosario.

IOANNES PAULUS II

MENSAJE PARA LA XVIII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

"Ahí tienes a tu madre" (Jn 19,27)

¡Queridos jóvenes!

1. Es para mí motivo de renovada alegría poder dirigiros de nuevo un Mensaje especial con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, para testimoniarnos el afecto que os tengo. Conservo en la memoria, como un recuerdo luminoso, las impresiones suscitadas en mí durante nuestros encuentros en las Jornadas Mundiales: los jóvenes y el Papa juntos, con un gran número de Obispos y sacerdotes, miran a Cristo, luz del mundo, lo invocan y lo anuncian a toda la familia humana. Mientras doy gracias a Dios por el testimonio de fe que habéis dado recientemente en Toronto, os renuevo la invitación que pronuncié a orillas del lago Ontario: «¡La Iglesia os mira con confianza, y espera que seáis el pueblo de las bienaventuranzas!» (*Exhibition Place*, 25 de julio 2002).

Para la XVIII Jornada Mundial de la Juventud que celebraréis en las diversas diócesis del mundo, he escogido un tema en relación con el Año del Rosario: “¡Ahí tienes a tu Madre!” (*Jn 19,27*). Antes de morir, Jesús entrega al apóstol Juan lo más precioso que tiene: su Madre, María. Son las últimas pala-

bras del Redentor, que por ello adquieren un carácter solemne y constituyen como su testamento espiritual.

2. Las palabras del ángel Gabriel en Nazaret: “Alégrate, llena de gracia” (*Lc 1,28*) iluminan también la escena del Calvario. La Anunciación marca el inicio, la Cruz señala el cumplimiento. En la Anunciación, María dona en su seno la naturaleza humana al Hijo de Dios; al pie de la Cruz, en Juan, acoge en su corazón la humanidad entera. Madre de Dios desde el primer instante de la Encarnación, Ella se convierte en Madre de los hombres en los últimos instantes de la vida de su Hijo Jesús. Ella, que está libre de pecado, “conoce” en el Calvario en su propio ser el sufrimiento del pecado, que su Hijo carga sobre sí para salvar a la humanidad. Al pie de la Cruz en la que está muriendo Aquél que ha concebido con el “sí” de la Anunciación, María recibe de Él como una “segunda anunciación”: «¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!» (*Jn 19,26*).

En la Cruz, el Hijo puede derramar su sufrimiento en el corazón de la Madre. Todo hijo que sufre siente esta necesidad. También vosotros, queridos jóvenes, os enfrentáis al sufrimiento: la soledad, los fracasos y las desilusiones en vuestra vida personal; las dificultades para adaptarse al mundo de los adultos y a la vida profesional; las separaciones y los lutos en vuestras familias; la violencia de las guerras y la muerte de los inocentes. Pero sabed que en los momentos difíciles, que no faltan en la vida de cada uno, no estáis solos: como a Juan al pie de la Cruz, Jesús os entrega también a vosotros su Madre, para que os conforte con su ternura.

3. El Evangelio dice después que «desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (*Jn 19,27*). Esta expresión, tan comentada desde los inicios de la Iglesia, no sólo designa el lugar en el que habitaba Juan. Más que el aspecto material, evoca la dimensión espiritual de esta acogida, de la nueva relación instaurada entre María y Juan.

Vosotros, queridos jóvenes, tenéis más o menos la misma edad que Juan y el mismo deseo de estar con Jesús. Es Cristo quien hoy os pide expresamente que os llevéis a María “a vuestra casa”, que la acojáis “entre vuestros bienes” para aprender de Ella, que «conservaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (*Lc 2,19*), la disposición interior para la escucha y la actitud de humildad y de generosidad que la distinguieron como la primera colaboradora de

Dios en la obra de la salvación. Es Ella la que, mediante su ministerio materno, os educa y os modela hasta que Cristo esté formado plenamente en vosotros (cfr *Rosarium Virginis Mariae* , 15).

4. Por esto repito también hoy el lema de mi servicio episcopal y pontificio: «*Totus tuus*». He experimentado constantemente en mi vida la presencia amorosa y eficaz de la Madre del Señor; María me acompaña cada día en el cumplimiento de la misión de Sucesor de Pedro.

María es Madre de la divina gracia, porque es Madre del Autor de la gracia. ¡Entregaos a Ella con plena confianza! Resplandeceréis con la belleza de Cristo. Abiertos al soplo del Espíritu, os convertiréis en apóstoles intrépidos, capaces de difundir a vuestro alrededor el fuego de la caridad y la luz de la verdad. En la escuela de María, descubriréis el compromiso concreto que Cristo espera de vosotros, aprenderéis a darle el primer lugar de vuestra vida, a orientar hacia Él vuestros pensamientos y vuestras acciones.

Queridos jóvenes, ya lo sabéis: el cristianismo no es una opinión y no consiste en palabras vanas. ¡El cristianismo es Cristo! ¡Es una Persona, es el Viviente! Encontrar a Jesús, amarlo y hacerlo amar: he aquí la vocación cristiana. María os es entregada para ayudaros a entrar en una relación más auténtica, más personal con Jesús. Con su ejemplo, María os enseña a posar una mirada de amor sobre aquel que nos ha amado primero. Por su intercesión, María plasma en vosotros un corazón de discípulos capaces de ponerse a la escucha del Hijo, que revela el auténtico rostro del Padre y la verdadera dignidad del hombre.

5. El 16 de octubre de 2002 he proclamado el “Año del Rosario” y he invitado a todos los hijos de la Iglesia a hacer de esta antigua oración mariana un ejercicio sencillo y profundo de contemplación del rostro de Cristo. Recitar el Rosario significa de hecho aprender a contemplar a Jesús con los ojos de su Madre, amar a Jesús con el corazón de su Madre. Hoy os entrego idealmente, también a vosotros, queridos jóvenes, el Rosario. ¡A través de la oración y la meditación de los misterios, María os guía con seguridad hacia su Hijo! No os avergoncéis de rezar el Rosario a solas, mientras vais al colegio, a la universidad o al trabajo, por la calle y en los medios de transporte público; habituaos a rezarlo entre vosotros, en vuestros grupos, movimientos y asociaciones; no dudéis en proponer su rezo en casa, a vuestros padres y a vuestros hermanos,

porque el Rosario renueva y consolida los lazos entre los miembros de la familia. Esta oración os ayudará a ser fuertes en la fe, constantes en la caridad, alegres y perseverantes en la esperanza.

Con María, la sierva del Señor, descubriréis la alegría y la fecundidad de la vida oculta. Con Ella, la discípula del Maestro, seguiréis a Jesús por las calles de Palestina, convirtiéndoos en testigos de su predicación y de sus milagros. Con Ella, Madre dolorosa, acompañaréis a Jesús en su pasión y muerte. Con Ella, Virgen de la esperanza, acogeréis el anuncio gozoso de la Pascua y el don inestimable del Espíritu Santo.

6. Queridos jóvenes, sólo Jesús conoce vuestro corazón, vuestros deseos más profundos. Sólo Él, que os ha amado hasta la muerte, (cfr *Jn* 13,1), es capaz de colmar vuestras aspiraciones. Sus palabras son palabras de vida eterna, palabras que dan sentido a la vida. Nadie fuera de Cristo podrá daros la verdadera felicidad. Siguiendo el ejemplo de María, sabed decirle a Cristo vuestro “sí” incondicional. Que no haya en vuestra existencia lugar para el egoísmo y la pereza. Ahora más que nunca es urgente que seáis los “centinelas de la mañana”, los vigías que anuncian la luz del alba y la nueva primavera del Evangelio, de la que ya se ven los brotes. La humanidad tiene necesidad imperiosa del testimonio de jóvenes libres y valientes, que se atrevan a caminar contra corriente y a proclamar con fuerza y entusiasmo la propia fe en Dios, Señor y Salvador.

Sabed también vosotros, queridos amigos, que esta misión no es fácil. Y que puede convertirse incluso en imposible, si sólo contáis con vosotros mismos. Pero «lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios» (*Lc* 18,27; 1,37). Los verdaderos discípulos de Cristo tienen conciencia de su propia debilidad. Por esto ponen toda su confianza en la gracia de Dios que acogen con corazón indiviso, convencidos de que sin Él no pueden hacer nada (cfr *Jn* 15,5). Lo que les caracteriza y distingue del resto de los hombres no son los talentos o las disposiciones naturales. Es su firme determinación de caminar tras las huellas de Jesús. ¡Sed sus imitadores así como ellos lo fueron de Cristo! Y “que Él pueda iluminar los ojos de vuestro corazón para que conozcáis cuál es la esperanza a que habéis sido llamados por Él; cuál la riqueza de la gloria otorgada por Él en herencia a los santos, y cuál la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa” (*Ef* 1,18-19).

7. Queridos jóvenes, el próximo Encuentro Mundial tendrá lugar, como sabéis, en el 2005 en Alemania, en la ciudad y en la diócesis de Colonia. El camino es aún largo, pero los dos años que nos separan de esta cita pueden servir para una intensa preparación. Que os ayuden en este camino los temas que he escogido para vosotros:

- 2004, XIX Jornada Mundial de la Juventud: «Queremos ver a Jesús» (Jn 12,21);

- 2005, XX Jornada Mundial de la Juventud: «Hemos venido a adorarlo» (Mt 2,2).

Mientras tanto volveréis a encontraros en vuestras Iglesias locales para el Domingo de Ramos: ¡vivid comprometidos, en la oración, en la atenta escucha y en el compartir gozoso estas ocasiones de “formación permanente”, manifestando vuestra fe ardiente y devota! ¡Como los Reyes Magos, sed también vosotros peregrinos animados por el deseo de encontrar al Mesías y de adorarlo! ¡Anunciad con valentía que Cristo, muerto y resucitado, es vencedor del mal y de la muerte!

En este tiempo amenazado por la violencia, por el odio y por la guerra, testimoniad que Él y sólo Él puede dar la verdadera paz al corazón del hombre, a las familias y a los pueblos de la tierra. Esforzaos por buscar y promover la paz, la justicia y la fraternidad. Y no olvidéis la palabra del Evangelio: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9).

Al confiaros a la Virgen María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, os acompaño con una especial Bendición Apostólica, signo de mi confianza y confirmación de mi afecto hacia vosotros.

Desde el Vaticano, el 8 de marzo de 2003.

IOANNES PAULUS II

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 133 Euros (mes 11,08 Euros)
50 ejemplares año . . . 266 Euros (mes 22,17 Euros)
100 ejemplares año . . . 500 Euros (mes 41,67 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid